

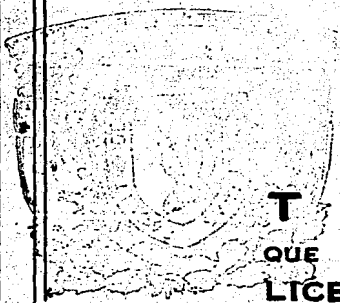
*J  
Zey*



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

**PENSAMIENTO Y OBRA DE  
JOSE MARIA LUIS MORA  
EN LA HISTORIA DE MEXICO**



**T E S I S**

QUE PARA OPTAR AL TITULO DE  
LICENCIADA EN HISTORIA

★ DIC. 10 1987 ★ **P R E S E N T A :**

**LILLIAN BRISEÑO SENOSIAIN**  
SECRETARIA DE  
ASUNTOS ESCOLARES

**MEXICO, D. F.,**

**1987**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## I N D I C E

I.	INTRODUCCION	1
II.	LA CONQUISTA	15
	A) Administración colonial	23
III.	LA INDEPENDENCIA	29
IV.	ADMINISTRACION INDEPENDIENTE	58
	A) Clero y milicia	67
	B) Propiedad privada	90
	C) Relaciones exteriores	94
V.	LA SITUACION ACTUAL DEL PAIS	106
VI.	PERSPECTIVAS DE PAZ	126
VII.	CONCLUSIONES	135
VIII.	APENDICE	
	A) Entre líneas... José María Luis Mora	142
	B) Cronología de José María Luis Mora	162
IX.	OBRAS CONSULTADAS	169

La historia contemporánea no es  
ni puede ser otra cosa que la  
relación de las impresiones que  
sobre el escritor han hecho las  
cosas y las personas...

José María Luis Mora

## I. INTRODUCCION

Una de las épocas más convulsas en la historia nacional es la primera mitad del siglo XIX, cuando aquéllos que pugnaban por conservar el status quo se enfrentaron con quienes pretendían integrar a México al moderno mundo europeo, donde se ensayaban nuevas formas de administración política y social. México, en su nacimiento político, representaba un espacio ideal para poner en práctica los proyectos más avanzados. Sin embargo, la tarea no era fácil y debieron superarse muchos obstáculos y transcurrir varios años para cumplir, si bien parcialmente, este cometido.

Los hombres se debatían entonces por el camino que debía seguir el país. En términos generales, los liberales buscaban la supremacía total del Estado; la libertad política, económica, de pensamiento y de expresión; fomentar la propiedad privada y limitar el poder de la Iglesia a aspectos estrictamente espirituales logrando la secularización de la sociedad. La tarea se complicaba en un país donde no se habían experimentado estas formas y cuya realidad se apartaba casi completamente de estos planteamientos. Así, aunque la transformación debía ser radical, en México se dio de manera paulatina y en ocasiones no tan apegada a la ortodoxia liberal.

(...) el liberalismo nace con la nación ésta surge con él. Hay así una coincidencia de origen que hace que el liberalismo se esctructure, se forme en el desenvolvimiento mismo de México, nutriéndose de sus problemas y tomando características o modalidades peculiares del mismo desarrollo mexicano...<sup>1</sup>

Quizá la generación que más resintió este proceso haya sido precisamente aquélla que vivió la transición desde la Independencia; en un esfuerzo por implantar el sistema liberal al máximo, caía en contradicción con la época y con la realidad mexicana e inclusive con sus propios postulados.

Entre aquellos hombres que más lucharon en defensa del liberalismo, encontramos a José María Luis Mora, uno de los promotores de los cambios antes mencionados. Educado en el sistema colonial, a partir de 1821, en que se consiguió la Independencia, se convirtió en defensor de las libertades, la República y la secularización de la sociedad.

Su carrera política, por así decirlo, se inició en 1821 cuando escribió sus primeros artículos en el Semanario Político y Literario de México, en los cuales atacó a Agustín de Iturbide por atentar contra la soberanía nacional. Desde este momento y hasta 1850, año de su muerte, sus opiniones sobre la política nacional serían constantes y determinantes en el pensamiento de la época.

Si bien José María Luis Mora fue un acérrimo defensor

de la soberanía nacional, la división de poderes, el impulso a la educación, la libertad económica y de imprenta, la tolerancia religiosa y la desaparición de fueros y privilegios para eclesiásticos y militares, también fue un decidido partidario del liberalismo ilustrado ademocrático. Esta corriente limitaba la ciudadanía a los propietarios, negando a los desposeídos toda participación activa en la política, y pretendía la supresión de los fueros como medio de lograr la secularización, la supremacía de la autoridad civil y el goce de las libertades personales, que no para conseguir la igualdad de todos ante la ley como esgrimía el liberalismo democrático igualitario.<sup>2</sup>

De igual manera, defendía a la población blanca por considerarla la más civilizada y la idónea para conducir los destinos de México, confiando en la pronta desaparición de las razas indígena y negra que no impedirían el progreso del país. Mora defendió el pasado colonial en México y criticó a aquéllos que pretendían rescatar las supuestas maravillas del México antiguo. Su actitud hacia los españoles fue bondadosa; atacó inclusive la ley de expulsión dictada en 1827 arguyendo que era un ataque contra la libertad existente en México.

Entendía la propiedad privada como factor fundamental del progreso y la pacificación de la sociedad mexicana. Esta premisa, al igual que las anteriores, las defendió

durante toda su vida.

Sacerdote por formación más que por vocación, aprovechó sus estudios para conocer, aprender y asimilar los más recientes estudios en materia política. Al proclamarse la Independencia, se separó de la vida eclesiástica e inició su carrera política.

Sus andanzas lo llevaron de periodista a diputado del Congreso Constituyente del Estado de México. Una vez finalizada su Constitución en 1827, obtuvo el título de abogado. En este mismo año, después de haber pertenecido al partido de los escoceses, participó en la fundación de la rama de los novenarios junto con otros liberales moderados, cuyo órgano de difusión era El Observador de la República Mexicana. En él, Mora continuó su carrera periodística escribiendo varios artículos sobre los vicios contra los cuales se enfrentaba la sociedad (corrupción, embleomanía y analfabetismo, entre otros).

En 1831 escribió su Catecismo Político de la Federación Mexicana para dar a conocer el país; y su famosa Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos y sobre la autoridad a que se hallan sujetos en cuanto a su creación, aumento, subsistencia o supresión, a instancias de un concurso organizado por el gobernador de Zacatecas, Francisco García Salinas, y por Valentín



Gómez Farías, connotados liberales de aquella época y muy amigos de Mora.

Cuando Gómez Farías ocupó la presidencia de México, Mora participó muy cerca de él convencido de que ese era el momento para reformar. Preocupado por la enseñanza, se esforzó por constituir la Dirección General de Instrucción Pública, en la cual trabajó, y que sería el primer intento por alejar de las manos del clero la educación del México independiente. Asimismo, apoyó abiertamente las reformas de 1833 encabezadas por el presidente, que veía como indispensables para sacar adelante al país, y publicó el periódico El Indicador de la Federación Mexicana en apoyo al gobierno y su política reformista.

Los problemas que suscitaron estas leyes, el regreso de Antonio López de Santa Anna a la presidencia y la expulsión de México de Gómez Farías, le hicieron salir del país imponiéndose él mismo el exilio. Su destino final sería París, donde se propuso escribir México y sus revoluciones, que incluiría tanto artículos ya impresos como nuevo material. El trabajo quedó incompleto: de ocho volúmenes sólo se imprimieron tres; posteriormente sacó dos más con el título de Obras Sueltas, pero la obra aún estaba inconclusa.

Son escasas las noticias sobre su vida entre 1837 y 1846, pero sabemos que se mantuvo al tanto de la vida

nacional. En este último año, Gómez Farías volvió a la presidencia. Le concedió cargos diplomáticos y lo nombró Ministro Plenipotenciario de México en Londres, labor que desempeñó hasta su muerte en 1850, víctima de la tuberculosis, enfermedad que lo aquejó desde su juventud.

En virtud de la importancia de este personaje en la historia nacional, uno de los proyectos del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, en el que he participado, se dio a la tarea de reunir todo el material conocido de este ilustre liberal con el fin de integrar sus Obras completas, que comprenden tanto escritos ya publicados por el mismo Mora, como otros inéditos hasta entonces. Para lograr este objetivo fue necesario consultar las bibliotecas, archivos y hemerotecas de la Ciudad de México, Toluca, Comonfort, Guanajuato y la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin, localizando y rescatando todos los escritos del autor. Después de un año de investigación constante se reunió, seleccionó y anotó el material, a fin de facilitar su consulta. Se decidió organizar el trabajo en ocho volúmenes que quedaron divididos de acuerdo con su pensamiento político, histórico, diplomático y diversos escritos de otra índole.

Consciente pues, de que la actividad intelectual y política de Mora fue muy importante en su época e inclusive después, y de que existía un gran vacío en el estudio de

su pensamiento, me interesé por conocer más a fondo las principales ideas del autor que se pudieran deducir de la lectura de sus obras.<sup>3</sup> Como un primer acercamiento, he leído México y sus revoluciones sacando las ideas constantes que reflejan su posición y actitud frente a los problemas nacionales. No debemos olvidar que aún queda mucho material escrito por él, que complementará nuestro conocimiento del pensamiento de Mora.

México y sus revoluciones representa su obra histórica, donde Mora vertió su saber sobre los hechos más relevantes del país. En ella dejó plasmada explícita o implícitamente sus conceptos sobre la historia, la sociedad, la política y la economía.

Los trámites para su publicación en París se iniciaron el 20 de septiembre de 1835, cuando firmó un convenio con el impresor Federico Rosa, donde se establecía que Mora entregaría los borradores de México y sus revoluciones conforme los fuera terminando. El primer envío se realizó el 1 de octubre de ese mismo año. Como pago Mora recibiría 100 ejemplares con diferentes tipos de encuadernación. Este convenio fue seguido por otros en los que se modificaron ciertos puntos concluyendo con la supuesta publicación por el librero Lecointe, de ocho volúmenes más un atlas.

Desafortunadamente las pretensiones de Mora y los

impresores no se llevaron a cabo, ya sea porque Mora no terminó de escribir la obra o porque no se pudieron imprimir, y solamente quedaron editados por Rosa el I, el III y el IV volumen (en el segundo se incluirían hipotéticamente todos los mapas). El material se distribuiría en dos partes: la estadística, que comprendió el primer tomo; y la histórica, en el tercero y cuarto. Esta última parte fue la que quedó incompleta.

Parte de la obra había sido publicada en México como artículos en el periódico El Indicador de la Federación Mexicana durante los años de 1833 y 1834, es decir, durante el tiempo en el que Valentín Gómez Farías asumió la presidencia interinamente, quien con este carácter aplicaría entonces las famosas reformas liberales de 1833 que le costaron el exilio cuando Santa Anna decidió reasumir su cargo y abrogar muchas de ellas.

(...) el alud legislativo de los diez meses de Gómez Farías marca reglas definitivas y en sentido lato va a constituir un gran momento para medir las resistencias y una siembra doctrinal indudable. Secularización de misiones, prohibición al clero de tocar asuntos políticos, extinción del monopolio de la enseñanza y reforma educativa, supresión de la obligación civil de pagar el diezmo, derogación de las leyes civiles que imponían coacción para el cumplimiento de los votos monásticos y planteamiento del problema de los bienes de la Iglesia y su aprovechamiento junto con otras disposiciones similares, constituyen todo un cuerpo de doctrina.<sup>4</sup>

Aunque estas reformas no fueron la causa directa de

su salida del país, como ya se ha mencionado, él mismo se impuso el autoexilio por haber visto frustrados sus planes reformistas, así como por el miedo a vivir constantemente perseguido al considerársele su promotor. Pasó por Estados Unidos para dirigirse a Europa, donde vivió hasta su muerte. Fue su estancia en París, durante los primeros años de su llegada, donde firmó el convenio para la publicación de México y sus revoluciones, pues según él:

El interés y curiosidad que México desde su conquista y descubrimiento ha inspirado en toda Europa, progresa asombrosamente, y es tal la demanda de noticias y la inquietud de adquirirlas, que no basta cuanto se ha escrito para saciarla, ni apagar los deseos de conocer a fondo esta parte interesante del continente americano (...)

Se propuso escribir la historia de su país, ya que cuanto se había hecho únicamente confundía o engañaba al lector, a excepción del Ensayo político de la Nueva España de Alejandro de Humboldt; que sin embargo, había sido escrito desde 1804 y muchas cosas habían cambiado en México desde entonces.

Mora acometió una obra histórica, estadística y filosófica, a través de la cual dio a conocer: los períodos más interesantes de México desde su conquista hasta el año de 1835; su distribución geo-física donde habla sobre las ciudades, pueblos y construcciones con conocimientos que "... han salido a luz después de la Independencia, y han

sido el fruto de las curiosas y perseverantes investigaciones de los sabios mexicanos y del celo patriótico de las autoridades de la República"<sup>6</sup>; y, finalmente, "determinar con exactitud el grado de influencia que tengan o puedan haber tenido las causas morales, los resortes del amor de la felicidad pública, o los cálculos del interés individual en el orden de los sucesos".<sup>7</sup>

A pesar de dejar explícitas sus intenciones, el autor nunca nos dice cuáles eran esas naciones europeas tan interesadas por México ni la causa de este interés. Tampoco aclara quiénes son los sabios mexicanos tan entusiastas por estudiar el país y mucho menos cuáles son las autoridades que tienen ese celo patriótico. Consideramos que Mora generalizó demasiado al afirmar que tanto propios y extraños estaban interesados en la historia nacional de un país en donde la gente se debatía aún en torno al problema de cuál historia respetar y asimilar: el pasado colonial o el prehispánico. Al comenzar su estudio con la Conquista de Hernán Cortés de hecho hizo la historia de los españoles en América, y cuando trataba sobre los antiguos pobladores siempre lo hacía en relación con aquéllos. Quizás pretendió crear su propia historia nacional para que la gente la aprendiera y la leyera; al respecto decía: "hemos resuelto escribir una obra que de alguna manera pueda contribuir a fijar el juicio de los pueblos civilizados sobre esta parte interesante de nuestro continente"<sup>8</sup>, aunque aquí se refiere

a formar una historia para los extranjeros no para los mexicanos.

Consciente de los errores que su obra pudiera tener, aclaró que los primeros ensayos debían servir de base a futuros estudiantes que se perfeccionarían con la información. Su intención era decir la verdad, pues

La historia contemporánea no es ni puede ser otra cosa que la relación de las impresiones que sobre el escritor han hecho las cosas y las personas, y cuando esta relación es fiel, es decir cuando traslada al papel las impresiones recibidas tales como ellas se han hecho sentir, el escritor que no puede aspirar al honor de imparcialidad logrará la reputación de sincero y habrá cumplido sino en cuanto debe al menos en cuanto puede con su siglo y su posteridad.<sup>9</sup>

Esta reflexión -que además de confesión parece ser una justificación de los problemas que acarrea el escribir la historia contemporánea- es tan útil para los propósitos del autor como para los que pretendemos hacer algún día historia en el último tercio del siglo XX. Lo único que podríamos reclamarle es el hecho de que por lo menos en esta obra la mayor parte no es historia coetánea salvo algunas excepciones. Hubiera sido también interesante que nos dijera algo sobre su concepto de historia antigua, colonial o como quiera llamársele. Por otro lado, el hecho de estar consciente de que su labor es historia -y que si bien ésta no será imparcial al menos será sincera-, nos presenta a un Mora más vivo, conocedor de los problemas

que el escribir le puede acarrear en cuanto críticas y quejas.

Según el propio autor, la preparación de la obra data desde 1828, lo cual indica que su interés por escribir la historia de México le inquietó desde antes de su llegada a París; sería factible preguntarse si más bien no aprovechó la coyuntura de que estaba lejos de su país y que ya tenía algunos artículos escritos para comprometerse a hacer una obra tan amplia. Este supuesto se reafirma al considerar que el primer tomo, el cual debía entregar pocos días después de haber firmado el primer convenio, incluía partes carentes de relación entre sí. Por otro lado, la intención de hacer llegar su historia hasta 1835 quedó inconclusa, ya que México y sus revoluciones sólo abarcó hasta 1812.<sup>10</sup>

Tomando en cuenta que Mora utilizó el material producido unos años atrás, encontramos en la obra algunas modificaciones -generalmente de poca importancia- del texto original. También es bueno resaltar que sus opiniones eran siempre comparadas o relacionadas con Europa, que para él representaba el grado máximo de civilización, por lo cual pretendía que México llegara a estar a su altura. Así los ejemplos: "se hace como en Europa", "se habla como en...", "todas las especies de...", "la cultura de...", se visten a la manera de ...", son constantes a lo largo de su obra, sobre todo en el primer tomo, confirmando su admiración



por el Viejo Mundo, como veremos en este trabajo.

Considerando todo lo anterior, el análisis de la obra de México y sus revoluciones pretende conocer el pensamiento de Mora, sin duda uno de los precursores del liberalismo mexicano, y que, junto con otros personajes de su tiempo, marcaron toda una época de transición en nuestro país. Este estudio deberá estar seguido, idealmente, de otro en el que se consideren el resto de sus escritos y que complementará nuestra visión sobre el autor, sobre la época y, por qué no, sobre nuestra historia.

El orden de presentación de este análisis no corresponde al que siguió el propio Mora en México y sus revoluciones; tratando de dar una coherencia lógica, iniciamos con la parte histórica de Conquista y terminamos con las reflexiones del autor sobre la época que le tocó vivir, los problemas que sufría el país y la imagen que daba de él ante el mundo. De esta manera, el trabajo se conformará por los siguientes capítulos: Conquista; Administración Colonial; Guerra de Independencia; Administración Independiente; algunos aspectos específicos de ésta tales como: clases privilegiadas -clero y milicia-, propiedad privada y relaciones exteriores; y, por último, encontramos cómo estaba el país hacia 1835 y las reflexiones de Mora al respecto.

NOTAS INTRODUCCION

1. Jesús Reyes Heróles, El liberalismo mexicano, "los orígenes", México, Fondo de Cultura Económica, 1982: Tomo I, p. XII.
2. "para 1833 es perceptible una honda divergencia ideológica... dentro del liberalismo...: de un lado un liberalismo democrático e igualitario. Precisamente en el vasto proceso histórico del liberalismo, la lucha contra los fueros opera como puente entre ambas tendencias hasta llegar a unificarlas con el predominio del liberalismo democrático. Pero para 1833 la abolición de los fueros, tendencia, más que gubernamental doctrinaria, es aspiración del liberalismo ilustrado y en Mora se ve con claridad por razones de secularización, supremacía de la autoridad civil y goce de las libertades personales, al paso que la otra corriente... fundó el objetivo de suprimir los fueros, precisamente en el valor democrático de la igualdad ante la ley." Ibidem, "la sociedad fluctuante", tomo II, p. 194.
3. Los estudios realizados sobre Mora son escasos, uno de los más reconocidos es el de Charles Hale, El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853, México, Siglo XXI, 1984. Además de este libro, algunas biografías complementan las noticias sobre el autor.
4. Reyes Heróles, Op.cit., tomo II, p. 196.
5. José María Luis Mora, México y sus revoluciones, edición y prólogo de Agustín Yáñez, México, Porrúa, 1950: tomo I, p.3.
6. Ibidem: tomo I, p.6.
7. Ibidem: tomo I, p.6.
8. Ibidem: tomo I, p.5.
9. Aparentemente, sus Obras Sueltas retoman los años de 1821 en adelante, aunque esto es como artículos periodísticos y no como narración cronológica que es la línea que sigue en sus tomos III y IV. En el primer tomo habla de la administración política independiente, pero, desde luego queda incompleta la visión de ésta.

## II. LA CONQUISTA

Entre los diversos aspectos que debieron considerarse en el país apenas constituido, fue primordial unificar el concepto que se habría de formar sobre la historia patria. Hasta dentro de una misma corriente, fuese liberal o conservadora, había discrepancias sobre cuál pasado heredar y asumir: el prehispánico, el colonial o ambos. Todo aquél que se dedicó a escribir en este período de alguna manera dejó plasmadas las raíces por las cuales se inclinaba. Mora no fue la excepción y aprovechó su obra para explicarlo.

El hecho de que los autores simpatizaran con uno u otro período encerraba el rechazo o la aceptación de la dominación española en América con todas sus consecuencias; por ello este asunto es mucho más complejo de lo que aparenta. En el caso de Mora, la aceptación total de la Conquista se refleja en la vasta narración que ofreció sobre la misma, que contrasta con la carencia total de información sobre el México antiguo en su obra. Recordemos que era hijo de criollos orgullosos de su condición, por lo cual es muy entendible su reconocimiento de España y los españoles.<sup>1</sup>

En la parte destinada a la Conquista, Mora se expresó con gran admiración de Hernán Cortés. Lo presentaba como

un hombre intrépido, arrojado, con visión, poder de decisión y aptitudes militares perfectas, inteligente, activo, prudente, firme de carácter y con gran ascendiente sobre los que le siguieran. Era en suma, el hombre idóneo para la conquista, y no sólo desde el punto de vista español sino para el mismo Mora, que centró en la personalidad de Cortés toda su narración de esta época. Al justificar la actuación de este personaje reflejó su actitud hacia la España conquistadora; no rechazó la Conquista ni el hecho de que México estuviera sometido a la Corona, en tanto que se quejaba de la administración colonial y de que España no supiera conceder la Independencia a tiempo.

Para lograr la Conquista, Cortés debió extralimitarse en sus funciones y utilizar medios muy criticados. Sin embargo, salvo muy contadas ocasiones, Mora no mencionó los males que pudo haber causado en su empresa; por el contrario, la aceptaba diciendo que Cortés:

determinó apoderarse del Imperio que tenía al frente y ofrecerlo a su soberano, con lo primero adquiría una gloria inmortal y se hacía un lugar en la historia, y con lo segundo se hacía respetar de la Corte del Emperador, ante la cual la grandeza de la donación haría desaparecer la pequeña irregularidad de los medios de conseguirla.<sup>2</sup>

Esa "pequeña irregularidad en los medios", que fue abordada superficialmente por Mora, se refería tanto a la insubordinación de Cortés con Velázquez, como a algunos excesos aislados cometidos por el conquistador. Mas estos

episodios no tienen gran peso en su relato.

En aspectos como este se refleja la aceptación de la Conquista por parte de Mora. Después de todo, fue educado dentro del sistema colonial en el cual se reconocía la empresa de Cortés por haber rescatado, de las manos de los indígenas ignorantes, un territorio rico y abundante dándole con ello la posibilidad de equipararse a los países occidentales que se encontraban en el máximo nivel de civilización. Es clara, no obstante, la influencia de otros factores, además de la educación que recibió, para que pensara así.

A pesar de que el primer juicio que le merecieron a Mora los indígenas fue el de ignorantes, también hablaba de la civilización mexicana como "la mejor y más guerrera del Nuevo Mundo... (y como)... el imperio más vasto y organizado que en él existía"<sup>3</sup>; sin embargo, no profundizó en las características de esta gran civilización, y siempre los pintaba como los enemigos a vencer. Su visión era muy hispanista, y los conquistadores eran quienes venían a hacer el bien. "No se trataba -dice Mora- de exterminar a los habitantes sino de someterlos, no de pillar las poblaciones sino de ponerlas en contribución, y no se entraba en acción de guerra sino cuando el enemigo acometía, y para evitar la agresión se habían intentado previa e infructuosamente todos los medios pacíficos".<sup>4</sup> De esta manera

según su apreciación, los excesos cometidos, la avaricia de la Conquista y las matanzas fueron actos a los que recurrieron los españoles obligados por las circunstancias y por la rebeldía indígena a someterse.

Es importante señalar que la visión sobre la Conquista ha variado en los estudios históricos y se ha tornado desfavorable a los españoles. Sería interesante encontrar el momento en que se da ese vuelco histórico y también conocer cuál era la visión de los contemporáneos de Mora al respecto. Por ahora sólo se dirá que para este autor -al igual que para un conservador como fue Lucas Alamán<sup>5</sup>, la historia de México se inició con su Conquista, en tanto que daba escasa importancia al pasado prehispánico, reconocido por autores como Bustamante o Payno.<sup>6</sup> Más aún, criticaba a aquéllos que se "... empeñaron en resucitar cuantas fábulas de grandeza, prosperidad e ilustración habían contado de los antiguos mexicanos..."<sup>7</sup> exaltando las crueldades de los españoles en la Conquista y que lo único que consiguieron fue aumentar el espíritu antihispanista.

Otro punto interesante es su concepto sobre los indígenas que habitaban el territorio nacional antes de la Conquista. Así como habló de los tlaxcaltecas, Mora llamó mexicanos a los principales rivales de los españoles, y tuvo razón de hacerlo así. Pero no diferenció a estos "mexicanos" de los que posteriormente lograrían la Independencia; es

muy curioso que los primeros mexicanos de quienes habló no volvieran a aparecer en su relación, y cuando los presentaba al inicio del libro eran los enemigos a vencer. Después, cuando trató sobre la Independencia, no mencionó a los indígenas que se sublevaron contra el yugo español, sino únicamente los movimientos encabezados por los mismos españoles -sin distinguir si eran criollos, peninsulares o mestizos- contra la Corona, los cuales se convertirían en los futuros mexicanos. Así, hay una ruptura total con los antiguos mexicanos y adquieren este nombre los nuevos habitantes del territorio nacional. Se puede decir que hay un paréntesis en el uso del término mexicano que se da en la Colonia, sin embargo parece ser también que unos y otros no tuvieron nada en común.

De acuerdo con la costumbre de escribir historia de la primera mitad del siglo XIX, Mora hizo una narración básicamente política sobre la historia de México. En su obra existe un desequilibrio con respecto a la información que ofreció del Imperio mexicano y de la Conquista, esta última abundante.

Sobre el primero, exaltó su grandiosidad únicamente cuando ello significaba dar más crédito a Cortés en su empresa. Por ejemplo, señalaba que la tarea del conquistador fue más valerosa por haber podido derrotar al Imperio más grande del Nuevo Mundo; pero no explicó por qué era el

más grande ni cómo estaba organizado. Esto puede deberse a franca ignorancia sobre el tema, o bien para no restarle crédito al ejército conquistador presentando la grandeza del Imperio que habían destruido. Creemos que Mora vio en la Conquista la semilla del México moderno porque le permitió entrar al mundo occidental. Así, consideraba como héroes no sólo a Cortés, sino a todos los integrantes del ejército español por la gran hazaña lograda. "Cortés tuvo la fortuna -dijo Mora- de que su ejército, aunque pequeño, - fue lo más selecto que se empleó; los capitanes que lo componían y estaban bajo sus órdenes pertenecen todos a los héroes de aquel siglo".<sup>8</sup>

Según Mora, el Imperio derrotado enfrentaba graves problemas al momento de la llegada de los españoles, tanto por los débiles principios de su constitución como por la división de sus fuerzas, por lo que se facilitó la llegada y triunfo de los españoles. Criticaba mucho al pueblo de México por haber sido educado de manera servil y someterse a cuanto decían su emperador y su religión.

Responsabilizó a los sacerdotes de la derrota del Imperio. Al hablar de ellos, sin hacer mención de la religión que profesaban, que desde luego era diferente a la española, generalizó y dijo:

(...) los sacerdotes, por la propensión innata



que en todas partes tienen a dominar y mezclar los sucesos de la tierra con las cosas del cielo, de cuyo poder presumen ser árbitros se opusieron con todas las fuerzas a que fuesen admitidas las proposiciones del general español, prometiendo contra él una victoria segura.<sup>9</sup>

Aparentemente concedió las mismas características a todos los sacerdotes sin considerar la religión que profesaran, condena ésta muy fuerte viniendo de un ex-sacerdote. Quizá la única diferencia que admitía era que los sacerdotes del Imperio Mexicano adoraban "falsas divinidades"<sup>10</sup>, mientras que los otros profesaban devoción al Dios católico. Aunque con respecto al concepto de "falsas divinidades" Mora se basa en Clavijero, el hecho de que él lo haya incluido sin ningún comentario adverso, mostraba su aprobación al mismo.

Según decía, Mora no confiaba en las fuentes de los indígenas por ignorantes, ni en las de los conquistadores por ser hombres groseros; sin embargo sus fuentes para describir la Conquista fueron las Cartas de Cortés y la Historia de Bernal Díaz del Castillo, principalmente. Al seguir su narración, aceptó su visión de lo ocurrido así como las acciones de los españoles. No rechazó su herencia hispana, y una de las maneras de mostrarlo fue aceptando la Conquista. Justifica esta última, arguyendo que no fue tan mala como otras:

(...) se hizo la guerra como se hacia entonces en Europa, entre pueblos civilizados, procurándose por ella más bien la sumisión que la destrucción, y entrando a la parte del deseo noble de propagar los principios religiosos... Así consta de los escritores más fidedignos e imparciales de aquel tiempo... Decir lo contrario, es dejarse arrebatar o de un celo exagerado o de un espíritu de odio contra todo lo que es español, y nadie exagera que esta pasión es un maestro muy estúpido para poder dirigir a nadie por la senda de la verdad y de la recta razón.<sup>11</sup>

Al tratar de eludir una actitud antihispanista, ignoró el México antiguo, haciendo caso omiso de cualquier influencia que pudiera tener en la Colonia o después de la Independencia. Si bien evitó la tentación de ver la piedra negra de la Conquista, tampoco vio lo blanco del Imperio mexicano.

Insistimos sobre el punto: mientras los conquistadores y Hernán Cortés hicieron muchas cosas positivas para Mora, los mexicanos sólo fueron grandes en vista de la dificultad de vencerlos, mas no por su grado de civilización. Moctezuma y Cuauhtémoc pudieron ser valientes, así como los mexicanos; pero "héroes", sólo Cortés y los demás conquistadores. La cultura mexicana independiente tomó sus raíces y su cultura a partir de la Conquista, no antes. Cuauhtémoc sufrió el tormento con estoicismo, pero Cortés fue incluso mártir cuando no le dieron el crédito que le correspondía por la Conquista "... que fundó una colonia, a la cual los descendientes de los españoles, y la República Mexicana deben su existencia natural y política".<sup>12</sup> Por cierto aprovechó la ocasión para hablar mal -como lo hizo siempre que pu

do a lo largo de su obra- de los sacerdotes y de la religión involucrada con la política. Gracias al empeño de Cortés, se fundó una ciudad que "... es no sólo la mejor del Nuevo Mundo, sino una de las principales entre todas las de la tierra".<sup>13</sup>

#### a) Administración Colonial

Por lo que respecta a los trescientos años de dominación española en América, Mora dedicó espacio dentro de México y sus revoluciones a la administración colonial, con el fin de describirla y de explicar algunos de los rasgos distintivos del México postindependiente originados en ella.

La inquietud de Mora por justificar y exaltar el ser nacional obedecía a su preocupación por atraer la atención de los extranjeros, sobre todo porque él pretendía hacer llegar su relación hasta 1835, describiendo la forma de gobierno que prevalecía entonces y que sin duda había heredado muchas características coloniales. Por esta razón su estudio parecía indispensable para comprender muchas de las instituciones contemporáneas a Mora, así como su origen y conformación durante el dominio español.

Sometió a juicio a la administración española por haber sido ingrata con el descubridor de América, Cristobal Colón, con su conquistador, Hernán Cortés, y por imponer

un sistema de dominio "singular de que la historia hasta entonces no había ofrecido ningún ejemplo".<sup>14</sup>

Habría que insistir en que Mora no juzgaba negativamente la conquista española en América, sino su administración, mas no en relación con los indígenas, ya que éstos no representaban a la verdadera población. Criticaba la relación entre la metrópoli y los españoles radicados en América, pues sus diferencias fueron la causa de la Independencia, más que el verdadero deseo de dejar de ser españoles.

Como consecuencia de que la Corona no encauzó la difusión de la propiedad privada, la población no progresó y el territorio se mantuvo despoblado en su generalidad; recordemos que para Mora los propietarios eran quienes, potencialmente, lograrían el desarrollo del país y el mantenimiento del orden. Por otra parte, como la Nueva España era la colonia preferida, conforme se fue percatando la metrópoli de su importancia y riqueza se volvió más celosa evitando su contacto con otros países. Esta política no sufrió cambios durante los primeros doscientos años de dominio, como debía haberlo hecho un "gobierno ilustrado", y sus bases permanecieron casi inflexibles hasta que debió consumarse la Independencia.

Un paréntesis en esta forma de gobernar fue dado por Carlos III y las reformas borbónicas, que impulsaron con grandes ganancias el desarrollo comercial tanto en España

como en sus colonias. Sin embargo la corrupción de la administración española en América evitó que estas reformas tuvieran el éxito esperado, pues los gobernantes únicamente buscaban agrandar su capital y volver a la madre patria saqueando la colonia.

Las relaciones entre la Nueva España y la Corona se tornaron difíciles y se agudizaron los síntomas de descontento de los españoles que habitaban América. España evitó de varias maneras que las fricciones llegaran a ser un verdadero peligro, pero cuando se recibieron noticias de la Independencia de Estados Unidos, redobló esfuerzos para evitar que las ideas de libertad contaminaran a la población.

En cuanto a la administración colonial, Mora presentaba los rasgos más distintivos de ella con el fin de justificar muchas de las instituciones mexicanas originadas en este periodo. De esta manera, explicaba:

(...) ciertas contradicciones e inconsecuencias que se advierten en el carácter nacional de un pueblo, que ama y desea sinceramente la libertad, y a pesar de eso ha estado en su totalidad y está todavía en parte tenazmente adherido a ciertas instituciones y prácticas esencialmente incompatibles con ella.<sup>15</sup>

Seguramente se percató de esas "contradicciones e inconsecuencias" y vio en ellas un obstáculo para aplicar plenamente sus reformas liberales. Al describir cómo funcio-

naba la administración colonial, también pretendió alabar todo aquello que el mexicano había tenido que superar:

(...) para formarse hábitos y virtudes que en ella no existían y emprender con buen éxito la noble carrera de la libertad en un sistema estable de gobierno que hasta hoy era la única que lo había conseguido entre las nuevas repúblicas de América; debiendo ser justamente admirada no por lo poco que ha hecho sino por lo mucho que ha tenido que vencer.<sup>16</sup>

Como consecuencia de la conquista de México nuestro país pudo insertarse en la cultura europea y empezar a adquirir costumbres que lo asimilaran a ella. Pero también acarreó el que no se promovieran los avances económicos, políticos y sociales que Mora hubiera querido en comparación, por ejemplo, con las colonias inglesas.

Mora se percató de este problema. Aceptaba, convencido, que el ser de México se debía esencialmente a España, pero criticaba y juzgaba fuertemente el que se hubiera impedido el progreso y permitido la Independencia a tiempo. Manifestaba, además, su reconocimiento a los españoles, exaltando la buena obra de la Conquista y el comportamiento de Cortés y sus dirigentes, a quienes consideró grandes colonizadores.

En este sentido, la contradicción de Mora sobre los españoles es muy comprensible, y reiteramos que él nunca rechazó o juzgó la Conquista, ni el pasado español de México que desde su perspectiva era más importante que el prehispánico. Lo que criticó fue que España se hubiera mantenido

renuente a hacer las reformas necesarias que permitieran al país estar, al menos, a la altura de las naciones europeas.

Las contradicciones e inconsecuencias que debió sufrir y superar la población mexicana al independizarse: por enfrentarse al mismo tiempo a un pasado que la determinaba y un presente que se esforzaba por negarlo, se reflejaban claramente en la administración independiente con contrastes que exaltaban esas diferencias. La historia de México también refleja este conflicto y el mismo Mora no pudo ignorarlo o suprimirlo al hacer su análisis, manifestando así, en su obra, una realidad contradictoria.

NOTAS: LA CONQUISTA

1. Cfr., Hale, op.cit.: p. 74.
2. Mora, op.cit.: tomo II, p. 23.
3. Ibidem: tomo II, p. 21.
4. Ibidem: tomo II, p. 22.
5. Cfr., Hale, op.cit.: p. 124 y David Brading, Los orígenes del nacionalismo mexicano, México, Ediciones Era 1980: p. 111.
6. Vid Miguel Soto, "La historia de México para Manuel Payno", en Anuario de Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
7. Mora, op.cit.: tomo III, p. 16.
8. Ibidem: tomo II, p. 22.
9. Ibidem: tomo II, p. 144.
10. Ibidem: tomo II, p. 145.
11. Ibidem: tomo II, p. 91.
12. Ibidem: tomo II, p. 169.
13. Ibidem: tomo II, p. 161.
14. Ibidem. tomo I, p. 154.
15. Ibidem: tomo I, p. 250.
16. Ibidem: tomo I, p. 250.



### III LA INDEPENDENCIA

Después de tratar la Conquista y la administración colonial, Mora entró de lleno a describir lo que llamó "México y sus revoluciones" ocupándose de la parte estrictamente histórica de la obra. Por medio de este estudio comprendemos el por qué del título de su obra, ya que es precisamente a través de las revoluciones que se han sucedido en la Nueva España, y quizás algunas que consideró como tales en el México independiente, como Mora desarrollaría su propia historia nacional.

La presentación que hizo de las revoluciones puede responder a un doble motivo: por un lado, dar a conocer la historia de México, tomando como base los conatos de independencia y, por el otro justificar la propia insurrección de 1810 dándole antecedentes que llegan hasta el propio Cortés.

Al igual que muchos de los escritores de principios del siglo pasado que marcaron pautas historiográficas -como Alamán, Bustamante, Zavala y otros-, posiblemente Mora trató de sentar las bases de lo que debía ser la historia nacional, inexistente hasta entonces para muchos. Para lograrlo, nada mejor que publicar su propia visión de los hechos. Recordemos que, en muchos casos, la historia justi-

fica la existencia misma de las cosas; por lo tanto al escribir su historia, creaba un país con un pasado común a todos los mexicanos y con sus propios rasgos distintivos los cuales debían ser defendidos ante el mundo; además, al hablar sobre las revoluciones anteriores a la Independencia, señalaba algo en común entre los mexicanos "españoles", que habitaron en México desde la Colonia y los contemporáneos de Mora: el deseo de libertad, factor de unión entre todos los que habían participado en estas revoluciones. Esa lucha por la independencia constituía su pasado común, su historia nacional, fue el elemento por medio del cual Mora pudo dar continuidad a su obra y el que escogió para describir.

En lo que pretendió fuese la parte histórica, hizo una relación detallada de las primeras insurrecciones: desde 1564 con Martín Cortés, hasta 1810; y abundó, con exagerados detalles, en la revolución de Independencia hasta el año de 1812.

Al describir aquellos primeros intentos separatistas, identificó el origen y las consecuencias de cada uno de ellos, dejando bien claro que en ellos se generó poco a poco la Independencia. Los conatos donde el clero fue protagonista sirvieron de oportunidad a Mora para criticarlo, poniendo sobre aviso respecto a su terrible inclinación

por querer dominar el poder civil y del temor y cuidado que debía tener cualquier gobierno sobre esta institución, en vista de sus astutas intenciones y el poder que disfrutaban.

Mora aclaró que únicamente hablaría de aquellos movimientos realizados por los españoles mismos para librarse de la Corona, y no de los provocados por los indígenas, pues "éstos no constituían la Colonia de que se trata".<sup>1</sup> Mostraba así, de nueva cuenta, el "racismo" que manifestaba de ésta y otras maneras, siempre haciendo a un lado a los indígenas.

Al llegar a los acontecimientos de 1808 en adelante, Mora culpó de lleno a la Corona por no haber concedido pacíficamente la Independencia a México, lo cual habría representado muchas ventajas, ahorrando vidas y destrucción. Para el autor, éste representó un craso error del gobierno español; si bien no se mostraba antihispanista, sí rechazaba el dominio español en América que, desde su punto de vista, tendía a desaparecer. En su obra este aspecto se ilustra con mucha insistencia. Creía firmemente que España debió conceder la Independencia y aunque reprobó de manera tajante los excesos ocurridos durante la revolución de 1810, aceptaba que era el único recurso que los españoles dejaron a los mexicanos.

Justo cuando comenzó a tratar la guerra de Independen-

cia de 1810, Mora abordó el tema de mexicanos y españoles y a establecer diferencias entre ambos. Los mexicanos, que había dejado enterrados con la Conquista, resurgieron para defender sus derechos y luchar por la independencia; mientras tanto, aquellos heróicos españoles que civilizaron a los indígenas, pasaban a ser los enemigos a vencer pues con sus intereses obstruían la liberación del país. Este cambio no está explicitado por Mora; más bien, se va presentando en su libro y hasta es posible que no se hubiera percatado de ello, ya que no resultaría coherente unir a estos modernos mexicanos -él mismo incluido- con aquéllo que fueron vencidos por Cortés, ni emparentar a los conquistadores civilizadores con los actuales opresores de los mexicanos. Por esto, casi podemos asegurar que Mora no se percató de cómo y cuándo usaba los términos "mexicano" o "español", sufriendo éstos una metamorfosis y convirtiéndose en "mexicano" lo "español" de América. Es entonces, entre 1808 y 1810 cuando nació para Mora la nación y el espíritu nacional, México y los mexicanos. A partir de este período su labor sería luchar por defender sus derechos y lograr su independencia. Curiosamente, cuando España fue invadida por Napoleón y Fernando VII perdió el mando del país, Mora inició su relato de los mexicanos.

Es pertinente mencionar que, hacia 1808, Mora tenía 14 años, edad en que uno es ya consciente de cuanto sucede a su alrededor; por lo tanto él pudo escribir los aconteci-

mientos, basado en parte en sus propios recuerdos. Sin embargo, ignoramos cómo se haya sentido entonces: ¿español o mexicano?; si como decía, el espíritu nacional ya reinaba, él se habría impregnado de este sentir.

Este espíritu nacional encontró su mejor oportunidad para liberarse bajo la administración de Iturrigaray, quien por su indecisión evitó que la independencia se llevara a cabo de la mejor manera. Gran importancia concede Mora a este personaje, en quien deposita la responsabilidad de una desastrosa guerra que se prolongaría por diez años, y muchos más en poder alcanzar un gobierno estable. Aseveraba que si en su carácter de gobernante -apoyado por los hombres poderosos y ricos- se hubiera declarado a favor de la Independencia, la revolución y sus terribles consecuencias se hubieran podido evitar:

De aquí que no quedaban otras "personas" para dar este paso peligroso y dirigirlo que las gentes del pueblo y las de la clase media, es decir, los abogados, los militares subalternos, los curas, el clero bajo, los frailes y la plebe. Una revolución hecha por las masas, debía ser necesariamente desastrosa, como lo fue; pero los españoles habían puesto obstáculos insuperables para que se hiciese de un modo más ordenado, impidiendo que partiese de principios más pacíficos y moderados, y ellas fueron las primeras víctimas de su terquedad e imprevisión.<sup>2</sup>

De esta manera, para Mora tanto los españoles como los mexicanos fueron igualmente culpables; ambos llegaron a extremos incalculables en su afán por mantener la victo-

ria. Si bien era lógico para el autor que las masas hicieran desmanes en su lucha, de alguna manera justificó esta acción por el comportamiento de sus rivales. Es importante destacar por otra parte, que Mora ubicaba dentro de las masas a los profesionistas, soldados y clérigos de baja jerarquía, poniéndolos a la misma altura que la plebe en sus acciones.

Si bien su descripción de lo que fue la guerra de Independencia es tediosa, él mismo lo reconoce y se disculpa al decir que:

La monotonía de sitios y batallas; sorpresas y derrotas que todas se parecen unas a otras; las ejecuciones repetidas entre los prisioneros que se hacían por ambas partes, la sangre que se derramaba a torrentes, y la superficie toda del suelo mexicano convertida en un solo campo de batalla, que presentaba en todos sus puntos el aspecto de desolación más completo, lo mismo que la muerte dada y recibida sin descanso ni intermisión, hacen que la relación de tantos desastres ofrezca inmensas dificultades al que la escribe y, fatiga y disgusto a quien la lee.<sup>3</sup>

Aunque advirtió que su relación sería todo esto, elaboró una historia completamente descriptiva de los primeros dos años de la guerra, sin ofrecer casi ninguna interpretación de lo sucedido. Se limitó a contar qué fue lo que pasó, cómo y dónde. Sin embargo, hizo un estudio exacto y abundante de esos años de guerra, así como de sus protagonistas, que representa una importante fuente de información para los interesados en la época.

Por las características de nuestro estudio, sería inútil hacer una relación o síntesis de cuanto dijo Mora al respecto, pues no responde al propósito de este trabajo, y resultaría igual o más cansado aún que la narración del propio autor. Trataremos, en cambio, de destacar algunos conceptos e ideas de esta parte de la obra.

La idea central derivada de su narración es que la mayoría de la población estaba potencialmente dispuesta a luchar por la independencia. Para Mora el deseo de libertad era el común denominador de todos los mexicanos; la revolución iniciada en Dolores no fue algo pasajero "... tenía profundas raíces en el corazón de los mexicanos y no podía terminar sino cortando para siempre los vínculos de este pueblo con su metrópoli".<sup>4</sup> Como se ha dicho, en México y sus revoluciones, Mora expuso reiteradamente ese deseo de libertad que se fue gestando en el mexicano durante trescientos años, y que brotó en 1810 con el estallido de la guerra de Independencia.

Aunque presentó la guerra como desastrosa y sangrienta, en muchas partes mencionó que la revolución de 1810 no fue tan nefasta ni cruel como otras habidas en el mundo -destacándose en su afán comparativo la Revolución francesa de 1789- e incurrió así en una contradicción a este respecto. Se identifican por lo tanto dos niveles de descripción de la situación mexicana: por un lado, el del conocimiento

claro de lo sucedido y, por el otro, el de propaganda con el fin de atraer extranjeros. Mostró dos realidades opuestas: lo que fue y lo que quiso que hubiese sido.

En esta guerra, los atributos que caracterizaron a los antiguos conquistadores no se repitieron en los hombres que ahora luchaban por la Independencia; por el contrario, Mora parecía disfrutar exaltando la torpeza y crueldad de Hidalgo, a quien no concedió ni capacidad ni aptitudes para la guerra. Sabemos que Mora y su familia se vieron afectados directamente por la sublevación de Hidalgo<sup>5</sup>, lo cual pudo haber influido para tomar partido contra él, independientemente de si creía en su propósito o no. Después de todo, Mora seguiría cumpliendo con su propia advertencia: "...la historia no es ni puede ser otra cosa que la relación de las impresiones que sobre el escritor han hecho las cosas y las personas...".<sup>6</sup> Si a él le causó mala impresión el cura Hidalgo, no logró ser imparcial, pero al menos sí fue sincero.

De esta manera, vemos que el Padre de la Independencia no fue, en el concepto de Mora, ningún bienhechor, más bien un destructor al cual dejó muy mal parado en "su historia" y por lo tanto en la historia.

Desde sus primeras opiniones criticó con dureza a Hidalgo y lo calificó con toda clase de adjetivos negativos. Según él, desde el inicio de la revuelta en Dolores todo



empezó mal; no tomó en cuenta la opinión de nadie, decidió todo por sí solo y "... con diez hombres pues, de los cuales cinco eran forzados..."<sup>7</sup> comenzó la trifulca animando los ánimos de la gente supersticiosa con el pretexto de que la religión corría peligro.

Quizá el concepto de Mora sobre Hidalgo se refleje muy bien en el siguiente extracto:

(...) este hombre ni era de talentos profundos para combinar un plan de operaciones, adaptando los medios al fin que se proponía, ni tenía un juicio sólido y recto para pesar los hombres y las cosas, ni un corazón generoso para perdonar los errores y preocupaciones de los que debían auxiliarlos en su empresa o estaban destinados a contrariarla; ligero hasta lo sumo, se abandonó enteramente a lo que diesen de sí las circunstancias, sin extender su vista ni sus designios más allá de lo que tenía que hacer al día siguiente; jamás se tomó el trabajo y acaso ni aun lo reputó necesario, de calcular el resultado de sus operaciones, ni estableció regla ninguna que las sistemase.<sup>8</sup>

Si bien es cierto que el daño hecho por Hidalgo a los intereses de la familia de Mora influyó para que éste condenara sus acciones, también es verdad que hubieron otros factores que radicalizaron su posición. Por ejemplo, muchas personas en esta época compartían la idea de que Hidalgo tan sólo había causado males al país; aunque claro, había mucha polémica entre la gente en torno a su figura: que lo rechazaba o lo alababa.

La principal denuncia que Mora formuló contra Hidalgo

consistió en haber imbuido en las "últimas" clases el odio contra los españoles y haber ocasionado que "... hombres verdaderamente amantes de su patria, deseosos de la independencia y aun comprometidos con ella, no sólo abandonarían la causa de Hidalgo, sino que aun tomaron las armas contra ella".<sup>9</sup> De tal manera, la lucha se prolongó durante varios años. Mora era un decidido defensor de los españoles -al menos eso se deduce de la lectura de la obra-, con excepción de ciertos procedimientos utilizados en la Conquista y de algunos atavismos de la época colonial; su tono no puede considerarse como antihispanista. Por lo tanto, el hecho de que Hidalgo haya puesto en las masas la semilla de ese sentimiento fue razón suficiente para criticarlo, por la cantidad de destrozos posteriores que eso ocasionaría.

Con respecto a aquellas personas amantes de su patria que decidieron alejarse de la causa emancipadora, nos preguntamos si el mismo Mora, -que hacia 1810 tenía 16 años- o su familia no serían de esos amantes que se mantuvieron en contra de Hidalgo y, por otro lado, cuál sería la patria a la que se refiere nuestro autor: ¿España, Nueva España o México? Desafortunadamente no lo aclara, aunque podríamos deducir que se refiere, desde 1808, a México.

Volviendo a Hidalgo, éste tuvo como pecado, además, el haber sido clérigo y haberse proclamado "capitán general de América" lo cual era imposible en su calidad de sacerdo-

te, amén de "que suponía el error inexcusable de no haber más América que México".<sup>10</sup> Como vemos, la crítica de Mora es tajante y hasta extemporánea, porque ¿qué sabía Mora de las intenciones de Hidalgo sobre la América, o bien, sobre los límites de su revolución? Hasta donde sabemos, el Padre nunca dijo de dónde a dónde sería la Independencia. Este juicio lo formuló Mora mucho después de haberse conseguido la Independencia; y aun en ese tiempo, las fronteras de México eran inciertas, así es que puede ser una exageración de nuestro autor. Y el hecho de que Hidalgo fuera sacerdote le dio a Mora un pretexto más para juzgarlo, pues como sabemos siempre criticó al clero.

Tanto se aferró contra la personalidad de Hidalgo, que incluyó en su obra la excomunión que le diera Abad y Queipo y el acta de la Inquisición contra él, agregando que el cura había dicho "... que Gregorio VII, aunque canonizado, estaba ardiendo en los infiernos... y... que no había infierno ni Jesucristo..."<sup>11</sup> lo cual le acarreó el que le consideraran irreligioso. Agregaba Mora, no por defenderlo sino para aprovechar la oportunidad y criticar al clero, que en México, "... para ser tenido por irreligioso, basta no ser sectario ciego de las opiniones de los jesuitas, de los frailes y de la curia romana..."<sup>12</sup>, lo cual implica de hecho una disculpa velada al cura Hidalgo.

Otra crítica más en contra de Hidalgo se basó en haber

incluido a las masas en su lucha por la Independencia, en lugar de haber buscado calidad y selección en las tropas. El hecho de que hubiera popularizado la lucha le molestaba a Mora; al expresarlo, manifestaba una vez más su desacuerdo con la inclusión de las masas en todos los actos públicos. El autor era clasista y no creía que todas las personas tuvieran los mismos derechos, ni siquiera en la guerra, como se aprecia en México y sus revoluciones.

Así, desde la óptica de Mora, la utilización de las masas, la anarquía que provocó su falta de visión y las matanzas que ordenó, condenaron a Hidalgo al fracaso; los excesos cometidos por este cura hicieron de la revolución de México una guerra tan sangrienta como otras.

Como sabemos Mora fue asérrimo defensor de que los países contaran con leyes fijas y un gobierno estable. Para colmo de males, Hidalgo nunca pudo formar ni lo uno ni lo otro, e incluso terminó mal con los otros cabecillas, Allende y Abasolo, por discrepancias en la estrategia. Sin aludir nunca a su inexperiencia, Mora agrega que ésta fue una causa más de su descrédito y fracaso. El único documento de Hidalgo, el Manifiesto a la Nación Americana no logró nada, pues en él "... no se anuncia ninguna mejora, ningún principio político, ni aun la independencia misma..."<sup>13</sup> y sólo consiguió exacerbar los ánimos de la gente contra los españoles con falsedades, motivo suficiente para condenar a Hidalgo de por vida.

En fin, la imagen de Hidalgo en la historia era bastante deteriorada, tanto, que en lugar de alabarle su decisión al haber sido la primera persona en levantarse contra la metrópoli, juzgó negativamente todo lo que hizo.

Sorprendentemente, se expresa mejor de los compañeros de Hidalgo. Por ejemplo, a Allende lo considera un hombre valiente, intrépido y resuelto en sus labores al igual que a otros insurgentes como Jiménez, Aldama, Abasolo, Torres, Portugal y Navarro, hombres todos decididos a favor de la Independencia. Necesario es destacar que Mora no sólo elogió a los insurgentes durante la guerra; también destacó la valiente labor de las tropas virreinales y, en particular, las acciones de José Morán, Anastasio Bustamante y Máximo Garro, tratando de dar más objetividad a su relato.

Y si realistas e insurgentes merecieron los respetos de Mora, una mujer llamó especialmente su atención, Manuela Taboada, esposa de Mariano Abasolo, único jefe revolucionario de la primera etapa de la guerra que logró salvar la vida gracias a su mujer. El pasaje en el que relata este asunto es quizá el más novelesco y romántico del libro. A esta mujer, oriunda de Chamacuero, Guanajuato -al igual que Mora-, le concede el título de heroína; conocía bien su vida y sus actividades y al hablar de ella lo hizo con información de primera mano.

Además de calificarla como una mujer inteligente que

supo pronosticar el fracaso de los primeros movimientos de insurrección y neutralizar las órdenes sanguinarias que Hidalgo daba a su marido, relata las vicisitudes que "Madama Abasolo" debió padecer para lograr salvar la vida a su esposo, cuando éste cayó prisionero. De esta manera cuenta las experiencias de esta mujer demostrando no sólo su gran admiración por ella, sino refiriendo además los hechos con gran conocimiento de los mismos, hablando de Manuela como heroína, pero dejando entrever un gran cariño. A lo largo de México y sus revoluciones no encontramos un relato tan conmovedor como el de las angustias de Manuela Taboada. Es de destacarse que las mejores palabras, expresiones y referencias de este periodo de la Independencia, no se las otorgó Mora a ningún hombre; curiosamente se las concedió a una mujer: doña Manuela Taboada.

Al hablar del fin de los demás cabecillas, Mora justificó, paradójicamente, las acciones de todos ellos incluyendo al propio Hidalgo. Disculpaba el hecho de que todos ellos se hubieran retractado y arrepentido de lo sucedido, diciendo que la amenaza de muerte es capaz de cambiar hasta al hombre más valiente, no habiendo razón para que éstos fueran la excepción.

Contra lo que pudiera esperarse, al finalizar Mora su relación de este primer periodo de la Independencia -en el que destacó sobremanera la crueldad, ineptitud y anarquía de las acciones de Hidalgo-, ofreció una conclu-

sión sumamente favorable hacia él y sus compañeros, la cual no concuerda con lo expresado anteriormente.

Después de referir cómo mueren, el autor agrega:

Así acabaron los primeros caudillos que tomaron por su cuenta la independencia de la patria; sus errores sus equivocaciones, sus debilidades y hasta la crueldad misma de Hidalgo, desaparecen a la vista de sus desgracias, y sobre todo del imponderable servicio de haber emprendido una revolución perniciosa, destructora y desordenada, es verdad, pero indispensablemente necesaria en el estado a que se habían llegado las cosas, y que abría el camino a otra ordenada benéfica y gloriosa... El heroísmo con que se votaron (sic) a la muerte estos primeros campeones abrió la gran cuestión en que debían debatirse y establecerse los principios del orden de la justicia y de la libertad pública sobre las ruinas de robustas e inveteradas preocupaciones; creó medios de resistencia que, perfeccionados y robustecidos por la experiencia y por el tiempo, habían de traer después de algunos años el triunfo final y decisivo; e imprimió de una manera inextinguible en el pueblo mexicano el sentimiento de dignidad y de sus fuerzas; ellos murieron, la historia contará sus proezas y debilidades, y el mundo no podrá negarles el triunfo de gloria debido a los que tan eficazmente han contribuido a mejorar la suerte de ocho millones de hombres, y a aumentar el número de las naciones de la tierra.<sup>14</sup>

Así pues, Mora reconoció lo imperativo de esta guerra iniciada en 1810. Héroes y campeones lograron la hazaña de abrir un nuevo panorama para la historia nacional: el de su Independencia. Desgraciadamente, Mora dedicó sólo un párrafo, insistimos, para hablar de la necesidad de que alguien encabezara la lucha por la emancipación y muchos más a referir las crueldades y los errores que en ella sucedieron, inclinándose más la balanza hacia lo negativo

que hacia lo positivo de la guerra. Para el lector, la imagen de este primer periodo de la Independencia es desoladora, pues no sólo fueron derrotados todos los cabecillas, sino que, además, los medios usados por éstos fueron crueles e inhumanos en extremo. Podemos concluir tajantemente que, en la historia nacional de Mora, Hidalgo lleva un gran peso negativo por sus acciones.

Pero la semilla de la Independencia ya se había sembrado y, según Mora, la muerte de los primeros caudillos dejó experiencias que debieron ser tomadas en cuenta por quienes continuaron la guerra. Las masas, que tanto incomodaban a nuestro autor, se retiraron:

(...) a su casa llevaron los indios, los negros, las castas y los blancos, clases todas que componían el pueblo en aquella época, el odio a los españoles, los sentimientos de independencia, y la mejor disposición para auxiliar de todas maneras a los que la sostenían con las armas o promovían de otra manera; así se hizo la guerra popular.<sup>15</sup>

Pero estas masas ya no participarían activamente con sus destrozos y abusos, los nuevos jefes militares, representados en este segundo periodo por Ignacio Rayón, pondrían buen cuidado en organizar, disciplinar, seleccionar y armar a sus tropas.

Efectivamente, Mora retomó la labor de Ignacio Rayón quien debió continuar el trabajo iniciado por Hidalgo. Lo consideraba un "patriota" que tuvo la gran intención



de formar en el país un gobierno para organizar al movimiento emancipador, acción alabada por nuestro autor, al ser él mismo defensor de esa idea.

Mencionó a algunos "valientes" que acompañaron a Rayón en su empresa y en la toma de Zacatecas, la cual fue lograda por éste sin crueldad y sin abusar de su poder, como lo hiciera Hidalgo.

En general tenía un buen concepto de Rayón hasta el momento en que instituyó la Junta de Zitácuaro, "Primer intento de gobierno nacional", aunque careciera de adelantos políticos en la manera de ejercer el poder. Mora le atribuyó el papel protagónico durante el año de 1812 en la guerra de Independencia. Según él, sin embargo, al momento de instaurarse la Junta, Rayón trató de apropiarse del poder general, lo cual provocó que muy pocas personas se le unieran, además de aquéllas que desde antes de la Junta le seguían; el poder autoritario que pretendió ejercer fue una de las cosas que le criticó Mora, por ser él mismo opositor del gobierno en manos de un solo hombre. Calificó a la Junta como una "especie de centro convencional al que sólo muy impropiamente podría llamarse gobierno".<sup>16</sup>

Así pues, Rayón pasó de "patriota" a dictador, y en lugar de apoyar la insurrección fue un freno para ella, debido a sus pretensiones, a su incapacidad de sostenerse como jefe del movimiento y a la envidia hacia aquéllos

superiores a él. Evidentemente Mora juzgó fuertemente a Rayón, aunque salió mejor librado que Hidalgo. Nuestro autor explicó muy bien, e inclusive abundantemente, el periodo rayonista de la guerra que, por cierto, es el último que pudo abordar en su totalidad en el tercer tomo.

Cabe destacar que, en la parte correspondiente a la Junta de Zitácuaro, Mora incluyó opiniones sobre José María Cos y Andrés Quintana Roo, a quienes tenía en muy buena estima, sobre todo a este último con el que debió compartir, seguramente, muchos eventos posteriores a 1821. Aprovechó su obra para incluir párrafos de alabanza hacia ellos por sus grandes talentos.

Continuamos con la relación de Mora. Al finalizar su historia de lo que fue la guerra, con Rayón a la cabeza, se propuso desarrollar lo sucedido con Morelos entre 1812 y 1815. Desde el principio, es notorio el buen concepto en que lo tuvo, pues consideraba a esa época "el episodio más glorioso y patriótico de la insurrección".<sup>17</sup> Aunque lo calificaba como alguien que no tuvo educación ni cultura, advertía que sus cualidades y su capacidad estaban muy por encima de los demás. Según Mora, Hidalgo le propuso a Morelos propagar la revolución en el sur, no porque reconociera su valor, sino para alejarlo de él mismo, por ser éste un "hombre oscuro y sin carera".<sup>18</sup> Ni siquiera la cualidad de reconocer el talento de otros concede Mora

a Hidalgo.

Hablaba con tal alabanza de Morelos que, dentro de su historia, el único ser con el que paradójicamente se le puede comparar por sus grandes atributos es con Cortés, aunque la causa de uno y otro fuera opuesta.

Y así como un párrafo nos sirvió para ilustrar el mal concepto que sobre Hidalgo tenía Mora, otro nos servirá para conocer al Morelos de nuestro autor:

Las prendas morales de este jefe eran superiores a todas las otras, amante del bien público y de su patria hizo cuanto creyó que podía conducir a su prosperidad y grandeza; muchas veces se equivocó en los medios pero jamás sus errores provinieron del deseo de su propio engrandecimiento pues aun en el puesto a que lo elevaron sus victorias, fue extraordinariamente modesto, desdenando todas las condecoraciones y títulos, y no tomando otro para sí que el de siervo de la nación; su firmeza de alma y lo imposible y sereno de su carácter fueron cualidades que lo acompañaron hasta el sepulcro; ni en la prosperidad era insolente ni se abatía en las desgracias; dueño de un considerable territorio, con un ejército casi siempre victorioso, y con grandes y fundadas posibilidades de ser al fin el libertador de su patria, sufrió con paciencia y sin quejarse las intrigas y maledicencias de sus émulos que veían con envidia sus felices y constantes sucesos; precipitado hasta un calabozo y ultrajado por los obispos y la Inquisición hasta el punto de ser declarado indigno de pertenecer al clero y a la comunión católica, jamás se le pudo arrancar una retractación ni que vendiese los secretos de mil personas que en México debieron a su silencio el reposo, la tranquilidad y la vida.<sup>19</sup>

Evidentemente Mora tenía un buen concepto de este insurgente al cual le justifica todos los posibles errores

en que incurriera. El fracaso de Morelos por implantar un sistema representativo lo disculpó diciendo que fue extemporáneo e imperfecto, como todo primer ensayo, pero que finalmente sentó las bases de un futuro gobierno. Alabó el hecho de que se mostrara renuente a otorgar y reconocer grados militares en demasía a los insurgentes por el peligro que esto podría implicar (y que de hecho implicó ya que al terminar la guerra estos militares exigieron mucho y causaron muchos problemas para los gobiernos independientes, que a Mora le tocó sufrir). Además, reconoció sus intentos por organizar, disciplinar y equipar a sus tropas para que funcionaran mejor.

Justo es mencionar que la obra de Mora nos sirve, además de fuente histórica, para conocer datos particulares de la sociedad de aquella época; por ejemplo, su vestimenta y costumbres. Aunque escasean los relatos que no sean políticos, algunas veces aprovechaba la ocasión para explicar detalles curiosos, si no para nosotros los mexicanos, sí para los extranjeros. Así, por ejemplo, al describir la estrategia y el potencial material y humano de Morelos, se explaya sobre las armas cortantes que utilizaba la gente, con gran habilidad y destreza, y que eran más fáciles de fabricar que las espadas: los machetes.

En general, dejó a Morelos muy bien parado dentro de la historia nacional. Reconoció su defecto de haber

sido muy sanguinario pero ni siquiera por esto le critica o censura. Su labor estuvo muy por encima de este ínfimo detalle. Según Mora, Morelos pudo haber conseguido la independencia por su gran capacidad; si no lo hizo, al menos le dio gran fuerza al movimiento emancipador que con él alcanzó uno de sus grandes momentos.

Por desgracia, desconocemos si la visión final de Mora sobre este personaje haya variado, pues es su periodo al frente de la insurgencia el que queda trunco y con el cual se cierra el tercer y último tomo de México y sus revoluciones. No nos hubiera extrañado, sin embargo, un cambio de actitud en Mora, pues dos de los tres principales hombres de los que habló en su historia, Hidalgo y Rayón, fueron héroes y déspotas a la vez, por lo cual su tercer dirigente, Morelos, bien pudo terminar mal.

De esta manera hemos analizado la guerra de Independencia en la visión de Mora, representada en general por tres grandes personajes: Hidalgo, Rayón y Morelos, quienes a su entender protagonizaron los primeros años de lucha en las diferentes provincias de la Nueva España. Pero aunque fueron los principales actores de la revolución no son los únicos que mencionó.

Así, aparecen en su relación los Guadalupe; Albino García (muerto por Iturbide) y el empecinado en Guanajuato ("provincia llena de hombres robustos y buenos jinetes,

todos declarados por la Independencia"20 y dedonde también era Mora); Osorno (que luchó entre Zacatlañ y Tulancingo); Joaquín Fernández de Lizardi el Pensador Mexicano (en Iguala) "que no abundaba en las calidades de soldado y carecía absolutamente de las de jefe"21; los tres hermanos Bravo, Leonardo, Víctor y Miguel, en Chilpancingo; José Manuel Herrera, a quien Morelos dio el título de doctor, fue el primer eclesiástico, que siguiendo las bandadas insurgentes, dio el ejemplo laudable de no admitir grados militares22 (¡sólo académicos!); José Mariano Matamoros quien demostró "que un mediano cura podría ser un general de muchísima importancia"23; Valerio Trujano (en la Mixteca); Hermenegildo Galeana, héroe en el sitio de Cuautla; Nicolás Bravo, quien no vengara, pudiendo hacerlo, el asesinato de su padre; Antonio Sema (de Puebla) que ayudó económicamente la causa; José Manuel Montaña, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero y Manuel Mier y Terán, que participaron en la toma de Oaxaca con Morelos; Melchor Múzquiz, quien combatió al lado de Rayón; Pedro Celestino Negrete que logró hacer grandes cosas por la Independencia cuando se decidió por ella y José Antonio Torres, quien "ha sido olvidado por los mexicanos al decretar honores a sus héroes".24

Finalmente Mora incluyó un breve relato sobre la labor de su hermano, Manuel Mora, durante la Independencia:

"Este joven valiente, honrado e incansable en

trabajo de la campaña, fue uno de los que más contribuyeron a establecer el orden y la disciplina en las fuerzas de don Ramón Rayón... Después de una carrera gloriosa murió en el campo de honor, sosteniendo cerca de Jilotepec, abandonado de sus tropas, una batería que no pudieron tomar los españoles sino cuando su defensor había caído al pie del cañón atravesado por las balas".<sup>25</sup>

Al pintarlo de esta manera, Mora aclaró en una nota que él hubiera evitado elogiar a su hermano pero que copia expresiones textuales de Múzquiz, Rayón y los tres Quintana, quienes al parecer -por la forma en que escribe la nota- comprometiéronle a mencionarlo. Sea como fuere, Mora se mostró bastante discreto al dar referencias sobre su hermano y ésta es la única vez en que hace alusión a un asunto personal. Es importante, sin embargo, el que haya incluido estas palabras sobre su hermano, porque ubica a su familia dentro de la lucha y, por lo tanto, a favor de la Independencia.

En fin en la parte destinada a la Independencia, Mora no hizo más que describir los primeros años de la guerra, es decir quiénes participaron en ella y cómo se desarrolló asentando que fue un mal necesario para el país.

Su opinión sobre los realistas fue desde criticar su obstinación por sostener una colonia que tarde o temprano debía independizarse, hasta alabar a algunos jefes por su gran valor y por haber defendido a la Corona, no porque no creyera en la libertad de la Nueva España sino por fideli

dad a ella como es el caso de Riaño; de Manuel Flón, cuya integridad y honradez, eran "universalmente reconocidas", aunque la Independencia lo haya hecho bárbaro y sanguinario; de Agustín de Iturbide, realista de gran valor, y Antonio López de Santa Anna que tanto ruido haría después.

En general la opinión de Mora sobre quienes se opusieron a la Independencia se inclinaba por suponer que la gente luchó contra los insurrectos no porque se opusieran a ella, sino por los desmanes y la destrucción que aquéllos provocaron. La Iglesia, fiel a la Corona o a sus intereses atizó el fuego para que se creyera hereje a los revolucionarios, quienes debieron luchar contra el régimen político y el eclesiástico, en tanto que los españoles se aliaron a éste para sostenerse en el poder.

Para Mora los realistas fueron valientes, pero también cometieron muchos errores durante la guerra. Nos atreveríamos a decir que, aunque los atacaba trató de justificar todos sus actos y para ser justos, lo mismo hizo con los insurrectos y lo mismo hizo en el resto de su libro, como si todo tuviera dos caras: una positiva y otra negativa. Así la historia de México y así la Guerra de la Independencia.

Según nuestro autor, muchas cosas se superaron con la guerra, sobre todo se logró la abolición de la esclavitud y de las castas, con lo cual "adquirieron importancia hom-



bres despreciados sólo por su origen, y todos se acostumbraron (con el tiempo) a considerarse y frotarse bajo el pie de la más absoluta igualdad".<sup>26</sup> Esta reflexión sobre los beneficios de la Independencia, nos asombra sobremanera ya que implícita y explícitamente se ha cansado de manifestar su contariedad porque en el país todos se sientan iguales, situación avalada por las leyes. Su posición aquí se antoja falsa, además de demagógica, pues Mora se opuso a que la gente tuviera los mismos derechos, por ejemplo el de ciudadanía, al cual, desde su punto de vista, sólo tenían derecho los propietarios. Desafortunadamente, sale a nueva cuenta la doble visión, en este caso sobre la igualdad de los mexicanos.

En conclusión, la revolución de Independencia fue, para Mora, un hecho perjudicial pero necesario para lograr la libertad. Durante los dos años que alcanzó a describir en México y sus revoluciones, Hidalgo, Rayón y Morelos fueron sus directores, a este último le concedió las mejores cualidades y el potencial que condujo al país a la Independencia. Tanto en las filas insurgentes como en las realistas hubo héroes y villanos, curas buenos y malos, jefes benévolos y sanguinarios, destrucción y conservación de ciudades.

Para Mora, España estaba condenada a perder sus colonias; si les hubiera concedido voluntariamente la libertad

se habría ahorrado mucha destrucción y tiempo, y además se habrían obtenido muchas concesiones. Insistimos en que Mora no fue antihispanista; por el contrario, criticó a Hidalgo por haber creado ese sentimiento en las masas, a las cuales también rechazó nuestro autor.

La Independencia fue un paso obligado en México, que se empezó a preparar desde el tiempo del mismo Hernán Cortés. Así lo presenta Mora y así quiere que lo entendamos. España debía perder sus colonias y México lograr su Independencia por la cual luchó durante 300 años, como bien describió al narrar todos los conatos que sucedieron en este tiempo para justificar finalmente la de 1810.

Finalmente, para nuestro autor, la Independencia fue un mal necesario provocado por la retrógrada política colonial. Los mexicanos debieron forzar la situación para conseguir algo que España pacíficamente debió haber concedido. Mora aceptaba la guerra por estas causas, pero nunca estuvo de acuerdo con los medios utilizados para conseguirla, y mucho menos con los que usó Hidalgo.

Su elitismo se manifestaba al rechazar una guerra en la cual participaron las masas. Como sabemos, fue una constante en su obra el que el gobierno y la sociedad debían estar representadas por la población blanca, de preferencia propietaria; por ello la simple participación de las masas ignorantes le parece agresivo contra su pensamiento.

Según él, la idea de Independencia fue un común denominador en el español y luego en el mexicano; para ello lucharon casi desde el momento mismo de la Conquista. Al mencionar sólo aquellos conatos que realizaron los españoles, ignorando a los indígenas, expresaba nuevamente su elitismo.

Aunque pretendió convencer al lector de que la guerra de Independencia fue pacífica no pudo evitar caer en algunas contradicciones.

Otro aspecto importante que se puede destacar de este periodo, es que a partir de 1808 Mora dejó atrás a los españoles en busca de la Independencia y surgieron los nuevos mexicanos que finalmente la conseguirán. Es decir, el ser nacional del mexicano nació en 1808.

Desafortunadamente algo que también nació en este periodo es el espíritu antihispanista, ese sentimiento que rechaza todo lo español por considerarlo el origen de todos los males del país. Aunque Mora estaba de acuerdo en que se hubieran heredado malas costumbres de la Colonia, rechazaba que se acusara a los españoles como individuos de esos males y se les tratara injustamente. También criticó a aquéllos que no aceptaron a la Colonia como la raíz nacional y querían ver en el México prehispánico situaciones inexistentes acusando a los españoles de haber acabado con esa espléndida cultura.

Sobre la Guerra de Independencia, creemos que fue una casualidad el que la dejara inconclusa en 1812, y que esto no respondió a algún factor intencional.

NOTAS: LA INDEPENDENCIA

1. Ibidem: tomo II, p. 178.
2. Ibidem: tomo II, p. 325.
3. Ibidem: tomo III, p. 19.
4. Ibidem: tomo III, p. 49.
5. Cfr., Hale, op,cit.
6. Nota, op,cit. tomo I, p. 7.
7. Ibidem: tomo III, p. 30.
8. Ibidem: tomo III, p. 21.
9. Ibidem: tomo III, p. 32.
10. Ibidem: tomo III, p. 36.
11. Ibidem: tomo III, p. 63-64.
12. Ibidem: tomo III, p. 64.
13. Ibidem: tomo III, p. 115.
14. Ibidem: tomo III, p. 145-6.
15. Ibidem: tomo III, p. 149.
16. Ibidem: tomo III, p. 196.
17. Ibidem: tomo III, p. 252.
18. Ibidem: tomo III, p. 254-5.
19. Ibidem: tomo III, p. 254-5.
20. Ibidem: tomo III, p. 201.
21. Ibidem: tomo III, p. 261.
22. Ibidem: tomo III, p. 276.
23. Ibidem: tomo III, p. 284.
24. Ibidem: tomo III, p. 291.
25. Ibidem: tomo III, p. 362
26. Ibidem: tomo III, p. 347.

#### IV ADMINISTRACION INDEPENDIENTE

Hemos revisado la visión de Mora sobre la Conquista, la administración colonial y la Independencia, lo cual constituye la parte histórica de la obra. Veamos ahora cómo encontraba la situación de México una vez realizada la Independencia y los problemas que forzosamente debían superarse.

Por lo que respecta a la administración Independiente, Mora se esforzó por presentar al país en las mejores condiciones de desarrollo. Justificaba todos los errores de México diciendo que la mayoría habían sido heredados de la Colonia, por lo que no se podía juzgar o culpar de ellos a los mexicanos.

Una de las principales contradicciones en que incurrió fue su alabanza o crítica al sistema político mexicano. Por ejemplo, en el mismo tomo en que, refiriéndose a México, destacaba "... el estado de revolución permanente en que se ha hallado la República desde su Independencia"<sup>1</sup>, más adelante decía que, por fortuna, en este país se había logrado establecer "... un sistema de gobierno estable, que hasta hoy era la única que lo había conseguido entre las nuevas repúblicas de América".<sup>2</sup> Ambas cosas son completamente opuestas; para quien ignorara lo que sucedía en nues-

tro país, su situación política quedaba en completa duda, a menos, claro está, que quisiera entender que lo estable del gobierno mexicano ha sido lo permanente de su estado de revolución, aunque dudamos que así se entendiera o así lo quisiera decir Mora. Episodios de éstos se repiten a lo largo de México y sus revoluciones, en donde se enfrentan lo que era y lo que Mora hubiera querido que fuera.

Al hablar de los aspectos heredados de la administración colonial, Mora presentó una realidad que, a su entender debía ser superada. Parecería que, para él, el mexicano era un ser perfectible a largo plazo, ya que sus errores serían superados y a la larga saldría adelante. Es factible que se percatara de que estaba viviendo un momento histórico definitivo en el país: su nacimiento político.

Imbuido como estaba de las ideas liberales, pretendió ponerlas en práctica en un lugar que, desde su propio ángulo estaba en el momento idóneo para adquirirlas y ponerlas a trabajar. En efecto, México, como país naciente, era una masa moldeable que se acomodaría según se le fuera modelando. Crear un país liberal por excelencia, donde todos sus principios se podrían aplicar, pues se inculcarían desde el nacimiento mismo, desde el momento en que se le puso por nombre República Mexicana, el país crecería y se desarrolaría bajo los postulados liberales.

Este futuro tan lisonjero debió estimular a los libera-

les para luchar por defender sus ideas, y ese pasado tan pesado como lo fue el colonial debió ser el primer punto que se trató de superar. Cuando este fue tan fuerte que se mantenía, se procedió a explicar los errores del presente con referencias a ese pasado y con la esperanza de que algún día se olvidaría. cuando Mora fracasó en su intento de reforma en 1833 y abandonó el país, lo hizo quizá convencido de que la realidad fue más fuerte que el ideal y de que no bastaba con cambiar las leyes para que se operara el cambio. En México había demasiados intereses creados y tanto liberales como conservadores tenían en ese momento las mismas oportunidades de imponer sus creencias, dominando entonces posiblemente los segundos.

Mora fue un liberal convencido, aunque no sabemos si para él el liberalismo era bueno en sí o por sí mismo, como doctrina, o era bueno porque los países europeos que tanto admiraba lo ponían en práctica. De cualquier manera, defendió su doctrina tenazmente, y quizá no estaríamos tan errados si aseguráramos que Mora prefirió ser liberal antes que mexicano, ya que por su ideología luchó, abandonó su país y nunca volvió a él, mientras que su amor por México no fue tan fuerte como para adaptarse a vivir en él con el sistema que fuera y abandonar su filosofía. Esta situación también se presentaría -aunque con implicaciones antinacionalistas muy graves- con otro liberal mexicano: Lorenzo de Zavala, por lo tanto, no podemos culpar a Mora como



el único que respondiera de esta manera ante el fracaso del liberalismo.

Según Mora la doctrina liberal fue asumida en todo el país, el sistema representativo nunca encontró enemigos y la federación contaba con "los mismos apoyos que la independencia nacional"<sup>3</sup>, es decir, con los de la mayoría. Por su parte, la Constitución era respetada y no se había pensado seriamente en cambiarla.

Este pensamiento contradice la misma historia de los sucesos y la propia opinión de Mora de la necesidad de reformar la constitución por incluir el artículo sobre los fueros de las clases privilegiadas, así como el que imponía la religión católica, como veremos más adelante. Sin embargo, también reforzaba la idea de presentar una nación próspera con una población en constante defensa de sus instituciones.

Sobre las ocasiones en que la Constitución no fue obedecida, en un confuso párrafo Mora señaló: "... violada muchas veces por los partidos, pero siempre respetada por ellos mismos en el acto de infringirla...".<sup>4</sup> De esto sólo se desprende que habían existido alteraciones contra ellas, pero nuestro autor no aclaró en cuáles ocasiones (posiblemente porque pensaba que su obra llegaría hasta el momento necesario de explicarlo).

Mora afirmaba que la Constitución era respetada y aclamada por todos; no obstante, escribió: "Si hemos de hablar francamente, la verdadera y única ventaja de este código consiste en la adopción del sistema federativo...".<sup>5</sup> - Así nos reencontramos con el Mora agresivo, defensor de sus principios y coherente con sus propias opiniones de la necesidad de reformar la Constitución, principalmente en los puntos que se refieren a la intolerancia religiosa, a la supresión de fueros militares y eclesiásticos, a que el derecho de ciudadanía se base en la propiedad, a los límites que se deben de poner al poder legislativo y a negar el derecho de adquirir propiedades a manos muertas, disponiendo de los bienes que poseen, entre otras reformas.

Sobre la federación, sistema electo por el país, lo consideraba adecuado para que México pudiera mantener sus instituciones y esperaba que, llegado el momento de reformar la Constitución, este punto se mantendría inalterable (paradójicamente, sería precisamente el que variaría en 1836 con las Siete Leyes o Constitución centralista). Gracias a la federación, a la costumbre colonial de sumisión al poder central y a la carencia de fuerzas armadas de los estados, el país se había mantenido unido.

Esta unidad nacional preocupaba a Mora. Al analizar sus escritos, podemos percatarnos de cómo fue surgiendo su temor hacia el expansionismo norteamericano. En la ver-

sión exclusiva de México y sus revoluciones esto no se aprecia de manera precisa, pues aún no se habían presentado enfrentamientos con el vecino del norte y, por otra parte, su obra no era tan global como para reflejar su sentimiento. De cualquier manera, si tomamos en cuenta desde sus primeros escritos hasta sus últimas cartas -entre 1846 y 1850 como ministro plenipotenciario de México en Londres-, podemos apreciar cómo Estados Unidos pasa de ejemplo a seguir por sus grandes logros, a amenaza constante por el peligro de su expansionismo. Este hecho preocupó a Mora pues atentaba contra la unidad e integridad físicas del territorio, básicas para la subsistencia del recién independizado país.

Volviendo a la Constitución, Mora consideraba que desde el momento en que ésta fue firmada (4 de octubre de 1824) a aquél en el que escribió su artículo (1834), la mayoría de las personas habían cambiado de opinión y estaban de acuerdo en que la Constitución se reformara, obviamente -según él- con la inclusión de artículos favorables al liberalismo.

Así la libertad de prensa, la división de poderes y la federación ganaban adeptos, mientras que lo contrario sucedía con la intolerancia religiosa y la sumisión total al poder absoluto e ilimitado de las instituciones como la Iglesia, la Monarquía o el Ejército.

Resulta importante advertir que, desde un punto de vista maniqueo, los liberales serían los "buenos", en tanto que los conservadores serían los "malos". En gran medida esto es consecuencia de que el pensamiento actual se asemeja más al liberal que al conservador, cuyos principios nos parecen retrógrados y obsoletos, impidiendo el progreso del país al aferrarse a sus muy particulares creencias e intereses. No debemos olvidar que el momento histórico en el que disputaron los conservadores y los liberales se ajustaba mucho más a los proyectos de los primeros; probablemente por ello obtuvieron mayor consenso entre la población capaz de opinar al respecto.

Volviendo a la administración independiente, uno de los puntos más criticados por Mora -no sólo en esta obra, sino a lo largo de todos sus escritos-, es la empleomanía. Creada en el gobierno español, el "estado de revolución" la había fomentado a tal grado que se había extendido. Esta empleomanía parece ser como la burocracia actual; gente que trabaja para el gobierno, que depende de él y que son controlados por éste, en detrimento de su libertad. La corrupción así generada, ayuda a convertir a esta clase en foco constante de ataque por despreciable.

Según Mora, la población mexicana había estado acostumbrada a obedecer ciegamente las órdenes de un déspota, y una vez lograda la Independencia lo siguió haciendo con

aquéllos que ocupaban el poder. Hizo un análisis general de lo que eran las cámaras de senadores y de diputados, mostrando sus pros y sus contras; era notorio su afán por impedir que "jóvenes imberbes" ocuparan puestos públicos de importancia por carecer de "sesos", así como el que se permitiera a cualquiera votar en las elecciones sin requerir el derecho de propiedad.

Para el autor, en vista de la época de inestabilidad que le tocó vivir, era imprescindible evitar fomentar o propiciar revoluciones a causa del descontento; por ello, y para evitar problemas, las elecciones para diputados, senadores y presidentes nunca deberían ser simultáneas. Sobre el periodo presidencial opinaba que debía prolongarse a seis años, pues el de cuatro era muy corto.

Mora percibió muchos de los problemas de la administración mexicana, en su mayoría originados dentro de la administración española, que heredó a los mexicanos todos sus malos hábitos.

De la lectura de la obra se deduce que era urgente reformar la Constitución, así como desaparecer los partidos políticos y los privilegios de clero y milicia, como veremos en seguida. Es quizá cuando habla de la administración independiente donde podemos percatarnos mejor de cómo quería que funcionara la sociedad mexicana y contra cuántos problemas tuvo que enfrentarse. Las mejoras que él pretendía

crearían un estado perfecto y completamente liberal: supremacía del estado, división de poderes, ciudadanía basada en la sociedad, no intervención política o económica del clero, libertad de pensar y actuar. Por lo pronto, había que luchar contra las barreras que se le oponían para preparar un México mejor.

A manera de disculpa, pero también de reclamo, señaló que quienes hicieron la Independencia, en cuyas manos quedó el gobierno del país, carecían de experiencia y todo lo que sabían era herencia colonial. Al mismo tiempo protestaba por la ignorancia de los gobernantes, como encontrando la raíz de todos los males en la Colonia. Sin embargo, nunca mencionó que estos hombres empezaron a gobernar dentro de un sistema político nuevo, el cual desconocían casi completamente en la práctica, y que imponerlo e implantarlo en México costó muchos años de guerra, de aprendizaje y de cambios generacionales.

Al escribir su libro, el fracaso de la reforma liberal de 1833 era ya un hecho consumado que reflejaba, se quiera o no, la gran oposición que hubo a esas medidas por parte de los conservadores, con mayor influencia en la sociedad mexicana de entonces, pues respondían mejor a las condiciones generales de la población.

a) Clero y Milicia.

Como hemos dicho, otro gran problema al que se enfrentó la recién independizada nación, consistió en la existencia de fueros eclesiásticos y militares. Avalados por la Constitución, los intentos por suprimirlos resultaron infructuosos durante la primera mitad del siglo XIX. Gracias a ellos el clero y el ejército gozaban de ciertos privilegios y libertades dentro de la sociedad. Quizá el más importante era que podían ser juzgados en tribunales especiales, completamente al margen de los civiles, incapaces de imponerles sanción alguna. De esta manera unos y otros podían cometer toda suerte de arbitrariedades sin encontrar mayores obstáculos para ello; así ambos participaron en muchas asonadas contra los gobiernos establecidos, frenando la deseada estabilidad del país.

El principal intento por suprimir dichos privilegios se dio durante el gobierno de Valentín Gómez Farías, con las reformas de 1833 en las cuales participó José María Luis Mora. Dentro del espacio que dedicó para hablar del clero y la milicia hay un evidente desequilibrio en cuanto a la cantidad de información que sobre uno y otro contiene la obra. Sobre el primero abunda la información y las opiniones del autor, mientras que del segundo escasean los datos -situación que ineludiblemente se refleja en este análisis- seguramente esto responde al mayor conocimiento que tenía

sobre la situación del clero, al cual había pertenecido, en tanto que nunca participó en el ejército, ignorando su funcionamiento interno.

En México y sus revoluciones Mora atacó a las clases privilegiadas, es decir al clero y a los militares, pues según señalaba había que resaltarlo:

... para que se haga sensible que la mayor parte de los males del país tienen su origen en ellas y no se corregirán sino con su total abolición. Ninguna nación culta ni religiosa puede existir sin clero ni milicia; pero son muchas y casi todas, las que han abolido los fueros y privilegios...

Efectivamente, para Mora el mayor obstáculo al progreso lo conformaban estas dos clases que al abusar de su poder habían impedido la estabilización del gobierno mexicano. Hacia ellas debían dirigirse las principales reformas, a fin de limitar al máximo su injerencia en la vida nacional.

En sus ataques contra clero y milicia, nuestro autor -como en casi todas sus opiniones- estaba fuertemente influido por lo que sucedía en Europa. Al hacer mención de las "naciones cultas" que habían abolido sus privilegios, es claro que se refería a los países del Viejo Mundo, ejemplificando una vez más su gran admiración por ellos.

Dedica buena parte del primer tomo a hablar y a atacar a ambas instituciones, convencido de que la situación debía



cambiar. Al mismo tiempo aconsejaba a los mexicanos respecto a los pasos a seguir para librar al país de esta carga.

El principal objetivo del autor era asignar su lugar a cada cosa, para que el poder civil fuese realmente el que gobernara e impusiera el orden. Tanto el clero como la milicia debían sustraerse a su propio campo de acción, sin tener más injerencia de la necesaria en el orden social y sin entrometerse en la vida económica y política.

Mora estaba a la vanguardia en cuanto a las reformas necesarias para lograr el progreso del país. Con respecto al clero, fue categórico al afirmar:

Reasuma la autoridad civil lo que le pertenece aboliendo el fuero eclesiástico, negando el derecho de adquirir a manos muertas, disponiendo de los bienes que actualmente poseen, sustrayendo de su intervención el contrato civil del matrimonio, etc., y deje que nombren curas y obispos a los que gusten entendiéndose con Roma como les parezca... El clero es algo porque todavía se le reconoce como autoridad, por el hecho de mandarle que haga tal o cual cosa; el día que el gobierno lo olvide no se vuelven a acordar de él los mexicanos, y sólo buscarán al sacerdote para sus necesidades espirituales.

El valor de estas afirmaciones en relación con las Reformas del 33 y las Leyes de Reforma, justificarían por sí solas un estudio aparte que explicara la influencia de Mora en ella, así como la génesis de estos principios tanto en nuestro autor como en las propias leyes y reformas. Por lo pronto, nos limitaremos a señalar el hecho de que nuestro autor se atreviera a publicarlas (como artículo

en 1834 en el Indicador de la Federación Mexicana y posteriormente en 1837 en México y sus revoluciones) muestra el gran valor que Mora tuvo y de lo consciente que estuvo de su importancia mostrándose indiferente a las críticas que ellas debieron ocasionarle, además del rechazo y las acusaciones que contra él seguramente existieron.

Estas proposiciones fueron tan adelantadas que debieron pasar veinte años para que se volvieran leyes y algunos más (hasta 1873) para elevarlas a rango constitucional. Además, no sólo implicaban problemas sociales sino también políticos y económicos, que al ser resultados encaminarían al país rumbo al progreso.

Las clases privilegiadas fue uno de los temas que más apasionaron a Mora y por el cual se le considera uno de los grandes precursores del liberalismo. En el intento de reforma del '33 consideraba que si se restaba poder a estas dos instituciones se podría modificar el sistema político imperante. Sin embargo, cuando se propusieron estos cambios, el pasado colonial era aún muy reciente y pesaba demasiado sobre la sociedad postindependiente; por lo tanto tuvieron que derogarse por no convenir a los intereses y a las creencias de la época.

A pesar de no tratar en México y sus revoluciones el caso preciso de las reformas, fueron abordados algunos

de los puntos a los que se referían. El ataque a la acumulación de tierra en manos muertas, la separación entre la Iglesia y el Estado, y los fueros eran temas que abordó siempre que tuvo oportunidad, criticando fuertemente al clero.

Como ya hemos señalado, un hecho determinante en su vida fueron sus antecedentes de sacerdote y doctor en teología, por la cual conocía bien los problemas del clero. Aunque se desconoce cuándo abandonó la carrera eclesiástica, al momento de la Independencia ya estaba bastante involucrado en la vida política y alejado de la religiosa, pues desde sus primeras participaciones públicas en 1821 atacó al clero. Porque Mora vivió y conoció directamente a la Iglesia luchó por romper con las cadenas que ataban al país no sólo al poder ideológico de la misma, sino también al económico, percatándose que estas cadenas lo ligaban con su pasado colonial que le impedían entrar en la esfera de la modernidad, punto primordial dentro de la concepción de Mora.

Para él el clero, tanto regular como secular, había sufrido la desertión (incluyendo la suya) de las personas más cultas al percatarse de sus excesos y errores, retirándose de la práctica, dejando al clero reducido a un objeto de especulación mercenaria.

Algo de esto ha sucedido en México con ambos clerics, pero en grado muy superior con el regular.

De los hombres de mérito que la componían han quedado ya muy pocos siendo los que han faltado reemplazados por personas poco dignas, que por su falta de instrucción, moralidad y cultura han acabado por desacreditar las instituciones monásticas.<sup>8</sup>

Si bien el clero regular estaba en decadencia, el secular no presentaba una mejor cara. Su mala organización las rentas de que subsistía, la mala distribución tanto del dinero como de sus miembros en el país, daban también un muy mal aspecto a su situación, "(...) cuanto puede ser desfavorable a una institución y hacerla odiosa a los pueblos parece que de intento ha sido acumulado en la creación del clero secular en México(...).<sup>9</sup>

Con respecto a la mala organización y distribución, tanto económica como de trabajo del clero secular, Mora la ejemplificó atacando a los obispos que percibían mucho y hacían poco, en tanto que con los demás sacerdotes sucedía lo inverso. Este tipo de ejemplos son comunes en Mora, quien los conocía bien, por su propia actividad como sacerdote, que si bien no fue por mucho tiempo, le permitió conocer el sistema por dentro, para después destacar sus fallas.

Seguramente Mora no pretendió acabar con la carrera eclesiástica en general, pero sí realizar una reforma dentro de ella para llevarla al terreno de lo espiritual frenando su intervención en otros asuntos y tratar de hacerle una especie de limpia y reorganización para evitar tanta deser-

ción, desigualdad y descrédito de la Iglesia.

A lo anterior Mora sumaba la corrupción que permitía ingresar a las escuelas eclesiásticas a los hijos de personas importantes, que sin mayor vocación cometían todo tipo de arbitrariedades en el seno de la Iglesia, mientras eran escasos aquéllos con verdadera vocación religiosa, teniendo mayor peso los que desvirtuaban a la Iglesia que quienes la respetaban y la hacían respetar.

Por otro lado lo oneroso que resultaba al pueblo pagar los sacramentos, le obligaba a dejarlos de contraer; de esta manera la Iglesia no sólo perdía adeptos en su interior, sino que también perdía fieles.

En palabras de Mora, "... entre las cosas que contribuyen a hacer odiosa esta clase (eclesiástica) no es una de las menores el fuero que les está concedido por la Constitución".<sup>10</sup> Efectivamente, Mora consideraba a los fueros una de las grandes fallas del sistema político mexicano, y más aún por encontrarse avalados por la Carta Magna. Estos fueros implicaban la formación de un derecho exclusivo a ciertas personas, dentro del marco jurídico que debiera ser general. Cuantas veces fue necesario, rechazó estos privilegios, tanto para los sacerdotes como para los militares. A su entender, eran un freno contra el ejercicio de la democracia y la libertad, pues sobreponían sus intereses a los de la nación y coartaban la libertad de los individuos

que componían los cuerpos eclesiásticos al absorberlos en cuerpo y alma dentro de su ideología. Esto, sumado a otros factores como la acumulación de riquezas en perjuicio de la sociedad y "la oposición que clero y milicia hacían a la forma federal y representativa"<sup>11</sup>, fueron algunas razones por las que Mora se opuso a los fueros y a cualquier concesión que favoreciera y fomentara privilegios.

Destacamos, sin embargo, que Mora nunca pugnó por la desaparición de los fueros en función de lograr mayor igualdad, pues esto habría ido en contra de su propia posición de liberal ilustrado ademocrático, que implicaba la eliminación de estos privilegios, pero no la igualdad ni el sufragio universal.

Al respecto, Jesús Reyes Heróles, estudioso del liberalismo mexicano, dice:

Mora, pues, conecta la existencia de cuerpos aforados con la falta de unidad nacional, soberanía estatal y con el problema de la secularización de la sociedad mediante la indispensable laicización de la justicia. Además, los cuerpos y sus fueros van contra la libertad civil, la independencia personal, la moral pública y la prosperidad y riqueza del país. Políticamente no cabe duda que Mora ve los cuerpos aforados como organismos que siendo infraestatales mantienen un poder similar, al menos en calidad, si no es que también en cantidad, al poder soberano del Estado.<sup>12</sup>

Como vemos, la existencia de fueros era un ataque directo a las ideas liberales de Mora, entre las cuales

una de las primordiales era fortalecer el Estado para el buen funcionamiento de la sociedad postindependiente.

Según Mora en el siglo que corría era obsoleto conservar estos privilegios, en demérito principalmente de la libertad y la justicia. Quizá una contradicción en la que incurrió al hablar del clero fue que siempre calificó su estado actual como decadente y corrupto, y que además había perdido injerencia en el orden social y político del país, con lo cual podemos suponer que estaba condenado a reducir su campo de acción al nivel espiritual por su propio comportamiento, "no es el clero por si mismo -dice Mora- una potencia capaz de inspirar temor alguno a los deseos de la felicidad de México".<sup>13</sup> Pero consideraba que la manera de frenar este poder "caduco" era cortando de raíz todo su potencial, y esto se lograría reformando las leyes de México, dándole entonces mucho peso al poder de la Iglesia y exagerando posiblemente la supuesta debilidad en la que caía irremediablemente esta institución.

El deterioro de la Iglesia arrancaba, según Mora, de una revolución mental sufrida por el país en los últimos 50 años (si tomamos la fecha de edición del libro, sería 1787, posiblemente quería decir 1789 a raíz de la Revolución Francesa). No precisaba sobre quiénes recayó esta revolución mental, pero desde luego exageró, pues con seguridad la mayoría de la población, incluyendo al propio Mora, seguían

siendo católicos, con la salvedad de que los más instruidos empezaban a criticar el excesivo poder de la Iglesia.

José Ma. Luis Mora..., Lorenzo de Zavala, Miguel Ramos Arizpe, Valentín Gómez Farías y en general todos los hombres públicos liberales y conservadores que participaron en la consolidación de la recién nacida República, se mostraron y se declararon católicos, si bien no fue óbice ello para que en el terreno político y económico pugnaran por reducir a la Iglesia mexicana a su estricta actividad espiritual, limitando paulatinamente sus excesivos privilegios.<sup>14</sup>

Ahora bien, aunque para Mora los cambios debían ser radicales, modificando para ello la Constitución, muy inteligentemente y consciente de que algo tan abstracto como la religión necesitaba mucho más que una disposición política -aunque así contradujo los mismos medios utilizados en 1833 durante las reformas liberales en las cuales participó activamente-, agregó: "Es preciso, para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por revoluciones mentales que se extiendan a toda la sociedad y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo".<sup>15</sup>

Hasta ese momento, las reformas en el seno de la religión sólo habían logrado destruir el cristianismo, pues se era víctima de la superstición o de la irreligión. Por otro lado la crisis política sufrida por el país desde la Independencia permitió que quienes hubieran llegado o desearan llegar a tener el mando recurriesen a la institu-



ción religiosa en busca de apoyo a cambio de conservar sus privilegios, apoyo que, por cierto, en manera alguna era insignificante. Era necesario convencer a la población de que el poder eclesiástico debía limitarse al orden espiritual, y que lo político pertenecía a una esfera completamente diferente. De esta manera, los eclesiásticos no tendrían posibilidad de arengar a las masas en favor o en contra de partido alguno, y necesariamente debían mantenerse al margen de las cuestiones políticas.

En cuanto a la tolerancia religiosa, el problema no se restringía únicamente a la posibilidad de que hubiera libertad de cultos en México. Encerraba también un problema y un freno para el progreso del país porque evitaba que colonos extranjeros vinieran a poblar la República. En un país que defendía el catolicismo y una Iglesia que tildaba de herejes a quienes no lo eran, venir a colonizar era un riesgo pues se acusaba a los extranjeros de pecadores y criminales. "De ahí provienen los asesinatos que se han cometido y de que han sido víctimas algunos de ellos, entre los cuales se cuentan personas de grandes méritos".<sup>16</sup>

Según Mora, mil proyectos de colonización que impulsarían "la riqueza, la industria y la población" de México habían fracasado por las leyes que impedían su realización. Como el autor era partidario de la teoría que veía a la civilización blanca como la más avanzada, promover estas

migraciones a México cambiaría de manera tajante la configuración nacional en los planos económicos y sociales.

Encontraba el origen de la intolerancia en la Independencia y en los curas que la dirigían, pues se hizo creer a la gente que los españoles peninsulares, influidos por las ideas francesas después de la invasión napoleónica, eran herejes y trataban de imponer el tolerantismo religioso a como diera lugar. Esto fue tomado con un ataque al catolicismo y a los mexicanos que lo eran, de tal suerte, que se hizo forzoso imponer la religión mediante las leyes, en tanto que a los extranjeros se les consideraba entre las masas como herejes impidiendo la colonización.

Otro punto importante que le dio oportunidad de criticar al clero, fue la excesiva acumulación de bienes en manos muertas. Nuestro autor fue defensor de la idea de que se tomaran los bienes eclesiásticos para crear un mayor número de propietarios así como medio de conseguir fondos para el pago de la deuda mexicana. Para Mora, la economía fue un punto primordial de estudio y en ella fincó buena parte de sus esperanzas para lograr el progreso del país. En su obra, incluyó un apéndice con estadísticas de cómo se encontraba la Hacienda, abarcando también el ramo eclesiástico.

Vale la pena mencionar que por lo menos mientras vivió en México y se dedicó a la política, nuestro autor no sólo

fue crítico de la situación imperante y teórico de lo que se debía hacer; él mismo promovió reformas y participó en ellas, como es el caso de la creación de la Dirección General de Instrucción Pública que pretendía la laicización de la educación <sup>17</sup>, hasta el momento monopolizada por la Iglesia. Así, en lo que se refiere a las propiedades de la Iglesia, escribió su famosa Disertación sobre bienes eclesiásticos que serviría de base para su posterior desamortización.

Seguramente Mora consideraba un freno a su ansiada modernización y civilización el hecho de que el clero mexicano continuara teniendo tantas prerrogativas en este país, mientras que en Europa, los países civilizados habían tomado ya medidas en contra de ese gran poder. Esta razón, aunada a las que él mismo expuso y que hemos referido, explicaría mejor su actitud a favor de las reformas "para sacudir el yugo de la tiranía religiosa".<sup>18</sup>

Exagerando o no, Mora describió y definió al clero y su gran poder, que, sin embargo, "ni sombra es de lo que fue en otro tiempo".<sup>19</sup> Y aunque habían decaído su fuerza e influencia, Mora lo consideró lo bastante importante como para hablar de él a lo largo de toda su obra y considerarlo un aspecto fundamental de lucha en su vida. Quizás por esto, las frases que demeritan el poder eclesiástico sean tan sólo afirmaciones aparentes y no hechos reales.

Tocando otro aspecto de la Iglesia, al hablar de los primeros religiosos que llegaron a América, Mora los mencionó con gran respeto y les dio un lugar muy importante como evangelizadores y promotores del avance económico, social y cultural de México. Haciendo gala de gran consideración hacia las órdenes religiosas, señaló que si éstas se encontraban tan mal era debido a que llegó un momento en que los institutos regulares se empezaron a relajar y se volvieron incontrolables.

Sobre los aspectos negativos que pudieron haber transmitido esos primeros hombres que llegaron a evangelizar no es a ellos a quienes se debía culpar, pues sus errores no eran exclusivos de ellos sino comunes a su siglo. Con esta justificación, aunque no detalla cuáles fueron esos errores, minimizó su responsabilidad, al calificarlos como un error del tiempo y no de las personas. Y esta es precisamente una de las críticas que formula a la Iglesia en su época: el tiempo, el siglo, ya no podía permitir tal situación, rebasada ya en los países modernos, donde esta institución no conservaba tantos privilegios. Es decir, Mora no criticaba lo negativo cuando consideraba que las circunstancias contribuían a que las cosas salieran mal, por ignorancia o por costumbre. Lo que sí le afectaba era que cuando existía la opción de percatarse de que las cosas estaban mal -porque los cambios o la modernidad habían superado una forma de ser-, se continuara sin cambios,

como sucedía con la Iglesia y la milicia, agraciadas con privilegios obsoletos. Mora estaba convencido de que, según el curso normal de las cosas, estos privilegios debían desaparecer, y sentía que hasta ese momento intereses muy definidos los mantenían, sin tratar de hacerlos acordes con el país y su progreso.

De igual forma se refería a las obsoletas misiones, encabezadas por un fraile que gozaba del mando absoluto; en ellas poco o nada había cambiado la administración interna, desde su establecimiento al principio de la Colonia. Como consecuencia, impedían la formación de poblaciones progresistas (como algunas que se desarrollaron a mediados del siglo XVIII aun en contra de los propios misioneros), las cuales se conservaban, al decir de Mora, en un estado de infancia estacionario. Pero para nuestro autor había algo aún más grave en el régimen monástico de las misiones: estas instituciones atentaban contra los principales objetivos liberales, a saber: la propiedad y la libertad.

En efecto, la población no puede progresar, ni el hombre adquirir aquel noble orgullo que lo hace capaz de todo género de empresas sino por el sentimiento de la propiedad y de la independencia personal enteramente incompatible con el régimen monástico de las misiones que excluye, así por el carácter y profesión de sus jefes como por su misma institución, estas bases esenciales del orden social.<sup>20</sup>

Si aceptamos el hecho de que Mora era liberal, las

congregaciones con estas características deben haberle inspirado una aversión total, pues iban en contra de sus propias creencias y es entendible que las rechazara absolutamente. Más aún por lo que se relaciona con la propiedad privada, que significaba para él el motor del progreso.

Criticaba fuertemente a los monasterios, tanto por el exceso de dinero que se exigía a los niños para entrar ahí -lo cual reducía a los aspirantes tan sólo a los provenientes de clases acomodadas y fomentaba la acumulación de dinero en manos muertas-, como porque los monasterios "son un lazo tendido a la imprevisión de la juventud".<sup>21</sup>

Así es, en reiteradas ocasiones culpó a la Iglesia de permitir que a sus filas se incorporaran jóvenes sin experiencia ni opciones para elegir otra cosa, y al entrar a los conventos o monasterios perdían la oportunidad de seguir una vida normal hasta estar en edad de tomar este tipo de decisiones que les afectarían para toda su vida. Por otro lado, la juventud era también responsable de aquéllos que componían las órdenes no tuvieran verdadera vocación y desacreditaran a la institución con su mal comportamiento, afectando a quienes se entregaban a su oficio en cuerpo y alma. Era la juventud lo que provocaba tanta deserción en las filas eclesiásticas, pues al crecer y convencerse de que ésa no era la vida que deseaban, la abandonaban. Así pues, exigió reformas sobre estos puntos: que los votos

monásticos fueran temporales o que se hicieran a una edad conveniente, de manera que quienes tomaran los hábitos,

no deshonrarán el estado que profesan, no tendrían que elegir entre la inmoralidad y el infortunio, ni que maldecir todas las horas del día las leyes de su país que les permitieron y autorizaron para contraer tan difíciles y penosos compromisos en una edad en que ellas mismas los reputaban inhábiles para celebrar el más insignificante contrato.<sup>22</sup>

Al hablar sobre la Iglesia a la cual perteneció, no mencionaba su caso en particular ni explicaba por qué abandonó la carrera eclesiástica. Para 1821 Mora tenía 26 años, por lo que debió haber sido realmente joven al iniciarse en ella y la vocación pudo no haber existido. Desde luego esto no pasa de ser una hipótesis, pues pudieron ser muchos otros factores, y no sólo la juventud, los que le hicieron alejarse del sacerdocio: la independencia de México, la influencia de la doctrina liberal o la corrupción dentro de la Iglesia. Cualquiera de estos puntos, todos ellos o algún otro (hasta una mujer, si nos pusiéramos románticos) serían responsables de su alejamiento.

Otro aspecto que Mora omite, pero que seguramente no ignoraba, era que las personas se acercaban a la Iglesia como una opción al estudio. La educación en México estuvo asociada a la Iglesia hasta muy entrado el siglo XIX, por lo cual si uno quería adquirir grados superiores, la filiación a esta institución era inminente. Es posible que éste

fuera el caso de Mora y muchos de los grandes protagonistas del siglo pasado quienes a querer o no debían mucha de su educación a la Iglesia. Así, Mora debía ver en esta razón una justificación al por qué tantas personas entregaban sus vidas a alguna orden religiosa. Tan consciente estaba de que éste era un fuerte medio de atracción, que una de las preocupaciones más fuertes y constantes de su vida fue quitarle la educación al clero y formar instituciones académicas donde se pudieran realizar los diversos estudios a que se podía aspirar entonces.

Mora expresó también su preocupación por la educación de las mujeres, pues en su mayoría carecían de estudios y lo dejaban todo a la imaginación. Eran así presa fácil de aquéllos que las atraían hacia los conventos ofreciéndoles "las perlas de la virgen", y una vez dentro del convento -"en la religión de los muertos", como decía el autor-, se percataban de la realidad y buscaban el apoyo de un confesor a quien obsequiaban cosas y celaban; se entablaban así relaciones no siempre decentes. Por ello, las mujeres no debían hacer votos perpetuos. Estos debían prohibirse como había sucedido ya en Francia; Mora instó al gobierno para que los suprimiera o hiciera temporales.

Resumiendo, para Mora era fundamental hacer consciente al gobierno de que los fueros de las clases privilegiadas, los votos monásticos y las misiones debían desaparecer



en bien del progreso de la sociedad.

Asimismo, condenaba la existencia del artículo constitucional que imponía la religión católica pues esto debía ser un punto completamente espiritual y no político. De esta forma, no atacaba a la religión en sí; dicho con sus propias palabras "debe reputarse por uno de los mayores delirios, el presumir siquiera que pueda haber algún pueblo sin ella".<sup>23</sup> Lo que le molestaba es que "el gobierno civil se entrometa a prescribirla".<sup>24</sup>

Con una aseveración como la anterior podemos dudar de la apostasía de Mora: su separación no fue con la religión sino con las órdenes religiosas y la Iglesia como institución: el desorden en su administración, su alianza con partidos políticos que aspiraban llegar al poder; su riqueza territorial, que abarcaba casi el total de las tierras no permitiendo el crecimiento y desarrollo de la propiedad privada; su dominio de la educación y su oposición a la libertad del individuo en todos los órdenes.

Estos son aspectos que Mora criticó y reprochó a la Iglesia, por impedir el avance de la sociedad y por ser un freno al progreso y al mejoramiento, en fin, por defender sus propios intereses antes que los del país. Insistimos, para el autor lo negativo no fue la religión, sino la forma como era manejada y manipulada. Para él:

cuando los deberes sociales no sólo estén apoyados por la sanción religiosa sino por el convencimiento práctico de que el cumplimiento de las leyes refluyen en la propia utilidad; cuando esta convicción se haya difundido por todas las clases de la sociedad y penetrado hasta la última, como sucede en Europa, finalmente cuando se sepa distinguir con más precisión los deberes del ciudadano, de los del cristiano y de la perfección religiosa, entonces quedará establecida definitivamente la moral pública en México.<sup>25</sup>

Así, pareciera que para el ideólogo liberal, a pesar de que toda religión no sólo era conveniente sino hasta necesaria, podría llegar a ser nociva si se mezclaba con las obligaciones civiles.

En honor a la justicia, Mora se negaba a aceptar la intromisión de la Iglesia dentro del gobierno, pero también negaba que éste se metiera en la administración interna de aquélla. El creía en la completa independencia de ambas instituciones, convencido de que sus campos de acción se desarrollaban en dos órdenes completamente distintos: el espiritual y el terrenal.

Con respecto a la otra clase privilegiada, la de los militares, Mora también la criticó, más brevemente, pero con ahínco. La culpaba de ser la causa y la promotora de muchos de los males que sucedían en México.

Desde luego, el hecho de que mantuviera sus fueros la hacía muy perjudicial; consideraba que esta clase era la que con mayor razón debería respetar la jurisdicción

civil, por tener en sus manos el orden del país. Muy por el contrario, la milicia había servido únicamente para conceder un poder sin límites al gobierno o partido que lo apoyaran o bien para exterminar o asediar a sus enemigos si éstos ocupan el mando. En virtud de esto cuando algún partido quería llegar al poder, se asociaba con los militares para obtener su apoyo haciéndoles muchísimas concesiones.

El autor no tenía la menor simpatía por los militares, pues habían sido un fuerte obstáculo para pacificar al país y fortalecer el estado, además de que consumían tres cuartas partes del presupuesto total de la República. Con el conocimiento que nuestro autor tenía de la política y de la economía, con toda razón esta situación le habrá parecido arbitraria.

Aparentemente a Mora le desagradaba la fuerza militar en general, sin aclarar si prefería un ejército profesional o algún otro tipo de fuerza pública. Culpaba a las milicias locales de patrocinar y promover las asonadas en contra de los gobiernos porque además "arranca de la agricultura y ocupaciones útiles de una multitud de brazos que filiados entre las clases productoras y con hábitos virtuosos que fomenta la laboriosidad, podrían y deberían contribuir mucho a los progresos de la población de la riqueza y de la moral pública".<sup>26</sup>

El autor trató de llegar siempre hasta las últimas consecuencias de los problemas que presentaba; daba una visión muy global y no se limitaba a decir que algo era malo porque sí. Trataba de convencer al lector de sus planteamientos; en este caso, que desaparecieran la mayor parte de los cuerpos militares y la abolición de sus fueros.

Mora estaba consciente de que la Independencia había dado poder y justificación a los militares, pero desaprobaba, como en el caso del clero, que conservaran sus fueros y más aún que dicha prerrogativa estuviera incluida en la Constitución. Influidado como estaba por cuanto sucedía en Europa, pensaba que estas clases deberían estar sometidas al poder civil y servir a la sociedad y no como sucedía en México (el ejército francés, por ejemplo, el mejor de Europa para Mora, no disfrutaba fuero).

La corrupción dentro del ejército fue también punto de ataque por cuanto a la manera como obligaban a los jóvenes a enrolarse y las ganancias obtenidas por las deserciones entre los jefes. Estos aspectos fueron desarrollados en su obra con bastante agresividad.

Mora se inclinaba por una sociedad civil en la que las clases privilegiadas no existieran en perjuicio del progreso. Tanto los militares como los eclesiásticos fueron criticados y vistos como enemigos a vencer dentro de los

objetivos liberales. Los dos organismos tenían poder y dinero, estaban corrompidos y atraían a sus filas a la juventud; ambos impedían el ejercicio de la libertad.

La milicia era culpable de que no hubiesen podido durar mucho tiempo los gobiernos establecidos. Era costumbre entre sus miembros traicionar a sus superiores e imponérselos como nuevos jefes,

todos los gobiernos que se han sucedido, han creído deberse apoyar en la clase militar, y todas han sido derrocadas por ella y por faltas debidas a su deseo de darles gusto. Los generales de la independencia han sido, unos asesinados, otros proscritos, y casi todos han sucumbido a los golpes de esta misma clase que se han empeñado en exaltar.<sup>27</sup>

Con esta acusación tan seria no concedía la menor cualidad al ejército. Mientras Mora pugnaba por el establecimiento de un Estado fuerte, los militares lo debilitaban constantemente, lo cual era una razón suficiente para criticarlos. Para él las revoluciones políticas del país habían sido ocasionadas por ellos; si se les restaba poder posiblemente se acabaría tanta revuelta. "... una parte, la más considerable de los desórdenes políticos y de la desorganización social de la República mexicana, depende de la milicia considerada como clase privilegiada".<sup>28</sup>

Con su desaparición estaría garantizada la pacificación de México, pues nuestro país, concluía Mora, no tenía enemigos exteriores que impidieran su existencia; más bien

eran los militares y los problemas internos los que impedían el progreso. Vale la pena agregar que sorprende el que Mora ignorara de esta manera tan radical, el intento de reconquista de Barradas en 1829 y que no le diera la suficiente importancia al expansionismo norteamericano que ya se manifestaba abiertamente hacia 1836, año en el que fue publicada esta obra, por lo que no porcede el planteamiento de nuestro autor en el sentido de que México carecía de enemigos exteriores.

De esta manera, con la abolición de los privilegios del clero y la milicia nuestro autor luchaba por modificar su realidad y permitir que las condiciones se presentaran más favorables para implantar el sistema liberal en México. Seguramente, en su afán de destruirlos privilegios legales de religiosos y militares, anunciaba la necesidad de instaurar un nuevo orden social que, finalmente, habría de prevalecer en México.

#### b) Propiedad Privada

Otro campo que mereció la atención de Mora fue la propiedad privada. Basado en el principio liberal de que ésta es la base del desarrollo nacional, dedicó buena parte de su vida y de sus escritos a luchar porque la propiedad se extendiera, creando cada vez un mayor número de propietarios que serían los principales promotores del orden y

la felicidad pública.

Aunque en México y sus revoluciones no profundizó en este punto, reflejaba afanosamente la necesidad de extender a todos los mexicanos la propiedad, y como tal entendía que debía ser "desde el cielo hasta el infierno",<sup>29</sup> y no sólo la superficie como entonces funcionaba. En este sentido, se apegó más al derecho inglés que al español, que limitaba la propiedad a la superficie. De tal suerte, el concepto de propiedad de Mora fue amplísimo: los propietarios no tendrían limitación alguna, ni a lo ancho ni a lo largo. Pero eso sí, debían ser productivas pues rechazaba aquéllas pertenecientes a la Iglesia.

Quienes se convertían en propietarios componían la mejor clase para Mora, ya que era "la única clase que por naturaleza de las cosas tiene interés verdadero en el orden público y en la represión de los crímenes",<sup>30</sup> al tener algo que cuidar y proteger se preocupaban del buen funcionamiento de cuanto estuviera a su alrededor. Ellos debían ser los encargados del gobierno, ocupar los puestos públicos y en quienes debía recaer la ciudadanía; en resumen, eran quienes tenían los mayores derechos en la sociedad. Este pensamiento fue una de las manifestaciones más claras del liberalismo ademocrático profesado por Mora: ellos y únicamente ellos eran los indicados para escoger a sus gobernantes. Consideramos que según Mora, quienes no poseían nada

no tenían cosa alguna que proteger y se podían dedicar al robo o al desorden público sin nada que perder, mientras que con los propietarios sucedía lo contrario. En realidad no hay certeza de que él quisiera que todos fueran propietarios, pues finalmente es obvio que creía en las clases sociales. Quizás estaba muy consciente de que sólo las clases altas podrían tener propiedades, escudándose así del acceso de las masas a la propiedad. De hecho, Mora fue categórico al afirmar que sería muy útil "el hacer doscientos o más propietarios"<sup>31</sup> que fomentaran el progreso en el país, excluyendo a la gran mayoría de la población.

Consideraba como una gran falla del sistema representativo elegido en México el hacer universal el derecho de ciudadanía, incluyendo a personas sin educación moral y honradez, que podrían llegar a ocupar cualquier puesto. Haciendo nuevamente comparaciones, Mora decía que en todos los países libres la propiedad era un requisito para ser ciudadano, y en México esto no funcionaba así, como consecuencia de haber imitado a la constitución española en sus cláusulas de igualdad, lo cual implica una actitud antiespañola. Asimismo, acusaba el hecho de que el pueblo tuviera voz activa en la cosa pública, lo cual había permitido tanto desorden y revoluciones en el país, mientras que si cada quien se ubicara en su papel dentro de la sociedad los desórdenes se reducirían.



Los propietarios, convertidos en ciudadanos, serían los únicos con derecho a votar, y como éstos eran gente "educada", ayudarían igualmente a sostener la paz.

Al hablar sobre la propiedad territorial analizó el mal estado en que ésta se encontraba, tanto por falta de dinero para promover la producción de las fincas, como porque la mayoría de ellas se encontraban en manos de la Iglesia, es decir, en manos muertas; el gobierno no tenía recursos ni para apoyar a los primeros ni para evitar lo segundo. Pero si hubiera alguna solución para superar la bancarrota de la propiedad territorial, ésta sería la creación de muchos propietarios que con su trabajo sacaran adelante sus tierras en bien del país. El gobierno debió haber elegido esta medida en lugar de forzar en el país una industria para la cual no había elementos y que fue idea de un ministro.<sup>32</sup>

De esta manera, Mora trata dos problemas paralelos ligados a la tierra: por un lado, su mala distribución así como la escasez de propietarios y su improductividad en un sentido económico y, por otro, política y socialmente, el hecho de que la ciudadanía no estuviera ligada en México a la propiedad privada, haciendo este derecho extensivo a cualquier "persona no sólo sin educación ni principios, poseídas de la más crasa ignorancia, sino lo que es más, enteramente destituidas de moralidad y honradez".<sup>33</sup>

Encontramos, pues, a un Mora ligado a la idea de la existencia y difusión de la propiedad privada como un medio de progreso casi perfecto por los múltiples aspectos, económicos, políticos y sociales que afecta.

### c) Relaciones Exteriores

Finalmente, y como medida para conseguir la ansiada estabilidad del gobierno mexicano, Mora consideraba necesario para la vida nacional entablar relaciones con otros países. Creía que con el reconocimiento del exterior, la defensa ante cualquier intento de conquista o reconquista sería más sólida. Pero suponía que antes de recibir a cualquier extranjero era menester consolidar bien la Independencia y establecer bases firmes, de tal forma que los gobiernos extranjeros tuvieran más seguridad al reconocer nuestro país.

En la etapa de su autoexilio Mora desempeñó diversos cargos representando a México, inclusive durante sus últimos cuatro años de vida fue embajador en Londres.

En México y sus revoluciones trató las relaciones exteriores de México de manera muy global, hablando principalmente de los problemas con España, las relaciones con Estados Unidos y la participación de México en el Congreso de Panamá. Sobre este último dijo que era "un proyecto tan vasto como irrealizable" que respondía a la ambición

desmedida de Simón Bolívar. Para Mora la evidente superioridad de México "sobre las nuevas repúblicas en orgullo nacional, riqueza, ilustración y cordura",<sup>34</sup> y la imposibilidad de Bolívar para dominarla, le hizo creer que podría comprometer al país en un Congreso que él manejaría haciendo caer a la nación en el consentimiento de su panamericanismo al frente del cual quedaría el propio libertador.

Seguramente Mora rechazó esta idea no sólo por las pretensiones de dominio de Bolívar, sino también porque estaba convencido de la superioridad de México; unirse con los demás países retardaría su marcha hacia el progreso y la civilización y, por lo tanto, su completa incursión al mundo civilizado. Aunado a lo anterior, creía que ya bastantes años había estado sometido el país al dominio español como para que, una vez lograda su independencia, de manera voluntaria se sumara a la pretendida liga americana quedando de nuevo supeditado a un gobierno superior.

De lo anterior se desprende la necesidad que veía Mora de que el país mantuviera su soberanía e independencia a cualquier precio (que como sabemos fue muy caro para nuestra nación ya que perdió más de la mitad de su territorio). A lo largo de la obra analizada, en ningún momento dice o sugiere que México se una o se alie a cualquier otro país, incluyendo los cultos, modernos y civilizados de Europa, lo cual nos podría sugerir un nacionalismo arraigado

en Mora. Por cierto, consideramos muy apresurado decir que este nacionalismo se dirige hacia lo mexicano, puesto que para 1834 sería muy pretensioso hablar ya de una "cultura mexicana"; más bien, esto se entendería como una defensa del territorio y los principios liberales que en él se estaban fundiendo.

Uno de los puntos que hacen referencia a lo anterior, el cual pareció urgente a Mora, era la delimitación de las fronteras de México, sobre todo la que colinda con Estados Unidos, pues debido a los tratados entre españoles, franceses y norteamericanos eran inciertas, pudiéndose perder territorio ante la inminente amenaza del expansionismo del país vecino.

Tras cerca de ocho años de trámites interrumpidos, en 1827 supuestamente quedaron establecidas las fronteras entre ambos países, pero este tratado nunca se ratificó pues Estados Unidos ponía constantes trabas para hacerlo; entonces, era preciso -dijo Mora- poblar el norte el territorio nacional con personas identificadas y con intereses comunes a los mexicanos. La defensa con ejército sería del todo inútil, no así el poblamiento, único medio de evitar que el suelo patrio perdiera extensión ya que las intenciones de los vecinos de expandirse eran muy claras y no respetarían ningún tratado. Después de citar el sinnúmero de argumentos de los Estados Unidos para despojarnos,

entre ellos que esos terrenos eran de su propiedad:

(...) se entrará a examinar qué es lo que debe entenderse por ocupación y siempre se resolverá no ser bastantes para constituirlos los actos de protección y dominio que en el terreno disputado haya ejercido el gobierno mexicano, cualquiera que ellos sean; y la nación cuando este llegue a verificarse, tendrá que sufrir un despojo de todo o parte de lo que disputa, pues la cuestión no ha de suscitarse sino cuando se tenga seguridad de resolver sin riesgo a favor de la Federación Norteamericana.<sup>35</sup>

Como podemos apreciar, la amenaza de ver mutilado el territorio nacional preocupaba a Mora en gran medida. Curiosamente, a pesar de utilizar a Estados Unidos como ejemplo de nación liberal, nunca intentó o pretendió que México se uniera a él, quizá porque creía que ambos países tenían muy definidas y diferenciadas su historia y sus tradiciones. Según él, en Estados Unidos todo estaba hecho antes de la Independencia mientras que en México todo estaba por hacerse; unirse con el vecino hubiera implicado someterse a ellos pues eran un país mucho más constituido que el nuestro.

Le atormentaba la idea de que México no pudiera sostenerse como país libre y soberano, aunque no es fácil definir si le interesaba la existencia política de México y su unión por la identidad cultural o por la posibilidad de establecer en él una República liberal idealmente perfecta. De cualquier manera, a Mora se le debe reconocer su lucha

por tratar de implantar un sistema perfecto desde su punto de vista, su defensa por la integridad y la soberanía nacional y su esfuerzo por cambiar o eliminar aquellos aspectos que frenaban el desarrollo liberal de México. En todos estos puntos fue absolutamente coherente y constante a lo largo de su vida, y un ejemplo de ello fue la defensa de la integridad del territorio nacional.

Le preocupaban además las relaciones con España. Como consecuencia del fallido intento de reconquista en 1829, consideró que se "aseguró" para siempre entre las potencias extranjeras la existencia política de México, por el espíritu de nacionalidad que manifestaran todos los habitantes para repeler la invasión".<sup>36</sup> Así, en 1829 para Mora era evidente el surgimiento de México ante el mundo y el país se encontraba plenamente constituido; esto lo describió convencido de que así era, pues recordemos que para 1833 -año en que escribe el artículo- nuestro país no había sufrido un nuevo intento de invasión. Por lo pronto España había sido derrotada en sus afanes de reconquista y Mora le daba todo el crédito posible a esta empresa, alabando "el nacionalismo" mostrado en la defensa.

Por su parte, la unión que existía entre España y el Papa, así como la reticencia de éste para reconocer la Independencia de México y su encíclica en la que exhortaba a los mexicanos para que acataran la dominación de Fernan

do VII, llevaron a Mora a criticar duramente a la cabeza de la Iglesia, al "Único hombre en la tierra que tiene todavía pretensiones de infalibilidad (y que) había tomado el carácter de padrastro con los que se profesaban sus hijos en América".<sup>37</sup> Mora habló de la importancia de su reconocimiento y del error cometido por el gobierno mexicano al haber enviado como representante ante el Vaticano a un hombre incapaz de defender los principios nacionales y que poco o nada pudo hacer para adelantar las negociaciones. Este juicio del autor fue injusto, ya que si bien el comisionado no logró nada que beneficiara al país de acuerdo con los principios de Mora, si cumplió con la misión que se le había encargado.

Desgraciadamente, en el punto que se relaciona con el papado, sería muy precipitado sacar alguna conclusión con respecto a la actitud de Mora hacia él, ya que ignoramos si rechazaba el gobierno de la Iglesia como institución en manos de un solo hombre, si rechazaba particularmente al papa en turno León XII, o si se mostraba renuente en vista de que el Vaticano no había reconocido la Independencia de México. Si tomamos en cuenta sus opiniones sobre la Iglesia como institución, la cabeza de la misma no podía quedar en un concepto muy distinto para Mora.

En general puntualizó el hecho de que ninguna nación reconocía a la República Mexicana si no convenía a sus

intereses. Esto se había demostrado con el tiempo, pues sólo aquellas que podrían sacar alguna ventaja habían brindado al reconocimiento; en cambio, aquellos países que carecían, por ejemplo, de comercio marítimo no habían mostrado el menor interés en acercarse a México. Para Mora las relaciones exteriores eran importantes no tanto por las ventajas económicas que el convenio podía brindar al país, sino porque éstas ratificarían y reafirmarían la Independencia sirviendo de gran ayuda para conservar la soberanía nacional.

Cuando Mora escribía esto, no había desempeñado aún sus cargos diplomáticos, de manera que podía criticar las relaciones exteriores desde su postura como observador de la política nacional. En las cartas escritas durante su gestión en Londres, se pueden apreciar las dificultades que enfrentó en los tratos tanto con Inglaterra como con México. Seguramente se modificó su visión sobre las relaciones exteriores. Si esto hubiera sucedido antes de escribir México y sus revoluciones, dedicaría más tiempo en ella a este punto, expresando mejor su visión personal sobre los hechos y quizá referiría algo de su propia experiencia. Por lo pronto se limitó a señalar que las relaciones con el exterior eran muy importantes y que irían llegando conforme el país reafirmara su seguridad y estabilidad.



En fin para Mora la administración y los problemas surgidos a raíz de la Independencia tenían su origen en la Colonia; así los vicios y las malas costumbres subsistentes en México eran una consecuencia lógica de los trescientos años de dominación española que se arraigaron en los habitantes de su colonia preferida. Todo lo que logró desterrarse eran triunfos de los mexicanos sobre su pasado y representaban puertas abiertas para su superación.

El nuevo país debía tener como meta máxima el progreso y no debía escatimar esfuerzos para estar a la altura de las naciones europeas. En aras del mismo objetivo, era importante establecer y conformar una verdadera conciencia nacional.

Para nuestro autor, el ideal de sistema político sin duda era Estados Unidos. Su republicanismo era un factor imitable por la manera tan perfecta en que se llevaba a cabo e, idealmente, deseaba que México se le pareciera. Es evidente, sin embargo, que Mora ya presentía su expansionismo y tenía buen cuidado en exaltar demasiado en su obra la imagen de este país. En ocasiones, consideraba también a la administración política de los ingleses como ejemplo digno a seguir.

Para lograr ese estado político ideal, los privilegios y fueros del clero y la milicia debían desaparecer en bien del país, pues ambos constituían un freno para el ansiado

progreso. El clero evitaba la secularización de la sociedad, la circulación de capitales, monopolizaba la educación y contaba con demasiadas propiedades que le conferían más poder que al mismo Estado. El ejército, en cambio, había impedido la estabilidad del gobierno contando con toda la fuerza bélica del país y participando en los levantamientos para derrocar a los gobiernos en turno. Al terminar con estos privilegios, la sociedad podría caminar con paso más firme para conseguir sus metas. Además, se extendería el número de propietarios, permitiendo a su vez, que los extranjeros vinieran a colonizar nuestras tierras sin enfrentarse al terrible problema de que se les considerara herejes y se les matara. Así, los propietarios y los extranjeros elevarían la producción económica de México en beneficio del país.

Para Mora fue un hecho consumado que, con el tiempo se superarían los problemas que aquejaban a la nación y llegaría el ansiado progreso. Por lo pronto, se encargó de describir al país avanzando a pasos agigantados por conseguir ese objetivo. Para ello debía buscar además en el extranjero los reconocimientos que la acreditaran como nación libre y soberana con el fin de contar con apoyo en el caso de que se quisiera agredir su integridad.

Al presentar Mora el panorama de México que le tocó vivir, queda incompleta su relación de los sucesos, pues

su historia se interrumpió en 1812. Sin embargo, incluyó en su obra algunas referencias al país independiente en el cual, como hemos visto, tenía puestas grandes esperanzas.

NOTAS. ADMINISTRACION INDEPENDIENTE

1. Ibidem: tomo I, p. 90.
2. Ibidem: tomo I, p. 250.
3. Ibidem: tomo I, p. 253.
4. Ibidem: tomo I, p. 354.
5. Ibidem: tomo I, p. 274.
6. Ibidem: tomo I, p. 120.
7. Ibidem: tomo I, p. 297.
8. Ibidem: tomo I, p. 102-3.
9. Ibidem: tomo I, p. 105.
10. Ibidem: tomo I, p. 114.
11. Reyes Heróles, op.cit.: tomo II, p. 276.
12. Ibidem: tomo II, p. 279.
13. Mora, op.cit.: tomo I, p. 116-7.
14. Juan A. Ortega y Medina, "El Impacto del liberalismo europeo" en Secuencia. Revista americana de Ciencias Sociales 1, México, marzo, 1985..
15. Mora, op.cit.: tomo I, p. 118-9.
16. Ibidem: tomo I, p. 461.
17. Al respecto de la laicización de la educación, Dorothy Tanck señala que aunque si se abrieron nuevas escuelas que dependían del Estado, en ellas se estudiaba catecismo:  
"A nivel secundario o profesional, la supresión de la Universidad, el nombramiento de Directores laicos, la administración de los fondos de los colegios por el gobierno y el uso de nuevos textos fueron considerados por algunos como ataques a la potestad de la Iglesia, lo que contribuyó a que la reforma fuera calificada en todos sus aspectos de anticlerical. De hecho ciertas medidas de la reorganización a nivel secundario se prestaron a tal interpretación, pero la reforma a nivel primario fue para aumentar el número de

escuelas y mejorar su administración, y no para secularizar la enseñanza ni limitar la participación del clero en la educación primaria.  
En Dorothy Tanck "La educación en la nueva nación", Historia de México, México, Salvat editores de México, S.A., 1974, tomo VII, p. 252.

18. Mora, op.cit.: tomo I. p. 116.
19. Ibidem: tomo I, p. 117.
20. Ibidem.: tomo I, p. 239-40.
21. Ibidem.: tomo I, p. 243.
22. Ibidem.: tomo I, p. 244.
23. Ibidem.: tomo I, p. 277.
24. Ibidem.: tomo I, p. 277.
25. Ibidem.: tomo I, p. 466.
26. Ibidem.: tomo I, p. 99.
27. Ibidem.: tomo I, p. 363.
28. Ibidem.: tomo I, p. 376.
29. Ibidem.: tomo I, p. 167-8.
30. Ibidem.: tomo I, p. 280.
31. Ibidem.: tomo I, p. 453,
32. Ciertamente fue Lucas Alamán.
33. Ibidem.: tomo I, p. 281.
34. Ibidem.: tomo I, p. 309.
35. Ibidem.: tomo I, p. 315.
36. Ibidem.: tomo I, p. 321.
37. Ibidem.: tomo I, p. 325.

## V LA SITUACION ACTUAL DEL PAIS

Hemos analizado cómo entendía Mora la historia de México y los problemas que enfrentó en la Independencia; veamos ahora cómo presentaba el país en su momento, cómo se encontraba la población y qué imagen daba de México al exterior.

Mora consideró indispensable presentar una imagen progresista del país con la intención de que no se viera México como una nación incivilizada o inculta, sino como un país en el cual se podrían encontrar todas las facilidades que ofrecía Europa. Desafortunadamente, y como veremos en este apartado, algunas veces cayó en contradicciones al mostrar la realidad mexicana. De cualquier manera es meritorio el esfuerzo de nuestro autor por hacer una descripción física del país en una época donde los medios de información eran precarios.

La obra señala físicamente la ubicación de la República Mexicana dentro del globo terráqueo, dando las coordenadas geográficas. Presentaba al país como un cuerno de la abundancia, en el cual todo se podía cultivar por la nobleza y riqueza de su suelo.

Era evidente su intención de poner a México a la altura

de las grandes naciones del mundo y, por qué no, atraer a la gente a este gran país. Comentaba que aquí podría darse cualquier cultivo europeo, lo cual si hasta entonces no se había hecho, era debido a la negligencia española, que buscaba evitar la competencia para sus productos en sus propias colonias. Siempre que pudo, Mora aprovechó la ocasión para censurar a la administración colonial, aunque en esto fue un poco contradictorio porque, por ejemplo, al examinar la Conquista, pintó a los españoles como grandes civilizadores. De hecho, como hemos visto, estuvo de acuerdo con la Conquista pero no con la administración española, que fue la causa de que se lograra la Independencia.

Respecto a la riqueza del país, aclaró que la "jardinería" se encontraba atrasada debido a la ley que prohibía a los extranjeros poseer propiedades rústicas, lo cual daría un gran impulso a este ramo. De esta manera desde el principio Mora abordó el problema de la colonización, que sería constante a lo largo de toda la obra. Presentaba al lector un país rico, abundante y noble para quien lo hiciera producir; el gran problema, según él, era la falta de población (y no sólo en cuanto cantidad, sino en cuanto calidad), que explotara esa riqueza y sacara adelante al país.

Pero nada de esto puede ni debe esperarse mientras las costas no estén suficientemente pobladas y las leyes de colonización, único medio de conseguirlo, sean más francas, o se resientan menos a las preocupaciones civiles y religiosas que contra los extranjeros y sus empresas dejó como herencia a los mexicanos la suspicaz y mezquina política de su metrópoli.

Así, la colonización fue para Mora algo imperioso dentro del desarrollo nacional.

Si se lograran aprovechar convenientemente los recursos del país y comerciar con ellos tanto con Europa como con Asia, el grado de sociabilidad, cultura y civilización de los mexicanos crecería, "actualmente impresionan -dice Mora- las diferencias ya que aquellos habitantes semibárbaros de hace cincuenta años (en las costas del pacífico), son ya tan civilizados como los de las ciudades más cultas del resto de la República".<sup>2</sup> Esto era producto de la explotación de la riqueza del país y del contacto con el exterior al cual obligaba el comercio.

Sobre la explotación de minas, hizo hincapié en "la avaricia de los primeros pobladores"<sup>3</sup>, que sólo habían visto en México un objeto de codicia del cual podían sacar grandes cantidades de oro, plata y otros metales con destino a Europa, convirtiéndose la riqueza mineral en foco de atención no sólo de España sino de toda Europa.

Antes de la Independencia la minería había alcanzado su máximo nivel; sin embargo, las guerras intestinas hicie-



ron que la producción decayera gravemente. Después de esto las empresas interesadas en ella no supieron llevarla a cabo convenientemente, y muchas minas se abandonaron en perjuicio de la economía. Al llamar la atención sobre este punto, Mora invitaba implícitamente a mexicanos y extranjeros a invertir en este importante ramo, lo cual sería un gran estímulo para el progreso de México. Conocedor de los problemas nacionales, no ignoraba que la economía estaba bastante deteriorada y urgida de inversiones fuertes que dieran mayor movilidad a este ramo. Además sabía que era uno de los proyectos en los que más interés se tendría y que sin duda era uno de los más atractivos para todo el mundo.

En este sentido, podemos decir que el propósito de Mora no era solamente hacer una obra informativa sino también capaz de atraer y llamar la atención de los inversionistas hacia México.

Sus intenciones eran mostrar un país rico y, sobre todo, dispuesto a progresar, manifestando así Mora su nacionalismo; en hacer cualquier cosa que pudiera lograr el desarrollo mexicano fuera con los medios que fuera. Lo importante era crear una nación sólida y culta, independientemente de quienes la habitaran. Y en esto no podemos saber qué tan errado estuviera, pues finalmente en 1835 se podía sentir igual de "mexicano" un francés en Baja California,

que un indio maya en Yucatán; y si de todos modos a ambos había que formarles una conciencia nacional, pues por lo menos que fuera a los más adelantados de acuerdo con Mora, que como se ha visto eran los europeos blancos.

Según él toda la población de México se encontraba lista para iniciar un gran proceso de desarrollo. Como liberal pensaba que las razas se podían ir mejorando a través del mestizaje y la educación. "La verdad es que las razas mejoran o empeoran con los siglos, como los particulares con los años y que en aquellos y en éstos lo puede todo la educación".<sup>4</sup> Así potencialmente todas las razas son susceptibles de cambio.

Es importante hacer resaltar aquí el peso que le dio a la educación. Mientras la gente continuara ignorante, las posibilidades de progreso eran muy limitadas, pero con la educación para todos, creer en "la superioridad de unas razas sobre las otras es un error imperdonable",<sup>5</sup> pues potencialmente todas podían llegar al mismo nivel.

A pesar de que Mora se esmeró tanto por demostrar la igualdad de la gente, también puso mucho empeño al insistir sobre la composición de la población mexicana. Decía que ésta estaba formada por una gran mezcla de naciones pero,

la población blanca es con mucho exceso la dominan

te en el día, por el número de sus individuos, por su ilustración y riqueza, por el influjo exclusivo que ejerce en los negocios públicos y por lo ventajoso de su posición con respecto a las demás: en ella es donde se ha de buscar el carácter mexicano y ella es la que ha de fijar en todo el mundo el concepto que se debe formar de la República.<sup>6</sup>

Es decir, Mora no creía en la superioridad de las razas, aunque exaltaba a la supuesta mayoría blanca en la nación. Y como según él ésta era la más avanzada culturalmente, el éxito para México estaba asegurado. Más aún, los indígenas y los negros pronto se habrían de fusionar con la raza blanca engrandeciéndola. El caso de los negros no ocasionaría mayor problema pues los que había desaparecerían "del todo antes de medio siglo".<sup>7</sup> Desafortunadamente, los indígenas durarían un poco más, aunque "al fin tendrán y se fundirán en la masa general, porque el impulso está dado y no es posible contenerlo ni hacerlo cambiar de dirección; pero será más lentamente, y acaso no bastará un siglo para su total terminación",<sup>8</sup> a menos claro está, que se apresurase la colonización de extranjeros (blancos por supuesto), "entonces la fusión de las gentes de color y la total extinción de las castas se apresurarían y tendrían una más pronta y feliz terminación".<sup>9</sup>

La contradicción aflora entonces, pues aunque según Mora no había superioridad de razas, él mismo se inclinaba tajantemente por la blanca y presumía la pronta extermina-

ción de las otras, sin explicar cuál era el objeto de esto si todas las razas eran iguales.

Es posible que al intentar vender al mundo la imagen de México, deseara demostrar que los blancos eran quienes gobernaban, mientras que los indígenas y los negros que aún existían no representaban ningún impedimento para el progreso, y a la larga desaparecerían. Así, los colonizadores europeos blancos se encontrarían con un país civilizado, gobernado por gente como ellos y podrían vivir tranquilamente y sin obstáculos.

Quizá por ser criollo, Mora nunca se identificó con los indígenas, y los miraba como una raza muy aparte de la suya; los describía como débiles, feos, tercos, resignados a todo y de aspecto grave, melancólico y silencioso. Mientras continuaran en este mismo estado "no podrán llegar al grado de ilustración, civilización y cultura de los europeos".<sup>10</sup> Su progreso debería ser paulatino y conforme a su capacidad, y no de golpe como quiso hacerse con la Independencia que proclamó la igualdad de todos sin considerar las diferencias culturales.

Algunos creyeron -dice Mora- que podían incluso crear un país de indios, siendo éste un proyecto irrealizable (y muy poco deseable) porque la mayoría de la riqueza y puestos importantes estaban en manos de los blancos. Según

nuestro autor, a los indios se les permitía entrar en todas partes, ya fuera para trabajar o estudiar; sin embargo, en vista de las circunstancias que habían vivido, no tenían, aún mucha capacidad ni iniciativa para influir en el país, aunque con la educación y el tiempo podrían hacerlo. Lo que no aclaró nuestro autor es si iban paralelamente la fusión de las razas en una sola, la blanca, y la educación del indígena para hacerlo mejor. Es decir, si finalmente los indios desaparecerían debido a la fusión de las razas, como el propio autor señala, ¿qué caso tiene invertir tanto esfuerzo en su educación? Este es un punto que no queda claro dentro de su obra y que se presta a confusión; otro tanto sucede con el hecho de que según él no había una raza superior y, sin embargo, alababa constantemente a los blancos, mientras que a los indígenas lo mejor que les deseaba era su desaparición.

Si bien Mora habló de los mexicanos, para él lo mismo eran mexicanos las tribus que pelearon contra Cortés, como los indígenas en cuyas cualidades no confiaba y los blancos que dominaban el quehacer social, económico y político de México. Sin embargo, a pesar de que todos eran mexicanos, era evidente que Mora no se identificó ni con los primeros ni con los segundos. Según lo que se percibe de la lectura de su obra, él era parte de aquellos mexicanos blancos que manejaban los destinos del país, es decir, de la parte ilustrada de la sociedad. Como integrante de ella conocía

muy bien sus componentes y sus avances posteriores a la Independencia.

Advertía que, para 1834, los habitantes de México eran ocho millones doscientos noventa y tres mil trescientos trece personas, de las cuales la mitad eran de raza blanca y el resto de color. Llama la atención la exactitud en cuanto al número y la división; ¿cómo habrá calculado el total con tanta exactitud? Ni siquiera se tomó la molestia de decir "aproximadamente", o "cerca de", o redondear la cifra, sino que señaló cuántos y de qué color eran los mexicanos. Pero, de nuevo, no todos eran mexicanos igual que él. Cuando hablaba de los indígenas opinaba que podrían llegar a ser muchas cosas, pero que por sus características aún no podían hacer todo; Mora no se identificaba con ellos. Por otro lado había mexicanos -aunque no menciona cuáles son ni marca diferencia alguna con los anteriores- que habían logrado avances indiscutibles:

en lo que son más notables los progresos de la civilización mexicana es en la sociabilidad o en aquello que hace y constituye los atractivos del trato social: el bello sexo, los trajes, las concurrencias, los paseos, las diversiones y los placeres de la masa mexicana han sufrido cambios totales o hecho considerables progresos.<sup>11</sup>

Desgraciadamente no sabemos qué tipo de personas habían logrado tan deseables avances: los blancos, los nativos o la fusión de ambos.

Mora apresuró muchas veces conclusiones como la anterior, sin precisar a qué tipo de ambiente se refería, pues para generalizar que toda la sociedad, o la masa mexicana, había hecho progresos tan relevantes, parecería demasiado apresurada y pretenciosa su conclusión, a menos, claro está, que se refiriese tan sólo a los blancos.

Nos da una pista cuando alguna vez habla de la dificultad de determinar el carácter mexicano por estarse apenas formando: "nos limitaremos a dar una idea del estado político y moral de la sociedad mexicana. Empezando por este último, el corazón del mexicano es recto, franco y abierto".<sup>12</sup> Sin embargo, de nuevo nos preguntamos ¿de cuál mexicano?.

Más adelante decía: "el carácter de los mexicanos y sus virtudes no deben buscarse como lo han hecho los extranjeros, en las clases privilegiadas, sino en la masa de los ciudadanos".<sup>13</sup> Pero no aclara quiénes formaban a una y otra. La masa de los ciudadanos podían ser los blancos, ya que según él eran la raza dominante. Y, por otro lado, las clases privilegiadas podrían ser el clero y la milicia<sup>14</sup>, ratificando a los blancos como a la masa mexicana. Es entonces en ellos donde hay que buscar el verdadero carácter mexicano, ignorando por completo a los indígenas (en quienes Mora nunca vio al prototipo del mexicano). De cualquier manera, era obvio que para Mora la sociedad

se dirigía al progreso y se esmeró en demostrarlo.

Según el autor, tres clases componían la población (blanca) de México; a saber: los eclesiásticos, los militares y los paisanos. "La más influyente, ilustrada y rica es esta última... por hallarse en su seno lo que se llamaba antigua nobleza del país, que ha empezado a tener aprecio después de la Independencia".<sup>15</sup> La componían los artesanos, empleados, abogados, propietarios y negociantes. De nuevo dejaba afuera a los indígenas, a menos claro está, que los incluyera dentro de la antigua nobleza o que supusiera su casi total avance entre 1821 y 1835.

Esto último podría concluirse de la lectura de México y sus revoluciones, ya que a raíz de la Independencia -dice Mora- se habían creado muchas escuelas como consecuencia del sistema federal, así, "en las ciudades, en las villas, en los pueblos, en las rancherías y hasta en las haciendas o fincas rústicas de los particulares las hay, al menos para leer y escribir".<sup>16</sup> Todos pensaban, antes que nada, en formar una escuela, sin importar su clase social. Llegó a tal grado el optimismo del autor en este sentido, que afirmó que en ninguna otra república, como en la mexicana, "hay tantas colecciones de libros entre los particulares ni tanto gusto por ellos... En efecto hasta las clases más pobres tienen los suyos que leen y procuran entender".<sup>17</sup> La prueba que ofreció para esto era



que los libros se vendían a un precio muy alto, a pesar de entrar en gran cantidad al país, lo cual indicaba la demanda por ellos entre la población. Este razonamiento parece apresurado y muy débil como para sostener que, como el precio de los libros era muy alto, eran leídos por todos y en cualquier lugar.

Además de los libros, el teatro también se había encargado de expedir la cultura. Según Mora, "tiernos y nobles sentimientos, acciones heroicas, moderación y finura en los modales y cultura en la expresión"<sup>18</sup> eran características de aquellas personas que habían tenido algún contacto con el teatro, o sea que éste obró maravillas entre la población cambiándola muy significativamente.

Contrastando de manera notable con la descripción de los problemas del México independiente presentados por Mora en otras partes de su obra, se reflejaba una sociedad en vías de desarrollo "mezcla de las costumbres de París, de Londres y de las grandes ciudades de Italia"<sup>19</sup>, con residuos de la herencia española. Engalanó aún más su estudio hablando de la educada y culta sociedad mexicana, según se reflejaba en sus trajes, en el adorno de los niños, en el teatro, los paseos, fiestas campestres y bailes.

Criticaba al juego, tan común dentro de nuestra sociedad, pero consideraba que este vicio desaparecería paulatinamente en beneficio de la población.

Hizo un estudio del comportamiento de hombres y mujeres dentro de la sociedad mexicana. No desperdició la oportunidad de dar algunas reglas de urbanidad: para las visitas, la conducta de los hombres con las mujeres y viceversa; el vestido de unos y otras; habló bastante y bien de los progresos de las mujeres mexicanas cuyos modales se habían mejorado con cada generación. En fin, reflejó ampliamente los avances y estancamientos de la sociedad, comparándola siempre con las de Europa, las más civilizadas y a cuya semejanza pretendía se desarrollara México.

Presentaba un panorama de lo más lisonjero hablando siempre de la sociedad mexicana casi como un espejo de la europea. Pero de pronto, en una especie de acto de contricción y de enfrentamiento con la realidad, que nos recuerda el tono analítico del resto de la obra, asentó:

La cultura en el trato social habría hecho en México progresos más notables si no estuviese tan mal distribuida la población. El aislamiento en que se hallan las grandes ciudades por las considerables distancias que median entre unas y otras, y lo imperfecto de los medios de comunicación retarda necesariamente los progresos de la sociabilidad, que no adelanta sino en porción que la sociedad se hace más numerosos y sus relaciones más íntimas, frecuentes y multiplicadas. En México el que sale de una ciudad principal en que el estado social ha llegado al punto más elevado de perfección, va encontrando sucesiva y gradualmente todos los grados de descenso de la civilización e industria y los ve ir siempre a menos hasta que en muy pocos días llega a la choza informe y grosera construída con troncos de árboles recién cortados. De esta manera se hace un análisis práctico del origen de los pue-

blos y de las naciones, pues se parte del conjunto más complicado y se llega a los datos más sencillos, se camina hacia atrás en la historia de los progresos del talento humano y se vuelve a encontrar en la extensión y sobre la superficie del terreno lo que ha producido la serie de los siglos.<sup>20</sup>

De esta manera Mora dejó un poco en entredicho todo su optimismo y escribió uno de los párrafos más tristes y amargos del libro, sobre todo para él mismo, que pretendía presentar un cuadro tan próspero de México. Es en pasajes como éste donde Mora nos parece decir: a pesar de todo no me puedo engañar, ni engañar a nadie por completo; y tal vez sea con este tipo de comentarios, uno entre muchos, en donde podemos rescatar al Mora humano, realista, objetivo y verdadero al hacer "la relación de las impresiones que sobre el autor han hecho las cosas y las personas".<sup>21</sup>

Después de todo, si el panorama nacional era en realidad tan bonito, entonces ¿por qué nunca volvió a México? Varias veces en la obra pareciera que Mora despegara de México y hablara de otro país, pero también muchas veces dice verdades tan duras como la anterior que confunden al lector, sobre todo si pensamos que la obra estaba orientada para los extranjeros, para llamar su atención y atraerlos hacia México. Es como si a veces le quisiera gritar a los mexicanos: "¡véanse, ésta es su realidad!", y en otras ocasiones se dirigiera a los extranjeros diciéndoles "vamos

a México, todo es tan positivo ahí". Pero al mezclar ambas cosas nos confunde sobre a quiénes realmente estaba destinada su obra, además de que confunde al lector sobre cuál es la verdad. Mora enfrentaba el ser con el querer ser de la nación o, en todo caso, lo que él creía que pudiera ser algún día plasmándolo algunas veces como hechos consumados.

Una de las cosas que más llama la atención sobre Mora en algunas partes de la obra, es la conciencia que tenía de los problemas de México, y en esto se adelantó en mucho a sus contemporáneos (y en ocasiones afirma que el progreso llegará tarde o temprano, porque así tiene que suceder). Por ejemplo: veía que en las ciudades el desarrollo era muy diferente al de los pueblos por la falta tanto de educación como de gente, luego entonces la solución sería colonizar. Para esto se necesitaba reformar el concepto de religión que permitiera a colonizadores no católicos su establecimiento en la República Mexicana

todo se sacrifica -dice Mora- a evitar lo que al fin ha de suceder, sin que haya medio alguno para impedirlo, porque está en la naturaleza de las cosas y en el curso natural de los adelantos humanos; a saber la tolerancia religiosa. Ningún pueblo ha establecido la libertad civil sin que venga a parar en la religiosa y todos los que han empezado por el reconocimiento de ésta no han podido menos que llegar a aquella.<sup>22</sup>

La modernización era para Mora un hecho que seguían todas las cosas naturales; para él, era implícito que

tarde o temprano se establecería un sistema o un medio de vida acorde con los progresos de la civilización. Se empeñó en convencer a la gente que por naturaleza se modificarían, a querer o no, muchas cosas dentro de la vida nacional; por ello quiso persuadir a sus contemporáneos para agilizar "los trámites" y colocar más rápido a México dentro de la esfera de los países civilizados. Su interés se concentraría principalmente en fomentar el mestizaje o fusionar las razas en una sola, la blanca; en hacer llegar la educación a cualquier rincón del país para ayudar a expandir la cultura y civilización; y en hacer leyes que facilitaran la colonización de extranjeros en México.

Este último punto encontró trabas no sólo en la Constitución; los estados se esmeraron también en dificultar la colonización poniendo más trabas, "estos son los verdaderos motivos de no haberse podido realizar en nuestro país ninguna empresa de consideración en este ramo de fomento y no la guerra intestina de la inseguridad de las instituciones y de la autoridad pública".<sup>23</sup> Consideramos que tanto la guerra como la religión frenaron las deseadas colonizaciones de extranjeros. A nadie le habría gustado vivir en México, donde la violencia y la anarquía se demostraban a cada rato con levantamientos y asonadas de las cuales seguramente estaban enteradas muchas personas en el extranjero, aunque Mora pretendiera restarles importancia.

A pesar de su interés en la colonización y de sus constantes invitaciones para ello, de nuevo recurrió a decir los errores a propios y extraños e invitar, por otro lado, a los extranjeros a residir en México. Como hemos visto, la religión se presentaba como un impedimento más para el progreso nacional y culpaba a los gobernantes por no hacerla a un lado y establecer leyes que fomentaran el progreso.

La colonización, junto con la educación y el "blanqueamiento" de la sociedad, eran pasos fundamentales dentro de las razones sociales de Mora para el progreso. El estudio que realiza sobre estas tres cuestiones es rico en sabiduría tanto de la realidad como de los problemas que ella acarrea. La visión y la educación liberal es clarísima y bastante determinante dentro de Mora en lo que se refiere a estos puntos. El no veía con agrado una igualdad absoluta para todos, sino que encontraba limitaciones que hacían destacar los niveles de preparación tan dispares de la población. Entre los requisitos que exigía se encontraban el saber leer y escribir, para lo cual era indispensable la educación. Respecto a la fusión de razas y la colonización, ambas tenían muchas cosas en común, siendo la principal propagar la raza blanca por todo el territorio nacional de la manera más rápida para agilizar el progreso.

El espacio que media entre Mora y nosotros pudiera

hacernos creer que su actitud al querer blanquear a la sociedad es elitista, y puede que sí lo sea, pero también es muy liberal, cosa que no debemos perder de vista. El liberalismo busca de alguna manera la perfectibilidad del hombre en la sociedad para lo cual la modernización en las estructuras económicas, políticas y sociales es sumamente útil. En la época de Mora, el europeo representaba a las civilizaciones más avanzadas en esos ámbitos, por lo cual es muy entendible la posición de Mora hacia estas sociedades al alabarlas tanto y considerar al blanco como el ideal de hombre civilizado condicionante del progreso.

NOTAS: SITUACION ACTUAL DEL PAIS

1. Ibidem: tomo I, p. 23-4.
2. Ibidem: tomo I, p. 30.
3. Ibidem: tomo I, p. 33; en la versión original dice "avaricia de los españoles", véase El Indicador, octubre 30 de 1833, p. 97.
4. Mora, op.cit.; tomo I, p. 65.
5. Ibidem: tomo I, p. 65.
6. Ibidem: tomo I, p. 74.
7. Ibidem: tomo I, p. 73.
8. Ibidem: tomo I, p. 74.
9. Ibidem: tomo I, p. 74.
10. Ibidem: tomo I, p. 66-67.
11. Ibidem: tomo I, p. 123.
12. Ibidem: tomo I, p. 78-79.
13. Ibidem: tomo I, p. 121.
14. Mora siempre se refiere a estos dos grupos, el clero y la milicia, como las clases privilegiadas de la sociedad, razón por la cual aventuramos esta conclusión; aunque visto desde la perspectiva actual, pareciera ilógico que los blancos constituyan la masa mexicana.
15. Ibidem: tomo I, p. 88.
16. Ibidem: tomo I, p. 85.
17. A partir de "entre los particulares..." no aparece en la edición de 1836, pero si en la original de El Indicador, o sea que este tipo de observaciones fueron dirigidas a los mexicanos que seguramente conocían bien la situación real del país, por lo que nos sorprende aún más esta clase de conclusiones por parte de Mora, que, sin embargo, en la edición posterior, dirigida a los extranjeros, quita este párrafo. Ibidem: tomo I, p. 85 y en El Indicador.



18. Ibidem: tomo I, p. 122-123.
19. Ibidem: tomo I, p. 136.
20. Ibidem: tomo I, p. 141-142.
21. Ibidem: tomo I, p.
22. Ibidem: tomo I, p. 142-143.
23. Ibidem: tomo I, p. 144.

## VI PERPECTIVAS DE PAZ

Para finalizar este análisis de México y sus revoluciones, conozcamos la opinión de Mora sobre las constantes guerras ocurridas en México después de la Independencia y su repercusión en la paz social.

Aunque para nosotros todas las asonadas y pronunciamientos que hubieron en la primera mitad del siglo XIX son una muestra de lo convulso de esa época y los enfrentamientos entre las diferentes corrientes que querían imponer sus proyectos en México, curiosamente para Mora eran un pretexto más para alabar lo civilizado que estaba el país. Así, en algunas partes de la obra, a pesar de sus propios juicios en el sentido opuesto, pareciera como si recapitulara sobre lo sucedido en el país desde la Guerra de la Independencia hasta el año en que se publica México y sus revoluciones para defender los destrozos causados por la revolución, diciendo que fueron una consecuencia lógica contra la Corona por la actitud que ésta tomara hacia la Independencia.

Constantemente comparó esta guerra en México con la de Francia en 1789. Así la actitud de las masas en uno y otro caso fue destructora, tanto en París con la Bastilla, como en Guanajuato con la Alhóndiga de Granaditas.

Sin embargo, al decir de Mora, a la inversa de lo que sucedió en otros países civilizados, en México una vez conseguida la Independencia "el odio, la venganza y la persecución",<sup>1</sup> habían desaparecido casi por completo del país, y la asonada de la Acordada no fue relevante comparándola con otros movimientos de Francia e Inglaterra, además de que la gente la desaprobó absolutamente.

De esta manera el motín de la Acordada era para Mora casi como un orgullo nacional, ya que se hizo sin excesos y se derrotó al partido que la promovió, lo cual fue perfecto. Además de minimizar el carácter eminentemente destructivo de dicho motín, en este punto nuestro autor pierde su temporalidad y demuestra además que, al publicar el primer tomo de la obra, no modificó ni revisó lo que - en él se decía, ya que México y sus revoluciones aparece en 1836 y para entonces muchas arbitrariedades habían sucedido dentro del gobierno mexicano y él no las menciona. Más aún, llega al grado de decir:

la guerra de Insurrección sin duda debió paralizar o disminuir en parte los progresos de la población, pero además de que como hemos advertido aun entonces se aumentaba, se puede asegurar que lo desastroso de ella acabó en 1816 y desde entonces hasta fin de 1835 han pasado diez y nueve años en que la paz ha sufrido pocas y pequeñas alteraciones, de aquellas que no pueden ser grande rémora en sus progresos.<sup>2</sup>

Si esto lo dice Mora intencionalmente, subsiste enton-

ces su afán por mantener una imagen pacífica de México ante el exterior presentando la mejor cara del país, y menospreciando una revuelta que en su momento conmovió a la nación y otras que ni siquiera menciona. Para confundir más al lector, en otro espacio Mora se refería a la elegancia de la población mexicana tan parecida a la europea, "a pesar de la pobreza que es consecuencia necesaria de un estado de revolución permanente".<sup>3</sup> En este caso Mora aludía, al igual que en el de la Acordada, a la sociedad postindependiente, con la salvedad de que mencionaba cosas opuestas sobre la situación del país: por un lado, poco o nada había sufrido el país después de la revolución de 1810; y, por el otro, se hallaba en estado de revolución permanente. Se hace evidente de nuevo la contradicción en Mora por querer presentar lo que era y lo que él quisiera que hubiera sido.

Pero si él lo describió así estando ya en su autoexilio, es obvio que tendría un interés especial en hacer creer que así estaban las cosas. Al decir que el progreso no se había evitado, no sólo negaba lo sucedido en México, sino que, además, contradecía los propios principios en los que él mismo creía, ya que las famosas Reformas de 1833 lograrían, según los liberales, avanzar hacia el progreso, y si éstas se anularon casi en su mayoría, el progreso sí se interrumpió. Pero esto no lo dice Mora.

Paradójicamente, cuando al final del primer tomo formuló interesantes conclusiones generales sobre el estado de la República en ese momento, pareciera que Mora justificaba, y por lo tanto acepta, los desórdenes sucedidos en el país.

En esta parte, Mora señalaba que cuando se unían varias situaciones en un momento determinado, la gente encontraba un pretexto, para levantarse y tratar de sacudirse todos los males acumulados, y esto era algo que nadie podría evitar. Nadie era culpable de esta situación; más bien, las condiciones idóneas para que así sucediera y como tal debía entenderse. Así fueron las cosas en México y debía pasar mucho tiempo para lograr de nuevo la paz; en México, la gente había perdido "el temor y la esperanza"<sup>4</sup> por lo que la deseada estabilidad se veía todavía más alejada.

El México que Mora mostró en la última parte del primer tomo reflejaba de una manera tajante y honesta la triste situación que había vivido el país en los últimos años, y que seguiría viviendo. Al hablar de la pérdida del "temor y la esperanza" por la gente, muy posiblemente se incluía él mismo dentro de esos escépticos; es ésta la única razón que podemos encontrar en sus escritos para que no volviera a México. Si la situación lo había llevado a perder la esperanza de que su país mejorara, ¿a qué volver? Ya nada se podía hacer.

Finalmente concluye que todo lo que había pasado en México debió suceder, justificando de esta manera lo acontecido. Desde nuestra perspectiva, al final incluye el trozo más importante de su obra; en él describe la situación nacional en ese momento de tal manera que nos atrevemos a reproducirlo íntegramente:

Las revoluciones en el orden social y moral lo mismo que en el natural, no consisten sino en la coexistencia de elementos encontrados que se hallan en perpetuo conflicto, mientras no sobreviene la crisis que es siempre determinada por la desvirtuación o expulsión de uno de estos elementos. Cuando ésta pues, se retarda no puede haber sino males y desórdenes sociales; pero ellos mismos son la prueba más decisiva de que se está ya en camino para llegar al término que la ha de traer. El estado transitorio en la sociedad es penoso para las personas, porque no les proporciona las ventajas del antiguo orden de cosas, ni las que se prometen en el nuevo; así es que hacen los mayores esfuerzos, unos para restablecer lo que ha empezado a caer, y otros para concluir lo que se está levantando sobre las ruinas del antiguo edificio; pero estos esfuerzos tan importantes en sí mismos como inevitables por ser el resultado de causas necesarias, no hacen más que agravar el mal, retardando el establecimiento de un orden de cosas que al fin ha de llegar, y que según el curso de las sociedades humanas hasta hoy conocidas ha de ser siempre por el progreso.

Este ha sido el estado de muchas sociedades de Europa en el siglo pasado, este es actualmente el de no pocas, y éste es también el de México que no había motivo para que se le considerase exceptuado de una regla generalísima. Cuanto ha sucedido pues en la República ha debido suceder y los hombres en general constituidos bajo el influjo de causas inevitables, han debido obrar de la manera determinada por ellas. Esta consideración debe contribuir mucho a moderar los odios políticos que en las sociedades se combinan de una manera tan funesta al orden público, al reposo

de las familias y la tranquilidad individual. Ellos reposan en el pernicioso error de que los desórdenes sociales son debidos al influjo y poder de las personas, cuando por el contrario es enteramente cierto que son efectos del estado de las cosas. Los que quieren el progreso y los que están por el retroceso, se figuran que los principios que forman el símbolo político del uno y del otro, carecen en sí mismos de importancia, y no tienen otra que la que pueden recibir del carácter e influjo de las personas. De aquí ese furor de derramar sangre que caracteriza en México al partido de las vejezes, y el desterrar que ocupa al que sostiene las novedades; pero no las vejezes han acabado de perder su influjo por el destierro de sus sectarios, ni las novedades dejan de progresar por el derramamiento de la sangre de sus patronos. ¿Por qué así?, porque las doctrinas políticas no se combaten ni desvirtúan con castigos; porque los intereses creados o sostenidos por ellas no ceden a la violencia ni desaparecen con ella; en una palabra, porque se toma por causa única o principal de las combinaciones y resultados sociales, la que no lo es o tiene un influjo muy secundario, dejando subsistir las que lo son realmente y se teme atacar o se afecta desconocer. De aquí resulta que en México no hay ningún orden establecido; no el antiguo, porque sus principios están ya desvirtuados y medio destruidos los intereses que lo apoyan; no el nuevo, porque aunque las doctrinas en que se funda y los deseos que ellas excitan son ya comunísimas en el país, todavía no se ha acertado con los medios de combinarlas con los restos que existen aún del antiguo sistema o de hacerlos desaparecer; en suma, no se puede volver atrás ni caminar adelante sino con grande dificultad.<sup>5</sup>

Así explicó, sintetizó y justificó lo que a su entender sucedía en México, dando una gran muestra de erudición y conocimiento sobre lo que pasaba. Con estos párrafos hace comprensible la situación no sólo a sus contemporáneos sino a los actuales lectores que encontramos en ella, sin

duda, la mejor síntesis de lo que fuera la primera mitad del siglo XIX.

Pero éste no era el único problema que México y sus gobernantes debían superar. Muchas cosas más necesitaban arreglo o reformas para el buen funcionamiento de la sociedad. Aunque esta reflexión sintetiza definitivamente el gran conocimiento que tuvo Mora respecto a los problemas que enfrentaba cuando escribió México y sus revoluciones, al quedar esta obra inconclusa (1812), quedó también incompleta la relación detallada que nos hubiera podido hacer de este problema apenas esbozado en el citado párrafo.

Sin embargo, la visión que daba Mora de la situación nacional, tanto en lo positivo como en lo negativo, nunca sugeriría, ni remotamente, todo lo que sufriría nuestro país después de escrita México y sus revoluciones para poder implantar los ideales que Mora perseguía y que de alguna manera dejó plasmados en su obra. Además de múltiples guerras intestinas, durante los años que median entre 1836 -en que publica su obra- y 1867 -en que se logra el triunfo total de los liberales sobre los conservadores- México sufrió: la implantación de una constitución centralista, conocida como Siete Leyes; el desmembramiento de su territorio mediante la independencia de Texas; la Guerra de los Pasteles; la Guerra contra los Estados Unidos y la consecuente pérdida de gran parte de nuestro territorio; la Guerra de Castas; la Centralización del poder por Santa Anna,



autonombrándose Alteza Serenísima; la Guerra de Tres Años entre liberales y conservadores, y la intervención francesa con la final implantación de una monarquía en México.

Estos hechos desmienten de manera contundente la supueta paz en la que vivía el país así como los progresos que día con día conseguía. Mora debió haber sufrido en demasía cada uno de estos conflictos que alcanzó a presenciar desde el extranjero y que demostraban que México no se encontraba listo para implantar el liberalismo. Mora se había adelantado en sus planes.

NOTAS: PERSPECTIVAS DE PAZ

1. Ibidem: tomo I, p. 80.
2. Ibidem: tomo I, p. 147.
3. Ibidem: tomo I, p. 128.
4. Ibidem: tomo I, p. 468.
5. Ibidem: tomo I, p. 470-472.

## VII CONCLUSIONES

A lo largo de su obra, nuestro autor presentaba una visión del país con dos realidades. Para él, la cultura y la civilización de la sociedad habían sufrido cambios definitivos que colocaban a México a la vanguardia en toda la parte del continente americano que estuvo sujeta a la corona española. Al mismo tiempo, expuso los problemas que enfrentaba y que le impedían estar a la altura de las grandes naciones europeas.

Mora ofreció un panorama general del país, ubicándolo física, política, económica y socialmente; sin embargo, no aclaró que México mostraba contrastes severos en su composición. Daba así la imagen de dos naciones distintas, de tal suerte que en ocasiones se representaba a la población como muy avanzada y en otras mostraba serios síntomas de estancamiento e inclusive atraso.

Su historia era elitista e hispanista pues, para él México nació con los españoles y eran ellos quienes conformaron su carácter y cultura. Por esta razón, ignoró cualquier asunto relacionado con los indígenas, a los cuales consideraba sin historia ni cualidades dignas de mencionarse a lo largo de su obra; por el contrario, los consideraba torpes e ignorantes. Si alguna vez señaló que educándose

podrían adquirir las características de los españoles, es evidente que lo hizo sólo por no estropear su visión sobre el país, mas no porque en realidad lo deseara, pues, como dijimos, para Mora la desaparición de los negros y los indios era un hecho y, tal vez, una necesidad para el progreso. Este progreso recaería en la parte blanca de la población; ella debía dirigir los destinos del país para ponerla a la altura de las grandes naciones europeas.

La "superioridad" de los blancos trajo implícita la aceptación de Mora por los españoles y sus herederos, ya que ellos eran los que componían esa población. En efecto, Mora estaba orgulloso del origen hispano de México, pero rechazaba y criticaba el que la Corona hubiese inculcado en su gobierno vicios y malas costumbres que habían trascendido inclusive a la Independencia. Esta actitud de las autoridades españolas evitó el progreso de sus colonias -algo que sí se dio en las inglesas- y además los vicios adquiridos constituyeron uno de los principales frenos para que la República Mexicana avanzara hacia la civilización con paso firme. De esto el único responsable era el gobierno colonial, no los españoles que habitaron nuestro país; por ello no se debía rechazar su cultura ni atacar a quienes aún vivían en México. La administración colonial heredó a la independiente muchos problemas y malos hábitos que, según Mora, se debían ir superando con el tiempo.

Uno de los errores más graves cometidos por el gobierno español fue no haber concedido a tiempo y en forma pacífica, la Independencia de México. En lugar de esto, se dio lugar a una guerra que ocasionó mucha destrucción a la nación, además de haber sembrado un odio terrible en las masas contra los españoles. Además, dejó a México muchos problemas de difícil solución.

Uno de ellos fue la inestabilidad del gobierno. Los partidos políticos que se peleaban entre el "retroceso" y el "progreso", mantenían cambiante la situación del país. Sin embargo, Mora dejó entrever que la situación de México se superaría con los años y que era necesaria esta disputa entre facciones que defendían sus distintos intereses.

Otro problema, obsoleto ya y que no dependía del momento, eran los fueros del clero y los militares. Mora insistía en la necesidad de tomar medidas urgentes que cesaran los privilegios de los cuales gozaban estas instituciones. Ambos sectores se reducirían entonces a desempeñar sus funciones al servicio de la sociedad, y no al contrario como entonces sucedía. El clero restringiría su campo de acción a lo espiritual; idealmente no tendría ninguna injerencia en el gobierno y, al mismo tiempo, éste tampoco intervendría en su administración interna. Así funcionarían como dos organizaciones autónomas al servicio de la población, pero en diferentes órdenes. Por su parte, el ejército se subordi-

naría al Estado y sólo se levantaría en armas en defensa del mismo y de la soberanía nacional, y no ya para imponer sus propios intereses.

Estas reformas traerían consecuencias benéficas para México; entre ellas, se constituiría un Estado fuerte, sin competencias que debilitaran su poder; económicamente, se pondrían en circulación muchos capitales y propiedades que hasta entonces se encontraban en manos muertas, propiciando el crecimiento de los propietarios, y por lo tanto de los ciudadanos, que fomentarían la producción y el progreso; al suprimir el artículo constitucional sobre intolerancia religiosa, se conseguiría, entre otras cosas, la libertad de cultos y con ella la posibilidad de que numerosos extranjeros vinieran a colonizar las tierras deshabitadas sin encontrar impedimento alguno; la educación pasaría a ser obligación del Estado, al impedir que el clero manipulara ideológicamente a la población; los partidos políticos dejarían de aliarse con el clero o el ejército en busca de apoyo para llegar al poder, reduciéndose la inestabilidad política del país. En fin, muchas ventajas se obtendrían si se limitaban los privilegios de estas instituciones.

Por último, para asegurarse de que estos logros no se desvanecieran por la intromisión de alguna potencia, México debería afianzar sus relaciones con otros países buscando su reconocimiento, de manera que cualquier ataque

contra el territorio o la soberanía nacional pudiera evitarse mediante la intervención oportuna de los países con los cuales el nuestro tuviera relaciones diplomáticas.

Al presentar Mora una doble imagen del país, enfrentaba lo que él hubiera querido que fuera México contra lo que en realidad era, dando una idea confusa al lector. Esto respondía a su afán por colocar a México a la altura de las grandes naciones de Europa y atraer la atención de los extranjeros hacia el país, y por su necesidad de mostrar sus problemas con el fin de que se solucionaran, contrastando y enfrentando las dos visiones.

Estos son los problemas que Mora expone en su obra y las soluciones que, según él, deberían aplicarse, para lo cual habrían de luchar todos los mexicanos. El pasado común basado en la libertad debía ser el punto de unión entre ellos, y sería el punto de partida en los momentos convulsos que vivía el país en busca de la paz y la estabilidad.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo de Mora y otros tantos personajes del siglo XIX, pasarían aún muchos años sin que se lograra la pacificación, el progreso y el triunfo de los postulados del liberalismo. Tocaría a otra generación ver realizados estos objetivos de los cuales, sin lugar a dudas, Mora fue uno de los principales constructores.

No olvidemos insistir que la obra de Mora a la que nos hemos referido quedó inconclusa pues le faltaban 21 años de historia por relatar. Aunque es difícil suponer qué diría en ella, es probable que siguiera con el mismo tono narrativo, siguiendo un orden cronológico; es importantísimo para nosotros su descripción de los años en los que participó en forma activa en la política nacional (1821-1834). Afortunadamente, Obras Sueltas contiene artículos que abordan sobre estos años, pero sin la extensión ni unidad que Mora les hubiera dado en México y sus revoluciones.

Su obra tiene como objetivo implícito justificar la ideología liberal y comprobar por qué era necesaria su implantación en México. Seguramente al llegar hasta 1835 consideraría la gestión de Gómez Farías, explicando la necesidad de hacer las reformas en la forma en que se propusieron, justificando la labor de todos los que en ella participaron.

Aunque sin generalizar, podemos decir que el pensamiento de nuestro autor marcó toda una época de transición ideológica en México en la cual participaron muchos hombres que, junto con Mora, sentaron las bases del liberalismo mexicano.

Podemos concluir entonces que Mora se adelantó no a su tiempo, sino al tiempo mexicano, pues México necesitó



que transcurrieran varios años después de la Independencia para poner a funcionar las reformas propuestas en 1833. Aun cuando no fue el único liberal que vio en ellas la solución a los problemas nacionales, ni el único que abandonó el país cuando éstas fracasaron, Mora sí fue, sin duda, uno de los ideólogos que más lucharon y participaron en el régimen de Gómez Farías que, adelantándose a su tiempo, trató de frenar los abusos de clero y milicia, de los partidos políticos, del monopolio de la educación y terminar con la inestabilidad del país.

La ley Juárez, que suprimió los tribunales eclesiásticos y militares; la ley Lerdo que propuso la desamortización de los bienes eclesiásticos, y la ley Iglesias sobre derechos y obvencciones parroquiales, sin lugar a dudas tuvieron su origen en las Reformas liberales de 1833 y éstas, a su vez, obtuvieron sus rasgos fundamentales del pensamiento de Mora. Podemos así percatarnos de la importancia de nuestro autor en la historia nacional.

Si bien el liberalismo mexicano triunfaría hasta 1867, es necesario destacar y recordar que Mora abrió el camino y preparó mentalmente a la generación que habría de ver consumado este objetivo.

## VIII APENDICE

### A) ENTRE LINEAS... JOSE MARIA LUIS MORA

"De aquí resulta que en México no haya ningún orden establecido: no el antiguo, porque sus principios están ya desvirtuados y medio: destruidos los intereses que lo apoyaban: no el nuevo porque aunque las doctrinas en que se funda y los deseos que ellas excitan son ya comunísimos en el país, todavía no se ha acertado con los restos que existen aún del antiguo sistema, o de hacerlos desaparecer: en suma no se puede volver atrás ni caminar adelante sin grande dificultad".

José María Luis Mora, México y sus revoluciones

En el siglo XVIII se refleja con mayor ímpetu la transición iniciada por la reforma protestante hacia una sociedad secular que permite situar al hombre como eje del universo, rompiendo el monopolio que la Iglesia tenía en todos los ámbitos. Es este siglo, considerado como de la ilustración, un periodo en que Europa consolidará su nuevo pensamiento marcado por el racionalismo. Francia e Inglaterra sobresalen en su afán por imponer estas ideas. Así, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Robespierre, Say y Constant, en Francia; Hobbes, Locke y Bentham, en Inglaterra, pueden ser considerados como los pensadores más sobresalientes que dieron forma a los preceptos liberales que transformarán las estructuras políticas, económicas y sociales imperantes.

Esta etapa plena de acontecimientos clave para el desarrollo posterior de los países occidentales será el

puente hacia la modernidad: la revolución industrial, la independencia de los Estados Unidos y la revolución francesa fueron la respuesta a las inquietudes de la burguesía y serán el ejemplo para otras naciones en su búsqueda por establecer el liberalismo.

España, por su parte, con las reformas borbónicas de Carlos III, trató de disminuir la brecha que separaba de los países "modernizados". Dichas reformas no sólo afectaron a la misma España, sino también a sus colonias y favorecieron a la vez su contacto con el liberalismo español, representado por Gaspar Melchor de Jovellanos. Sin embargo, la llegada al trono de Carlos IV no contribuyó a la consolidación de las enmiendas, lo cual significó un retroceso en el camino español.

Las ideas del liberalismo español, francés e inglés traspasaron el Atlántico y se filtraron en América, donde se formó un ambiente propicio entre un grupo de individuos que, inconformes con la situación colonial existente, ansiaban el cambio.

La invasión napoleónica a España en 1808 y la usurpación del trono español fueron el pretexto para poner en práctica en América las ideas venidas de Europa, dando lugar a los movimientos independentistas. En el caso de México, su independencia permitió la acción de pensadores que, preocupados por el devenir nacional, tomaron como

base estas ideas y trataron de aplicarlas en el país. Sin embargo, en muchos casos, las ideas liberales no se pudieron aplicar en la sociedad novohispana que conservaba antiguas formas institucionales, pues amenazaba a muchos intereses creados a lo largo del régimen colonial. El enfrentamiento de condiciones hizo que los mismos ideólogos se contradijeran al tratar de emplear de la mejor manera posible y de acuerdo a sus convicciones las ideas innovadoras. De esa manera ser conservador o ser liberal indicaba, más que lo propio del término, la manera en que cada uno respondía a las contradicciones: un individuo podía ser, a un mismo tiempo, conservador en el aspecto político y liberal en lo económico.

José María Luis Mora representó y sufrió la problemática de su época; embebido en las doctrinas liberales europeas vio la necesidad de buscar medios para adaptar estas innovaciones a la realidad de su país.

Su pensamiento se configuró a lo largo de su vida y en muchas ocasiones se adecuó a las circunstancias, por lo que algunas ideas cambian radicalmente en él. Así encontramos, por ejemplo, su actitud frente a Estados Unidos, a la expulsión de los españoles, al imperio mexicano, a Santa Anna y ante Inglaterra varía y se conforma a través del tiempo.

El acta de bautismo de este ilustre pensador nos remite

a la última década del siglo XVIII y nos ubica en el año de 1794. Este registro, elaborado el 12 de octubre, es el primer acercamiento a la vida de Mora, desconociéndose la fecha exacta de su nacimiento. El certificado nos reseña que nació en Chamacuero, hoy Comonfort, Guanajuato, hijo de José Servín de la Mora y de María Anna de la Madrid y, según consta en el propio documento, era un "infante español de aquí mismo" (Nueva España), circunstancia que permitió a Mora tener acceso a una educación privilegiada. Realizó sus primeros estudios en el Colegio Real de Querétaro hasta 1807. El Colegio de San Ildefonso, tradicionalmente jesuita, será la institución donde continuará su educación. Ahí recibió una formación religiosa y erudita que, combinada con su pasión por la lectura y su cargo de bibliotecario, le permitieron asimilar todo el proceso liberal gestado en Europa y aproximarse al pensamiento de los filósofos de ese continente.

Destacó en los cursos de filosofía, gramática, lógica, física y teología; obtuvo siempre los más altos honores en las oposiciones y llegó inclusive a ser alumno favorito de varios maestros. Se hizo sacerdote, única alternativa de la época para obtener grados superiores, y centró su producción en asuntos relacionados con temas religiosos. Sus sermones son reflejo de un periodo que respondía a sus estudios, y en ellos plasmó un sentimiento moralizador y evangelizador. Los escritos para conseguir los grados

de licenciado y doctor en teología muestran su acendrado conocimiento de la religión, la filosofía y el latín, mereciendo años más tarde, después de diversos intentos, la cátedra de filosofía dentro de la misma institución. Como religioso ocupó cargos dentro del cabildo eclesiástico al ser propuesto elector primario, secundario y compromisario.

No obstante, siempre mostró inquietud no sólo por aprender sino por crear condiciones óptimas que diesen acceso al conocimiento renovador; destina la beca que percibe como bibliotecario a la compra y conservación de textos que impregnen de ideas liberales a los lectores estudiantiles que considera inmersos en una formación medieval, en la idea de que la creación y conservación de un estado próspero, acorde a las posibilidades que ofrece el pensamiento liberal recaerá en las nuevas generaciones.

Su salud se vio mermada por la tuberculosis, enfermedad que estará presente toda su vida; sin embargo, este padecimiento no obstaculizó su producción intelectual y, a partir de 1821, inició su labor como ideólogo, periodista y político, actividades que alternará en su búsqueda por modificar la realidad nacional.

Así, la situación del país al conseguir la independencia marca en forma definitiva su pensamiento, permitiéndole alejarse de su condición de religioso y dedicarse, desde

ese momento, a las actividades arriba mencionadas.

Los primeros escritos que señalan el cambio aparecieron en el Seminario político y literario de México, donde continuó la labor de los anteriores editores, exponiendo los principios del derecho político y sus posibles aplicaciones en las diferentes tendencias. Defendió, por vez primera, los principios de soberanía logrados apenas con la recién obtenida independencia, posición visiblemente afectada al proclamarse Agustín de Iturbide emperador de México; Mora lo atacó publicamente y pronto fue arrestado, quedando bajo custodia del rector del Colegio de San Ildefonso donde Mora estudiara unos cuantos años atrás.

En 1823, a la caída de Iturbide, es nombrado diputado al Congreso Constituyente del Estado de México, donde desplegará gran actividad. En las distintas sesiones del Congreso abogó por mejorar las condiciones del país en todos sus aspectos. Se interesó tanto por el desagüe de las lagunas del Valle de México, como por las medidas que se debían tomar para asegurar la tranquilidad pública.

Esta labor será una de las más importantes dada su constante preocupación por el acontecer económico, político y social de México, manifestada en las proposiciones tendientes a organizar la hacienda pública y los ayuntamientos, a defender la soberanía de los estados, etc., que ayudarán a conformar la constitución, tocaba básicamente la delimita-

ción del territorio y los derechos naturales y políticos de los ciudadanos, la concentración de los bienes urbanos y rurales en manos de la Iglesia, los principios que deben regir la organización de un estado: sus leyes, funcionarios, etc.; la administración de justicia, las elecciones y las condiciones que se requieren para ser gobernador. Comienza entonces a ocuparse en la defensa del sistema de federación, así como en la concentración de la autoridad, pues Mora apoyaba la existencia de tres poderes, aunque se oponía fervientemente a la división del ejecutivo, ya que consideraba que la separación podía ocasionar una falta de autoridad que atentaría contra la tranquilidad pública y se prestaría a confrontaciones entre los que detentaran el poder. Propuso que el Congreso velara por el cumplimiento de las leyes tutelares de libertad y propiedad del ciudadano, reflejo de su pensamiento liberal. Otro de los problemas que le tocó enfrentar en su labor como diputado fue la constitución del Distrito Federal y, por lo tanto, la separación de este territorio del Estado de México, hecho que consideró peligroso al ver la posibilidad de que se creara un estado dentro de otro estado, además de que si no era considerado como tal, los habitantes del Distrito Federal no tendrían derecho a elecciones, con lo que se infringiría la Constitución. Después de tres años de intensa labor, en 1827 se despidió de su cargo al ver realizada la Constitución Política del Estado de México.



Por su interés en el estudio del derecho se inscribió en la Real y Pontificia Universidad de México; sin embargo, su enfermedad y sus múltiples cargos le impedían asistir con regularidad. A principios de 1825 solicitó al gobernador del Estado de México se le permitiera presentar el examen llamado de "noche triste"<sup>1</sup> para obtener el grado de abogado. Su solicitud fue aceptada y presentó una disertación sobre "¿Cuáles son las ventajas que han resultado al Estado de México de las variaciones hechas en su constitución así sobre el orden de los juicios como el de los tribunales?" que fue publicada más tarde en El Observador de la República Mexicana, periódico que se convertiría en el principal medio de difusión de su pensamiento a partir de 1827.

Bajo su influjo, este semanario será el órgano de difusión de la logia escocesa,<sup>2</sup> en cuya rama de los novenarios<sup>3</sup> se encontraba el propio Mora, Francisco Gómez de Tagle, Florentino Martínez, Francisco Molinos del Campo y Manuel Crescencio Rejón, activos liberales que destacaron por su labor de ilustración y de censura de los asuntos públicos. Los principales asuntos que se tocaban en El Observador eran los males que aquejaban a la sociedad: corrupción, embleomanía, analfabetismo, compadrazgo, sociedades secretas (pues aunque Mora era miembro de una sociedad secreta, con el tiempo llegó a considerarlas como "un mal que era necesario erradicar"), la necesidad de observar las leyes y de que el gobierno defendiera las libertades

de pensar, hablar y escribir. También se hacían críticas sobre las arbitrariedades en los procesos criminales, las leyes que atacaban la seguridad individual, los sucesos de importancia acontecidos en los estados y daba opiniones acerca del decreto de expulsión de los españoles. Asimismo, hablaba sobre la necesidad de traducir la Biblia como lo hacían en Inglaterra, preocupación que estará presente a tal grado que el mismo Mora efectuará traducciones del evangelio de San Lucas al otomí y al náhuatl. Estos temas ocupan los artículos de la primera época de El Observador, que abarca desde junio de 1827 hasta diciembre del mismo año. Su pensamiento analizaba y criticaba al gobierno centralista e iba delineando el programa político que se aplicará en 1833, en la administración de Gómez Farías.

En 1831 publica el Catecismo político de la Federación Mexicana, en el que, a base de preguntas y respuestas, da a conocer qué es la nación mexicana, quiénes la integran, cómo logró su independencia, qué es el sistema federal, etc., en un afán por difundir obras de carácter didáctico que ilustren al pueblo mexicano.

El Ministerio de Instrucción Pública solicita en 1828 información a todos los rectores y directores de los establecimientos científicos y de educación acerca de la situación de los mismos en ese momento, con el objeto de formar un plan de instrucción pública. A raíz de ello, Mora envió

un informe de la pésima situación del Colegio de San Ildefonso, anexando una memoria sobre las reformas que necesitaba el plan de gobierno y de estudios de la misma institución. Esta inquietud reformista desembocó años más tarde en la supresión de la Universidad de México y en la creación de una Dirección General de Instrucción Pública para el distrito y territorios de la federación, que tendrían a su cargo todos los establecimientos públicos de enseñanza, monumentos, antigüedades, así como su administración: este paso fue el primero que se dio para lograr el laicismo en el aspecto educativo. El propio Mora participó como miembro de la Dirección y como director de Ciencias ideológicas y humanidades durante la gestión de Gómez Farías.

El ilustre reformador que pretendía el conocimiento de la realidad mexicana y que por su liberalismo comprendió la necesidad de deslindar los terrenos en que la Iglesia debía moverse, manifestaba como una de sus principales preocupaciones la separación de los terrenos espirituales de los meramente políticos; esto lo expresó en su Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos y sobre la autoridad a que se hallan sujetos en cuanto a su creación, aumento, subsistencia o supresión, escrito presentado a petición del Congreso y del gobierno de Zacatecas en 1831 y que fundamentaría, junto con otros planteamientos la desamortización de los bienes eclesiásticos y su nacionalización.

Mora condenó la concentración de capitales, lo cual era más grave en el caso del clero y por la forma en que enajenaba lo que adquiría. Pensaba que como la Iglesia era la propietaria más acaudalada, esta acumulación de bienes impedía la conquista de una economía moderna. Por ello, para alcanzar el estado secular ideal liberal era necesario atacar la estructura económica de dicha institución. Impugnó de igual manera la existencia de fueros y privilegios que impedían plantear la igualdad ante la ley, ya que eran obstáculos para el desarrollo nacional.

La libertad personal, la propiedad privada y la iniciativa y control individual eran según Mora, los resortes primordiales que permitían salvar las barreras que enfrentaba el panorama económico mexicano. En la consecución de este bienestar era necesario poner en práctica las libertades económica, política y civil, en virtud de que un sistema prohibicionista, que representaba una herencia colonial, frenaba el progreso.

Asimismo muestra un gran interés por las actividades económicas que los mexicanos debían emprender. Al igual que Humboldt (quien influyó fuertemente en él), consideraba que por la riqueza natural del país, los renglones económicos esenciales eran la agricultura y la minería. Pensaba, a diferencia de Alamán, que la nación no estaba aún preparada para la actividad industrial, pues carecía de los elemen-

tos necesarios para su conquista, además de que se distraían brazos de las actividades más productivas.

Su último trabajo periodístico resulta una síntesis de su espíritu ilustrado, de su sensibilidad y de su disposición para resolver la situación nacional que tanto le inquietaba. Mora inició en 1833 la publicación de El Indicador de la Federación Mexicana, periódico muy agresivo, lo cual se refleja en su epígrafe: "Las tempestades de la libertad son preferibles a la tranquilidad sepulcral de la servidumbre". Sin duda que el pensamiento de Mora es mucho más preciso en ese entonces, en cuanto a lograr la libertad tan anhelada y que ve tan a su alcance bajo la administración de Gómez Farías.

En este semanario se pretende escribir sobre México, pero de una manera diferente, sin errores, abarcando aspectos históricos, estadísticos y filosóficos. Los escritos publicados en El Indicador terminaron en abril de 1843, junto con la administración de Gómez Farías, hecho que marcó un cambio radical en la vida de Mora, ya que, perseguido como todos los liberales salió del país en busca de un refugio seguro, el cual encontraría en París.

Poco tiempo tuvo para organizar su viaje; sin embargo, otorgó un poder a Fernando Batres para que administrara y vendiera parte de sus propiedades en México. En este

documento detallaba el uso que daría a sus bienes y quienes serían sus herederos.

Arribó a París con un poco de dinero y muchos libros, e inmediatamente se propuso recopilar el material que conformaría la obra México y sus revoluciones, la cual comprendería los artículos publicados en El Indicador de la Federación Mexicana entre 1833 y 1834, ordenados, corregidos y ampliados. En septiembre de 1835 celebró un convenio con Federico Rosa para dicha publicación, que presentaría múltiples problemas debido a la gran cantidad de documentos estadísticos y mapas que Mora quería incluir y que nunca se publicaron. Como consecuencia de esto resulta que la obra de Mora no fue bien recibida en México, ya que muchos de los suscriptores habían pagado con anticipación y exigieron la devolución del importe al recibirla incompleta. La situación económica de Mora se agravó puesto que, además de este problema, le llegaron noticias de las dificultades que había para arrendar o vender sus propiedades. Esta circunstancia lo obligó a suscribir convenios con algunas empresas, como Antigüedades Mexicanas, para traducir diversas obras francesas al español.

Los años transcurridos entre 1834 y 1850 fueron prolíficos en correspondencia; sus amigos le proporcionaban ayuda, consejos e informes sobre la situación en México y en múltiples ocasiones lo invitaban a regresar al país, asegurándole

que no tendría ningún problema si se mantenía reservado en sus opiniones.

En diciembre de 1836 decidió celebrar un nuevo convenio para la publicación de otra de sus obras. Obras sueltas, donde recopiló sus escritos de El Observador, 1a. y 2a. época, del Semanario Político y Literario de México y algunos de El Indicador de la Federación Mexicana; anexó también documentos que, a su juicio, servían de apoyo a la "Revista Política", incluida también en esta obra.

La compilación y su publicación lo mantuvieron ocupado hasta 1838, año en el que viajó constantemente a Francia e Italia y otros lugares de Europa, probablemente en busca de ayuda médica para su mal que se agravaba día a día.

Esta circunstancia, aunada al fracaso económico de sus obras, lo obligaron a escribir a Ignacio Valdivieso, su antiguo discípulo de San Ildefonso y encargado de la legación mexicana en España, solicitándole ayuda y empleo. Valdivieso le describió en una larga misiva las condiciones de la legación y la imposibilidad de asistirlo y apoyarlo.

En agosto de 1840 Manuel Martínez del Campo, encargado de sus negocios en México, le recomendó para que se le empleara en algún cargo de la legación mexicana en Francia, sin obtener resultado positivo. Mora fue de nuevo invitado a regresar a México; sus amigos, entre los que destacan

Bernardo Couto, Francisco Fagoaga y el propio Valentín Gómez Farías, le pidieron considerara la posibilidad del retorno; sin embargo, los sucesos nacionales, la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de Texas, por una parte, y su familia, compuesta de tres hijos habidos con Elisa de Hoy, por otra, le llevaron a meditar seriamente ese retorno que no ofrecía seguridad ni para su persona ni para los suyos.

El año de 1846 fue de nuevo clave en la vida de este destacado liberal. El presidente interino de México, Valentín Gómez Farías, lo comisionó para que remitiera mensualmente noticias relevantes de Europa que representaran algún interés para su país, brindándole la oportunidad de regresar a lo que fuera su pasión: la política. Preocupado por la situación de México, envía una serie de escritos y sugerencias relacionados con los problemas existentes en ese país, así como la posibilidad de apoyar la causa mexicana en contra de Estados Unidos mediante la edición de un periódico en París.

En esta época su correspondencia fue también muy numerosa, ahora no sólo con sus amigos, que siguen apoyándolo, sino con diferentes personas que tenían cargos relacionados con su comisión, como el ministro del Exterior de la República mexicana, Joaquín Castillo Lanzas. En sus cartas refería sucesos particulares, entre ellos la memoria sobre cárceles



inglesas, su opinión acerca de la mala actuación de los representantes mexicanos en las distintas legaciones en el extranjero, las relaciones de México con otros países, etcétera.

Esta comisión fue desempeñada por Mora con verdadero ahínco y debió representar para él un retorno al mundo intelectual, un tanto abandonado a raíz de su salida de México a más de una década de distancia. Sin embargo, tampoco en esta ocasión encontró el apoyo suficiente, pues algunos de sus proyectos, como el editar un periódico en Francia no fueron aprobados por carecerse de medios económicos suficientes.

En enero del año de 1847, llegó a sus manos la noticia de que había sido nombrado ministro plenipotenciario de México ante la Gran Bretaña. Este nuevo desempeño respondía a un reconocimiento a su gran capacidad para analizar la situación económica, política y social del país y encontrar las soluciones viables a los conflictos con otras naciones; en el caso de Inglaterra las relaciones diplomáticas no estaban precisamente en auge. Entre los dos países había una situación tensa provocada en parte por la desatinada actuación del anterior ministro, Thomas Murphy, quien no supo manejar de una manera adecuada la legación a su cargo. Mora refería la pésima situación de esta legación en sus cartas de esa época y probablemente esta fue la razón para que se le confiriera el cargo.

El ejercicio de su misión diplomática (1847-1850) se enfocó fundamentalmente a tres aspectos: el conflicto de México con los Estados Unidos, la guerra de Castas en Yucatán y los problemas surgidos en relación a los tenedores ingleses de bonos mexicanos; también manejó otros de menor importancia relacionados con el cobro de la deuda de Colombia, los proyectos monárquicos de Francia, etc.

En su afán por mantener a México como nación libre y soberana y salvarla del auge expansionista norteamericano, ofreció a Inglaterra territorios en el norte del país, pues consideraba que si los ingleses tenían posesiones para salvaguardar en América, servirían de freno y harían respetar los tratados entre México y los Estados Unidos.

Por otro lado, al estallar en 1849 la guerra de Castas en Yucatán donde se pensaba que Inglaterra intervenía desde Belice, Mora propuso en una carta que se siguiera la misma estrategia utilizada en contra de Estados Unidos; dice Mora: "... grandes pérdidas hemos hecho en la última guerra e invasión americana, pero estoy en cuanto es posible seguro de que ellas habrán sido infinitamente mejores sin la oposición del influjo y el respeto que inspiraba el poder británico. Es llegado el caso a mi juicio que se obre en sentido inverso, y se haga servir, si es posible, el poder americano para reprimir y contener las pretensiones británicas".<sup>4</sup> Así vemos que no escatimaba esfuerzos en sus tácticas por

lograr salvar a México de la sujeción económica y cultural de las potencias.

Esta tarea será la constante que regirá la vida DE José María Luis Mora, quien siempre situó los intereses nacionales por encima de los propios. Su postura puede apreciarse desde sus primeros escritos y posiblemente adquirió su máxima expresión en las reformas de 1833, que le ocasionaron el exilio político. Ello no impidió, sin embargo, que desde el viejo continente continuara haciendo proposiciones para erradicar la anarquía reinante en México.

Ocupado como ministro plenipotenciario en Londres, su labor quedó trunca al ocurrir su deceso el 14 de julio de 1850 en París donde se encontraba buscando alivio a su enfermedad que, acentuada en los últimos años, lo afectaba notoriamente, impidiéndole efectuar su trabajo diplomático y mantener su correspondencia habitual.<sup>5</sup>

NOTAS

1. Después de demostrar haber trabajado en un despacho de abogados durante tres años, se procedía a la presentación de dicho examen que era la réplica a un trabajo presentado sobre un tema asignado y que podría prolongarse durante la noche.
2. "La masonería de rito escocés parece ser que empezó a existir con trabajos regulares a partir de 1813. Los escoceses fueron factor decisivo en la consumación de la independencia y en los primeros congresos mexicanos. Su pecado era cierta exclusividad española y criolla y ligas con los intereses creados. Estas últimas ligas se fortalecen y ensanchan al percibir los escoceses que el poder se les escapa de las manos, ante la fuerza obtenida por los yorquinos, rito que queda establecido en 1825, aún cuando contaba con antecedentes".  
Jesús Reyes Heróles. El liberalismo mexicano. "La sociedad fluctuante", México, Fondo de Cultura Económica, Vol. II, 1982, 49 p.
3. *Ibid.*, p. 70. "... para contraponer un partido nuevo que los habría abrumado, los escoceses formaron una sociedad llamada de los 'novenarios' nombre proveniente de que la agrupación se organizó en cadena de nueve miembros".
4. La gestión diplomática del Dr. Mora, (con una advertencia de Luis Chávez Orozco), México, Porrúa, 1970, p. 155 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 35).
5. Este artículo apareció publicado en Secuencia Revista Americana de ciencias sociales 1, op.cit, p. 7 a 14.

B) CRONOLOGIA DE JOSE MARIA LUIS MORA

- 1794 Nace en Chamacuero, Gto., hoy ciudad Comonfort.
- 1807 Egresada de la Escuela Real de Querétaro, después de concluir sus primeros estudios como uno de los mejores alumnos.
- Es inscrito en el Colegio de San Ildefonso para cursar bachillerato donde entre 1807 y 1812 estudia gramática, lógica, física y filosofía.
- 1810 Presenta su examen de Lógica obteniendo la calificación "especialmente bien".
- En física sobrepasó los requerimientos del curso presentando el primer volumen del abad Para, recibiendo el más alto grado.
- Continúa estudiando filosofía bajo la tutela de Manuel de Urquiaga, quien lo considera su alumno favorito.
- Después del grito de Dolores, su familia, señalada como europea, es despojada de sus propiedades.
- 1811 Obtiene un "Primer lugar in recto" en lecciones de filosofía en San Ildefonso.
- 1812 Presenta una defensa de la Santísima Virgen y se le otorga el grado de bachiller en artes.
- Presenta en el General de San Ildefonso un examen por todo el curso y se le otorga, por enésima vez, la calificación suprema "especialmente bien".
- 1815 Se le extiende un certificado de estudios en el que se menciona que ha estudiado gramática, filosofía y teología.
- 1817 Mora es un ávido coleccionista de libros y desempeña el cargo de bibliotecario de San Ildefonso.
- Cede a favor de la biblioteca la beca que le correspondía con la cual adquiere más de 300 volúmenes para la librería.
- 1818 Recibe el título de bachiller en teología.

Cursa, a partir de este año hasta 1820, en el Seminario Palafoxiano de la ciudad de Puebla: sagrados cánones, - derecho civil, derecho natural, prima y vísperas de sagrada teología, sagradas escrituras y filosofía.

1819 Contrae tuberculosis.

Obtiene el grado de licenciado en sagrada teología.

1820 El día de la Ascensión pronuncia un sermón en la Catedral de México.

Obtiene el premio como el alumno "más adelantado".

Recibe el grado de doctor en sagrada teología en la Real y Pontificia Universidad.

Catedrático de filosofía en el Colegio de San Ildefonso.

Es elector intermedio o compromisario de la Parroquia del Sagrario de la Ciudad de México.

1821 Editor del Semanario Político y Literario de México, en donde publica sus primeros artículos de carácter político.

Es nombrado vocal de la Junta Protectora de la Libertad de Imprenta.

1822 Se muestra partidario de la Constitución de Estados Unidos de América.

Considera favorables las disposiciones liberales y anticlericales de la Constitución de Cádiz de 1812.

Simpatiza con la facción de José María Pagoaga que propugnaba por la instauración de un príncipe borbónico en México, conforme a lo establecido en los Tratados de Córdoba.

Presenta juramento como miembro de la Diputación Provincial de México.

Es comisionado para la formación de un plan de estudios para presentar en el Congreso.

Se le consulta como abogado para la defensa de un sacerdote.

- 1823 Es nombrado miembro de una comisión para preparar un Plan de Instrucción y Educación de la Juventud. Envía un Informe del Colegio de San Ildefonso y su pésima situación, y anexa una memoria sobre reformas que necesita el plan de gobierno y estudios de la institución.
- Firma un manifiesto de la Diputación de México en el que patentaba su conformidad con el Plan de Casa Mata.
- Se muestra en contra del provincialismo.
- Participa activamente en la Diputación Provincial del Estado de México.
- Miembro de la Archicofradía de los Caballeros de la Santa Veracruz.
- Se le comunica su nombramiento como elector primario de la Parroquia del Sagrario.
- 1824 Se matricula en los cursos de derecho civil de la Universidad de México.
- Es nombrado para participar en el Congreso Provincial del Estado Mexicano por la Junta Electoral.
- Es designado "juez de hecho".
- Se le nombra miembro de número de la Academia Mexicana de Economía Política.
- Elector primario de la Parroquia del Sagrario.
- Elector secundario por la Junta de Electores Primarios.
- 1825 Socio de número del Instituto de Ciencias y Artes.
- Se le concede recibirse de abogado, sin haber concluido sus estudios universitarios en la Audiencia del Estado.
- Da a conocer su discurso sobre los tribunales militares.
- Se recibe de abogado.
- 1826 Solicita al gobernador del Estado de México su admisión a la barra de abogados.
- Delinea la política a seguir en el Estado de México.
- Su salud se debilita por el excesivo trabajo.

Expone un proyecto de Constitución Política del Estado de México.

Es designado miembro de la Sociedad de ciencia, arte y literatura.

Se le comisiona para la inspección del desagüe del Valle de Huahuatoca.

Traduce al francés la obra de M. del Real, Derecho Eclesiástico.

1827 Pertenece a los "novenarios", rama de los escoceses, sociedad secreta de la masonería.

Ataca el restablecimiento de los tribunales militares para impartir justicia en la esfera de lo criminal.

Presenta ante la Suprema Corte del Estado de México una tesis en la que expone las ventajas del nuevo sistema judicial.

Aparece el semanario El Observador, dirigido por Mora y otros, en donde publica artículos de temas diversos referentes a asuntos religiosos y políticos en los que destaca su posición frente al federalismo, centralismo, logias masónicas, a los personajes políticos de la época, opiniones sobre reformas y sobre medios para prevenir los males que aquejan a la sociedad, etcétera.

Aparece publicada la "Disertación sobre la cuestión siguiente: ¿Cuáles son las ventajas que han resultado al Estado de México de las variaciones hechas en su constitución así sobre el orden de los juicios como el de los tribunales?", en El Observador, que presentó para recibirse de abogado.

1828 Hace declaraciones atacando al clero.

Al triunfo del partido yorkino, se recoge a la vida privada.

Termina la primera época de El Observador.

Recopila material para su obra México y sus revoluciones.

Publica artículos en el Correo de la Federación.

1829 Escribe artículos en El Sol.



- 1830 Hace hincapié en la necesidad de fomentar la inmigración extranjera por medio de la tolerancia religiosa.
- Es partidario del sistema directo de elecciones por parte de los tenedores de bienes.
- Segunda época de El Observador, publica artículos de tema político.
- 1831 Presenta la Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos y sobre la autoridad a que se hallan sujetos en cuanto a su creación, aumento, subsistencia y supresión.
- Publica el Catecismo político de la federación mexicana.
- Se le nombra ciudadano zacatecano por su donación de libros a la Biblioteca Pública del estado.
- Ingresa al Rito Nacional Mexicano junto con Francisco García, Valentín Gómez Farfías, Andrés Quintana Roo y Manuel Crescencio Rejón.
- Se preocupa por la traducción de la Biblia al idioma "mexicano" y mantiene relación con la Sociedad de la Biblia de Londres y México.
- 1832 Presenta a la Asamblea General del Rito Nacional Mexicano un programa político.
- Es nombrado diputado al Congreso federal.
- Da su apoyo a Santa Anna y pone sus esperanzas en una coalición militar civil para derrocar a Bustamante.
- 1833 Se pronuncia contrario a la existencia de fueros y privilegios militares y eclesiásticos.
- Propone se integre la milicia cívica por propietarios, quienes, por conveniencia propia, se encargarían de establecer el orden.
- Se manifiesta contrario a que el clero predique sobre materia política.
- Redacta el semanario El Indicador de la Federación Mexicana, verdadero órgano de la administración de Gómez Farfías, en donde escribe artículos referentes a México, su pasado y su presente.

Es nombrado miembro de la Dirección General de Instrucción Pública.

Se le nombra miembro de una junta para formular un plan de estudios.

Crea las cátedras de derecho, política constitucional, economía política, comercio y agricultura.

Es nombrado director de Ciencias Ideológicas y Humanidades.

1834 En mayo, los reformadores son expulsados del gabinete de Santa Anna.

Cierra El Indicador de la Federación Mexicana.

Renuncia a la Junta de Instrucción Pública.

Se inclina por la estricta separación entre la Iglesia y el Estado.

Como consecuencia de la situación política nacional, decide partir hacia Europa, en donde permanecerá hasta su muerte.

Se le concede un pasaporte para salir del país con visas para Estados Unidos y Francia.

1835 Es nombrado miembro de la Academia de Historia.

1836 Se firma en París un contrato entre Mora y el editor Rosa, para la publicación de México y sus revoluciones.

Acepta traducir al español una compleja obra francesa sobre antigüedades mexicanas.

1837 Publica Obras sueltas, en París.

1837-1846 Viaja constantemente por Francia e Italia visitando balnearios y médicos en busca de alivio a su enfermedad.

Da respuesta a consultas jurídicas sobre legislación mexicana a comerciantes extranjeros residentes en México.

Solicita al encargado de la legación mexicana en España, le proporcione cualquier empleo, dada su situación económica (1839).

Sus obras tienen dificultad para venderse en México.

Avido coleccionista de libros, adquiere las obras de actualidad.

- Por su precaria situación económica ordena se vendan al  
gunos de sus bienes en México.
- 1846 Se le confiere una comisión en París para remitir men--  
sualmente informes sobre Europa.
- Es nombrado ministro plenipotenciario en Londres.
- Se opone a la invasión de Estados Unidos a México.
- 1847 Aboga porque México consagre toda clase de esfuerzos pa  
ra atraer inmigrantes católicos franceses, belgas y es-  
pañoles, en contraposición a los protestantes anglosajo  
nes.
- 1848 Escribe aprobando los esfuerzos franceses para reprimir  
los conatos comunistas en el levantamiento de junio.
- 1850 14 de julio, muere José María Luis Mora en París. A su  
muerte se tiene noticia de la existencia de la familia  
que Mora formó con Elisa de Hoy. Preocupación que mani  
festó en su correspondencia Juana Nava, la fiel sir--  
vienta que lo acompañó en el exilio.

IX OBRAS CONSULTADAS

Alamán, Lucas, Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente, México, Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palam núm 4, 1825, 5 v.

Arnaiz y Freg, Arturo, El doctor José María Luis Mora, 1794-1850, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1934, 61 p.

Benson, Nettie Lee, La diputación provincial y el federalismo mexicano, México, El Colegio de México, 1955, 241 p.

Brading, David, Los orígenes del nacionalismo mexicano, México, Ediciones Era, 1973, 138 p. (Colección problemas de México).

Briseño S., Lillian, et. al., "Entre líneas... José María Luis Mora", en Secuencia. Revista americana de Ciencias Sociales 1, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, marzo, 1985, p. 7-14.

---

Guadalupe Victoria, Primer Presidente de México (1786-1843), México, Secretaría de Educación Pública, Instituto de Investi---

- gaciones Dr. José María Luis Mora, 1986, 252 p.
- Bustamente, Carlos María, Cuadro histórico de la Revolución Mexicana, México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843, 5 v.
- \_\_\_\_\_, Diario histórico de México, México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980-81. (años de 1824 y 1825).
- Cosío Villegas, Daniel, coord., Historia General de México, México, El Colegio de México, 1976, 4 v.
- Costeloe, Michael P., La primera república federal de México (1824-1835), México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 492 p.
- Fuentes Díaz, Vicente, Valentín Gómez Farfás, Padre de la Reforma, México, Edición del comité de actos conmemorativos del bicentenario del natalicio del Dr. Valentín Gómez Farfás, 1981, 250 p.
- González, Luis, El entuerto de la Conquista, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, 264 p. (Cien de México)
- González, María del Refugio, Estudios sobre la historia del derecho civil en México durante el siglo XIX, México, Universidad Nacional Autónoma de México,



Mejía Zúñiga, Raúl, Valentín Gómez Farfás, hombre de México, 1781-1858, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 334 p. (SEP 80/18)

Mora, José María Luis, La gestión diplomática del Dr. Mora, compilación de Luis Chávez Orozco, México, Porrúa, 1970. (Archivo histórico diplomático mexicano, 35)

---

\_\_\_\_\_, México y sus revoluciones, París, Librería de Rosa, 1836, 3 v.

---

\_\_\_\_\_, Obras Completas, invest., recopilación, selec. y notas de Lillian Briseño S., - Laura Solares R. y Laura Suárez de la T., - profl. Eugenia Meyer, México, Secretaría de Educación Pública, Instituto de Investigaciones - Dr. José María Luis Mora, 1986, 8 v. (4 al 8 - en prensa)

---

\_\_\_\_\_, Obras Sueltas, París, Librería de Rosa, 1837, 2 v.

Ortega y Medina, Juan A., "Impacto del liberalismo europeo", en Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales 1, México, Marzo, 1985, p. 15-24.

Parcero, María de la Luz, Introducción bibliográfica a la historiografía política de México, siglos XIX

y XX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, 347 p.

Prieto, Guillermo, Memorias de mis tiempos, México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1906, 2 v.

Reyes Heróles, Jesús, El liberalismo mexicano, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, 3 v.

Riva Palacio, Vicente, México a través de los siglos, México, Ballescá y Compañía Editores, s.a., 5 v.

Soto, Miguel, "La historia de México para Manuel Payno", en Anuario de Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

Tanck de Estrada, Dorothy, La ilustración y la educación en la Nueva España, México, Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Publicaciones, Ediciones el Caballito, 1985, 159 p. (Biblioteca Pedagógica).

Tenenbaum, Bárbara A., México en la época de los agiotistas, 1821-1857, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 234 p.

Tornel y Mendivil, José María, Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana, México, Instituto Nacional de Estudios



Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, 424 p. (Edición facsimilar).

Vázquez, Josefina Z., Nacionalismo y educación en México, México, El Colegio de México, 1979, 31 p. (Centro de estudios históricos, nueva serie, 9).

Zamacois, Niceto de, Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, Barcelona, J. F. Parres y Compañía, Editores, 1880, 20 v.

Zavala, Lorenzo de, Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1930, México, Oficina impresora de Hacienda, Departamento editorial, 1918, 2 v.

Zerecero, Anastasio, Memoria para la historia de las revoluciones en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, Dirección General de Publicaciones, 1975, 346 p. (Nueva biblioteca mexicana, 38)

HEMEROGRAFIA

Aguila Mexicana, México, 1824.

Correo de la Federación Mexicana, México, 1828.

Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, México, 1824.

El Indicador de la Federación Mexicana, México, 1833-1834.

El Observador de la República Mexicana, México, 1827-1830.

Semanario Político y Literario de México, México, 1821-1822.

El Sol, México, 1824-1829.